

Huellas de género en el mar,
el parque y el páramo

Huellas de género en el mar, el parque y el páramo

Susan Paulson, Susan V. Poats y María Argüello, editoras



© EcoCiencia y Corporación Grupo Randi Randi
Reservados todos los derechos
Impreso en el Ecuador 2009

Cuidado de la edición: María Cuvi Sánchez
Diseño de portada y páginas interiores: Antonio Mena
Mapa: Unidad de Geografía, Lab. SIG/SR

Impresión: Abya Yala
Número de ejemplares: 500

Esta obra debe citarse así:
Paulson, Susan, Susan V. Poats y María Argüello, editoras. 2009.
Huellas de género en el mar, el parque y el páramo.
Quito: EcoCiencia, Corporación Grupo Randi Randi y Abya Yala.

Distribución y canje:
EcoCiencia
Francisco Salazar E 14-34 y Coruña
Quito, Ecuador
Casilla postal: 17-12-257
Telefax: (593) 2 2522999 y 2545999
www.ecociencia.org
info@ecociencia.org

Corporación Grupo Randi Randi:
Calle Bourgeois N34-389 y
Abelardo Moncayo
Quito, Ecuador
Telfs: (593) 2 2434164 y 2431557
Fax: (593) 2 3319462
Celular: 098306248
www.gruporandi.org.ec
administración@gruporandi.org.ec

Ediciones Abya Yala
Av. 12 de octubre 14-30 y Wilson
Quito, Ecuador
Casilla postal: 17 12-719
Telfs: (593) 2 256247 y 2506251
Fax: (593) 2 2506267 y 2506255
www.abayala.org
editorial@abayala.org

Esta publicación ha sido auspiciada por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, IDRC, en el marco de los proyectos: "Fondo de becas de investigación para tesis sobre género y gestión de recursos naturales", ejecutado por EcoCiencia, y "Tejiendo redes entre género y biodiversidad", ejecutado por la Corporación Grupo Randi Randi, CGRR.

Alentamos la reproducción total o parcial de las ideas que constan en este libro siempre y cuando se cite la fuente.

ISBN: 978-9978-9940-0-9
Derechos de autor: 029867

Índice

Agradecimientos	vi
Presentación	vii
Introducción: Nuevas huellas en el paisaje intelectual de género y ambiente en el Ecuador	I
Por Susan Paulson	
“A veces las mujeres también entramos al mar”.	
La pesca de camarón en Machalilla	13
Por Saraswati Rodríguez Ledesma	
Androcentrismo en la valoración económica del Parque Metropolitano Guanguiltagua	35
Por Cristina Vera Vera	
“Para no enfermar es mejor no ir solas”.	
Cuerpo, salud y paisaje en la Sierra	57
Por María Alexandra Costales Villarroel	
Cuidando el páramo sin descuidar la igualdad. Ana, la mujer guardaparques	77
Por Nadia Ruiz Alba	
Cuerpos sexuados en el paisaje	105
Por Susan Paulson	
Bibliografía	125
Siglas y acrónimos	133
Sobre las autoras y editoras	135

Agradecimientos

Este tercer libro de la serie Género y Ambiente es fiel a la historia de sus predecesores; detrás de los cinco artículos que lo componen hay un largo proceso de colaboración entre la Corporación Grupo Randi Randi (CGRR) y EcoCiencia, así como el esfuerzo de varias personas que forma parte de sus equipos técnicos y de sus aliados institucionales. Todas ellas desde sus diferentes roles en los proyectos *El Fondo de Becas de Investigación para Tesis de Maestría y Licenciatura sobre Género y Gestión de los Recursos Naturales* de EcoCiencia y *Tejiendo redes sobre género y biodiversidad* de la CGRR han hecho posible y enriquecido esta publicación.

Para iniciar debemos agradecer al Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC) de Canadá por su apertura e interés en financiar a nuestras instituciones los proyectos antes mencionados.

Un especial agradecimiento a las cuatro investigadoras que presentan sus artículos en este libro: Cristina Vera y Alexandra Costales, becarias del Fondo de Becas de EcoCiencia, y Saraswati Rodríguez y Nadia Ruiz, investigadoras de proyectos de CGRR, por haber aceptado el desafío de escribir esos artículos que enriquecen e iluminan el conocimiento de las complejas conexiones entre género y ambiente. Esas contribuciones no hubieran sido posibles sin María Cuví, quien tuvo a su cargo el cuidado editorial de este libro, y guió, de manera experimentada, a cada una de esas cuatro jóvenes investigadoras, para que pudieran dar un paso que muchos-as no lo logran: publicar los resultados de sus estudios.

Queremos reconocer el importante apoyo de la American Association of University Women y Fulbright a una de nosotras, Susan Paulson, gracias a la cual ella ha podido dedicar tiempo al estudio de corrientes actuales en género y ambiente, y al proceso de construcción de este libro.

Finalmente, agradecemos a Segundo Moreno por sus comentarios al manuscrito de este libro, y a Antonio Mena por el diseño de los textos y la portada.

Las editoras

Presentación

Huellas de género en el mar, el parque y el páramo completa el trío de libros publicados recientemente en el Ecuador sobre el campo de conocimientos que hemos denominado género y ambiente. El primero fue *Descorriendo velos en las Ciencias Sociales: Estudios sobre mujeres y ambiente en el Ecuador* (2006), seguido de *Tejiendo redes entre género y ambiente en los Andes* (2007). No los bautizo de trío pensando en que deban ser leídos secuencialmente, sino porque los tres aportan nuevos conocimientos al mencionado campo coadyuvando, así, a estrechar las brechas entre las ciencias sociales y el ambiente. También los tres reúnen artículos de jóvenes investigadoras junto a los escritos por estudiantas de larga trayectoria. Los tres libros reflejan, además, la voluntad del IDRC de apoyar al fortalecimiento de este campo tan importante para comprender la sostenibilidad ambiental en Ecuador y, en general, en los Andes.

Detrás de los libros hay dos instituciones que se han arriesgado a aventurar en el campo de género y ambiente, y un pequeño grupo de investigadoras que han fomentado y nutrido el trabajo con sus experiencias, tiempo y compromiso sin temerle al riesgo. En el caso de *Descorriendo velos ...* EcoCiencia se embarcó en la difícil tarea de convertir en artículos, los extensos textos de las tres tesis que habían sido financiadas con fondos de la primera etapa del Fondo de Becas, 2001-2003. El libro incluye también un artículo de María Cuvi en el cual ella analiza, a partir de la experiencia dejada por esa etapa, las dificultades para incorporar este nuevo campo dentro de las universidades ecuatorianas, sobre todo en las facultades de ciencias sociales. Mi aporte a dicho libro fue escribir la Introducción, en la cual trazo la historia de la construcción del campo.

La Corporación Grupo Randi Randi tomó la posta y se hizo cargo de la producción del segundo libro –*Tejiendo redes...*– con el cual aumentó la escala de análisis, pues en él se compilan artículos no solo del Ecuador sino también del Perú y Bolivia, a la vez que se profundiza en temas como el del agua, la etnobotánica, geografía y se incorpora el análisis comparativo. La conferencia andina, llevada a cabo en Lima en octubre de 2006 para clausurar el proyecto del mismo nombre, contó con la participación de las becarias y de

un becario del Fondo, de las personas que lideraban dicho Fondo en el Ecuador, Perú y Bolivia y de las investigadoras principales del proyecto. Susan Paulson y Dianne Rocheleau, reconocidas investigadoras estadounidenses, pioneras en el campo, fueron invitadas a la conferencia, con el propósito de que reflexionaran sobre el avance de la producción de nuevos conocimientos en la región andina, y ayudaran a forjar una visión de futuro. *Huellas de género en el mar, el parque y el páramo* se nutre de ese proceso.

Durante 2007, las becarias de la segunda etapa del Fondo en Ecuador fueron invitadas a participar en un curso de escritura científica liderado por María Cuvi. El curso ha sido desarrollado basándose en el programa de capacitación "Escribir para el cambio", auspiciado por IDRC. Debido a las dificultades para dedicar el tiempo necesario al análisis y la escritura, de las ocho becarias y dos becarios que iniciaron el curso, solo dos consiguieron producir textos para la publicación. Las otras dos contribuciones provienen de jóvenes investigadoras apoyadas por CGRR con fondos del proyecto Tejiendo Redes.

A fin de ubicar los cuatro artículos novedosos en el marco de una corriente intelectual más amplia, invitamos a Susan Paulson a introducir la colección y también cerrar el libro con un artículo teórico que realza los aportes del conjunto de investigaciones, ubicándolas en la actualidad internacional del campo de género y ambiente. Lograr esto ha requerido de Susan Paulson mucho mayor esfuerzo del que inicialmente le pedimos; reconocemos que ella ha tenido no solo la talla para hacerlo, sino que lo ha hecho con mucho cariño para quienes laboramos en Ecuador en este campo que nos ocupa y desafía.

El contenido del libro remata la línea iniciada con *Descorriendo velos...* y continuada con *Tejiendo redes...* Además de mostrar donde hemos pisado dejando marcas, *Huellas de género en el mar, el parque y el páramo* indica los caminos a seguir en el futuro.

Susan V. Poats

Introducción. Nuevas huellas en el paisaje intelectual de género y ambiente en el Ecuador

Susan Paulson

Resumen

En este ensayo se destacan los resultados empíricos y se valoran los avances conceptuales de investigaciones recientemente hechas en el Ecuador. Primero se muestra cómo la organización según género de un sistema de pesca marina responde a determinados procesos migratorios, a ciertas innovaciones tecnológicas, a variaciones de la ecología marina y otros cambios históricos. Luego se explica cómo la aplicación de un instrumento económico para medir y entender las valoraciones y decisiones humanas, en relación con las áreas naturales, revela que dicha metodología oculta importantes dimensiones de género, produciendo resultados sesgados. A continuación se comenta una investigación antropológica en la que se describe e interpreta la forma diferenciada mediante la cual la gente de una región serrana se mueve por el paisaje, percibe la naturaleza y concibe la enfermedad, debilidad y fortaleza. Finalmente, el ensayo aborda un estudio de caso en el cual se describen los esfuerzos institucionales para coadyuvar la participación comunitaria en procesos de planificación y gestión ambiental, a la vez que se identifican factores prácticos e ideológicos que facilitan u obstaculizan la participación y liderazgo de las mujeres en tales procesos.

Abstract

Recent empirical findings and conceptual advances in Ecuadorian research are highlighted in this essay, starting with a study of how gender organization of fishing shifts in response to migratory patterns, technological innovations, variations in marine ecology, and other historical changes. It then examines a study in which an economic method to measure and understand human values and decisions in relation to natural areas is shown to ignore important gender dimensions and skew research results. This is followed by comments on an ethnography of differentiated ways in which mountain residents move through the landscape, perceive nature, and understand illness, weakness and strength. Finally, the essay presents a case study that describes institutional efforts to support community participation in environmental planning and management, while identifying practical and ideological factors that either facilitate or impede the participation and leadership of women in these processes.

Este libro contribuye a mirar el género como un sistema cultural que organiza y da significado a nuestros cuerpos, ambientes, instituciones y prácticas. Las interrelaciones entre los sistemas de género y los ecosistemas en los cuales los grupos humanos vivimos y actuamos son estudiadas, cada vez con mayor interés, en muchas partes del mundo. En un ensayo sobre el desarrollo del tema a escala mundial, con énfasis en la inclusión del género en las investigaciones sobre el manejo de recursos naturales y la conservación de la biodiversidad en América Latina, sus autoras (Poats, Calderón y Cuvi 2006, 5) prestan atención a una ola de investigadoras e investigadores del Ecuador, sobre todo jóvenes, quienes están aplicando una perspectiva analítica de género y ambiente en estudios interdisciplinarios e innovadores. Ellas escriben: "Apostamos a este espacio al que consideramos crucial en este momento, ya que si no logramos sostener esta pequeña corriente, encauzar sus flujos hasta formar un caudal suficiente para darle vida al campo de género y ambiente, toda la incidencia anterior se diluirá". La presente colección de estudios es testimonio del fruto de esta apuesta, y de la dedicación de muchos actores que han contribuido a formar una corriente intelectual con una fuerza impresionante.

Aunque algunas investigadoras feministas han partido del supuesto de que vivimos en un mundo inherentemente desigual, caracterizado por relaciones injustas entre hombres dominantes y mujeres subordinadas, las autoras del presente libro, investigadoras formadas en el siglo XXI, evitan iniciar sus investigaciones científicas partiendo de conclusiones predeterminadas. Más bien, siguen a Bina Agarwal (2004), quien enfatiza que las relaciones entre mujeres, hombres y el ambiente varían mucho, que no son ni naturales ni universales, y que deben ser investigadas empíricamente. Así, en vez de partir del supuesto de que existe un sistema patriarcal universal, en los artículos de este libro se aplica el análisis de género para descubrir y entender realidades específicas en contextos concretos. Y los contextos explorados aquí representan diversas situaciones ecológicas, geográficas, económicas y sociales: en la costa ecuatoriana, en un parque de la ciudad Quito, en las comunidades rurales de la sierra norte, y en los páramos del Carchi.

En esta introducción señalo algunos resultados empíricos y avances conceptuales en el área de género y ambiente presentes en las cuatro contribuciones reunidas en este libro. Y en el último capítulo, "Cuerpos sexuados en el paisaje" desarrollo varios temas analíticos que han sido enriquecidos por estos estudios. En cuanto a las innovaciones más destacables de los textos,

pongo el acento en las huellas dejadas por el género en los paisajes biofísicos e intelectuales, en las preguntas críticas con respecto a las discrepancias observadas entre las ideologías y las prácticas, y en el impacto de las fuerzas históricas sobre las realidades de género y ambiente. Con el afán de dialogar con las autoras de los estudios cito, interpreto y parafraseo sus textos, aunque es probable que mis citas literales no coincidan exactamente con sus textos debido a los cambios formales posteriormente introducidos durante la edición de este libro.

Sistemas de pesca en la costa ecuatoriana

En el estudio “A veces las mujeres también entramos al mar: La pesca de camarón en Machalilla”, Saraswati Rodríguez aborda la pesca artesanal como un fenómeno social desarrollado en un determinado contexto cultural, ecológico y económico. A fin de analizar la construcción de las identidades y relaciones de género, Rodríguez investiga detalladamente la división sexual de trabajo en las actividades pesqueras y reproductivas, las formas de acceso a los recursos marinos y su uso, los conocimientos y decisiones según género, así como las asociaciones simbólicas que se generan alrededor de la actividad pesquera. El resultado es un trabajo empírico extraordinario.

En el artículo, ella desarrolla un análisis poderoso de la adaptación histórica de los sistemas de género a las condiciones cambiantes como son las olas migratorias, las innovaciones tecnológicas, las alteraciones en la constitución familiar, los flujos en el mercado y las variaciones de la ecología marina. Analiza los cambios de género en un espacio social marginal y en un tipo de pesca no tradicional, contextos ambos que flexibilizan tanto la acción como las decisiones que se toman, si se los compara con la rigidez que domina la tradición predominante en contextos más estables.

Machalilla es una comunidad pesquera estable donde hombres y mujeres han desarrollado destrezas y herramientas especializadas en espacios ambientales poco permeables, enraizados en el esquema hombre-mar/ mujer-playa. En contraste, quienes residen en el barrio de los Ciriales, conformado en la década de 1980 por migrantes de tradición agropecuaria, parecen ser más innovadores. En un principio, y sin conocimiento de la pesca o el mar, hombres y mujeres migrantes consiguieron trabajo en el desembarque del pescado y la evisceración de sardinas en la playa. Con el tiempo comenza-

ron a entrar al mar a pescar. Con una actitud que contrasta con la de la mayoría de pobladores de Machalilla, donde sólo los hombres entran al mar, en los Ciriales algunas parejas encaran el desafío juntos, desarrollando estrategias de colaboración familiar análogas a las de la producción agropecuaria familiar. Saraswati Rodríguez siguió los casos de seis mujeres quienes dedican buena parte de su tiempo a la pesca de camarón y recolectó testimonios como los siguientes.

Nosotros aprendimos a pescar cuando empezó a brotar el camarón, ahí mi esposo empezó a salir en una panguita, después ya compró las redes y así, ya luego yo me iba con él. Me gustaba irme porque es bonito estar adentro, se ve cómo se mueve el mar y se aprende cómo se sacan los pescados, a mí siempre me ha gustado (Telma, 34 años).

Una vez mi esposo tenía que salir a pescar . . . yo le dije, vamos, vamos, yo te ayudo, al principio él no quería porque decía que yo no sé, que no voy a poder. Pero como no encontré [compañero con quien pescar], me llevó, ahí ya en el mar ambos trabajamos bien . . . Después de eso a mí me gustó, ya no me daba miedo entrar y más que nada así nos quedaba mas platita (Lorena, 32 años).

Los dos tipos de organización para la pesca descritos en la zona ilustran los resultados sociales de la jerarquización y segregación por sexos que acompañan al cambio desde una producción casera/artesanal (ejemplificada en la pesca familiar de camarón en los Ciriales) a otra industrializada (ejemplificada en la pesca de sardinas en Machalilla, donde barcos de cincuenta toneladas trabajan con cuadrillas de hasta 18 personas asalariadas).

Rodríguez demuestra cómo la organización del trabajo casero/artesanal ofrece posibilidades de una mayor participación femenina; también permite que las mujeres entren al mar sin ser vistas y sin verse como pescadoras. Al contrario, ellas consideran sus prácticas y sus conocimientos pesqueros como una de las tantas tareas propias de la esfera doméstica. Las entrevistas indican que para ellas la pesca representa una actividad destinada a ayudar a sus esposos y dar de comer a sus hijos e hijas, y que mujeres y hombres organizan las actividades pesqueras como parte de un conjunto más amplio de quehaceres domésticos.

Ya nos vamos a pescar a la tarde, cuando ya hemos acabado de hacer las cosas en la casa o ya falta poco, solo cocinar la merienda, ahí ya nos vamos, tenemos que dejar todo listito para regresar y ya solo cocinar rapidito (Marieli, 34 años).

Saraswati interpreta el hecho de que las mujeres no sean reconocidas como “pescadoras” como un problema de invisibilización de su trabajo y su conocimiento en el ámbito público. Desde este punto de vista, la falta de reconocimiento “profesional” del trabajo de las mujeres estaría relacionada con la desigualdad de poder y prestigio dentro de la familia y la comunidad. Como complemento, quisiera llamar la atención sobre las implicaciones del discurso para los agentes externos. En muchos contextos latinoamericanos, por ejemplo, es común que mujeres y hombres trabajen juntos en las actividades agropecuarias familiares. Cuando demógrafos y demógrafas vienen a levantar datos, los hombres aparecen como “agricultores” y las mujeres como “amas de casa”; cuando agrónomos y agrónomas vienen a apoyar con capacitación, tecnología y crédito, los beneficios van a los hombres “agricultores” y no así las mujeres “amas de casa”.

El trabajo de Saraswati Rodríguez demuestra que las pescadoras de los Ciriales poseen no solo habilidades físicas y técnicas sino también conocimientos útiles sobre la ecología marina. Ellas conocen las épocas de pesca, los mejores momentos para pescar en el mar y han inventado recetas para la preparación de los frutos del mar. ¿En la zona costera estudiada, cómo son vistas estas mujeres pescadoras (si es que son vistas) por las instituciones y agentes que apoyan y vigilan el manejo de los recursos marinos y pesqueros?

Economía ambiental y economía feminista

En su estudio “Androcentrismo en la valoración económica del Parque Metropolitano Guanguiltagua” Cristina Vera Vera aplica y evalúa uno de los instrumentos económicos desarrollados para medir y entender las percepciones y decisiones humanas en relación con los recursos y áreas naturales. Mientras aplica la valoración contingente para saber cuánto dinero están o no dispuestos a pagar los usuarios por un plan de cuidado y mantenimiento del parque, Vera descubre que la metodología usada invisibiliza las diferencias de género, pues se asume que todas las personas tienen el comportamiento homogéneo del *homo economicus*, un ser imaginado como masculino, y en el cual no se diferencian los roles, responsabilidades, recursos o poderes de género. Por lo tanto, tal metodología impide visualizar el hecho de que mujeres y hombres viven situaciones diferentes en las cuales algunos factores,

como una disparidad marcada de los ingresos que perciben mujeres y hombres a quienes se aplicó la encuesta en el Parque, afecta su disposición al pago por los servicios ambientales.

De todas las autoras que constan en este libro, Cristina Vera es la que presenta la descripción física más precisa del espacio natural objeto de estudio (el Parque Metropolitano Guaguiltagua de Quito) y también es la autora que describe con mayor detalle la metodología de su investigación (valoración contingente), incluyendo el instrumento específico desarrollado (una encuesta de 33 preguntas aplicada a 198 personas), y los cálculos econométricos realizados para cuantificar los resultados. A través de una serie de gráficos presenta los resultados de forma tangible.

Cristina Vera pretende visibilizar algunos factores usualmente ignorados en la valoración ambiental, mediante un análisis sensible a realidades de género. Los análisis indican que los entrevistados asignan un mayor valor económico al servicio ambiental del Parque que las entrevistadas. En otras palabras, ellos dicen estar más dispuestos que ellas a pagar por un plan de cuidado y mantenimiento de ese espacio. Resulta que la probabilidad de que una persona entrevistada responda positivamente al pago por el uso del Parque aumenta cuando es hombre casado, mayor a 35 años, con un ingreso mensual de US \$1.000 o más, entre otros factores. Esta probabilidad disminuye cuando la persona lo visita para la distracción de sus hijos e hijas, entre otros factores. Cristina Vera hace algunas observaciones que ayudan a interpretar el resultado: por cada encuestada que gana al menos US \$1.000, hay más de tres encuestados que ganan esta suma; y son las mujeres las que tienden a llevar sus hijos e hijas al Parque.

Además de producir información exacta sobre las percepciones del público con respecto al Parque, Cristina Vera también intenta contribuir a un proceso de revisión y mejoramiento de las metodologías económicas. Los modelos económicos en general son instrumentos para entender el comportamiento de la sociedad y, de esta manera, hacer predicciones y tomar decisiones. El método de la valoración contingente, en particular, consiste en preguntar a las personas qué valor asignan a las variaciones producidas en su bienestar motivadas por un daño o una mejora en la oferta de un bien ambiental. Reconociendo que una serie de simplificaciones hacen más eficiente y manejable el instrumento —entre ellos la decisión de tratar a todas las personas entrevistadas como seres racionales idénticos y como individuos preocupados de su propio bienestar— Cristina Vera concluye que tales supues-

tos sesgan el instrumento de investigación a un enfoque androcéntrico. También arguye que tal sesgo puede contribuir a que el tipo de información producida y las políticas económicas resultantes se presten a reproducir las estructuras inequitativas existentes o introducir nuevas inequidades.

La economía feminista crítica los instrumentos de investigación y análisis dominantes por ocultar información sobre situaciones de género. Identifica como problemáticos dos supuestos de partida que subyacen en los instrumentos frecuentemente aplicados. Primero, el supuesto de que todo ser humano actúa como el *homo economicus*, quien toma decisiones racionales sin ser influido por su identidad de género, raza, cultura. Segundo, el supuesto de que dicho *homo economicus* decide y actúa de forma egoísta, pensando en maximizar su propio bienestar y no el de otros, sin ser influido por sus relaciones y obligaciones de género, parentesco o cultura. Los estudios basados en estos supuestos dejan fuera del marco a una inmensa porción de la experiencia humana. Varios estudios realizados desde hace décadas demuestran que, en contextos diversos, los grupos de género desarrollan diferentes conjuntos de valores, visiones, vínculos emocionales, responsabilidades de parentesco, e interactúan entre sí en dinámicas de influencia mutua basadas en contribuciones diferenciadas.

¿Tal vez esta riqueza de detalle humano ha sido excluida porque no es necesaria en los cálculos económicos? La economista feminista Paula England (2004) arguye que sí es necesario. Califica de androcéntricos estos supuestos demostrando que, en las sociedades actuales, el uso de instrumentos basados en el *homo economicus* favorece los intereses de los hombres, porque conduce a una separación radical entre la casa y el mercado, da mayor importancia al deseo y la decisión del actor en el mercado que en la casa, y exalta la autonomía del hombre fuera de la familia.

Al final, el análisis del Parque Metropolitano Guanguiltagua, junto con las otras investigaciones reunidas en este libro, demuestran que las diferencias de género en las identidades de las personas, así como también en la organización de los espacios naturales y sociales sí importan en las prácticas, las decisiones y las políticas relacionadas con el ambiente. Ignorar tales dimensiones de la realidad produce impactos negativos que no se limitan a los problemas o intereses de las mujeres; también perjudican el buen manejo del ambiente.

Concepciones de la salud y el paisaje en la sierra

En el estudio titulado “Para no enfermar es mejor no ir solas. Cuerpo, salud y paisaje en la Sierra”, María Alexandra Costales Villarroel desvela las relaciones ocultas en algunas concepciones indígenas sobre las enfermedades y el control sobre la sexualidad de las mujeres jóvenes en una comunidad de la sierra andina. Costales inició su contacto con curanderos y curanderas hace varios años mientras trabajaba en un proyecto antropológico sobre medicina indígena en las comunidades de la cuenca del lago San Pablo. Para realizar la investigación que consta en este libro, la autora volvió a la comunidad de Angla, con el objetivo de explorar, más profundamente y desde una perspectiva analítica de género, las creencias y prácticas alrededor de las enfermedades de campo, entre ellas el “mal de viento”, el *ispanto*, el “mal del cerro” y el “mal de arco”.

Durante su investigación de campo, Alexandra fue sorprendida por el descubrimiento de que su propio deseo de transitar el espacio ambiental fue vigilado por las personas de la comunidad, y que ese tipo de tránsito estaba regulado por las costumbres locales. “Se dice que una mujer preferentemente debe ir acompañada a los lugares sagrados. Así, en mi caso, cuando le propuse a una amiga de la comunidad que me acompañara a los *puguios* me indicó que no podíamos ir solas, que debíamos ir con un hombre de confianza como su padre o un conocido de su familia”. Esta experiencia llevó a que Costales se preguntara ¿Porqué las mujeres tienen acceso limitado a esos lugares?

De acuerdo con la concepción local de la Sierra norte del Ecuador, las mujeres en etapa fértil deben evitar ciertos lugares como cerros, *puguios* y quebradas, debido a que tales sitios están relacionados con espíritus que enferman a quienes se considera débiles, entre ellos las mujeres. Observando que los lugares sagrados tienen en común el estar alejados de la mirada vigilante de la gente de la comunidad, o suelen ser quebradas o espacios propicios para esconderse o tener encuentros amorosos, la autora concluye que limitar la circulación de mujeres fértiles tiene como fin controlar su sexualidad. Tal acercamiento la lleva a la interpretación de que las concepciones de salud y enfermedad, que involucran tabúes de acceso de ciertos grupos humanos a ciertos espacios ecológicos, pueden funcionar como mecanismos para construir las identidades y prácticas de los grupos de género y sexualidad.

Siguiendo la tradición antropológica de estudiar integralmente la vida humana, Alexandra Costales no se limita al estudio de género como un fenómeno entre otros. Al contrario, ella considera aspectos de género en una gran variedad de fenómenos conectados entre sí, como son los roles y actividades de los individuos, las relaciones sociales y las creencias, clasificaciones y asunciones culturales. Toma en cuenta la forma diferenciada mediante la cual la gente de Angla se mueve por el paisaje, cómo percibe la naturaleza y sus concepciones de enfermedad, debilidad y fortaleza. También interpreta algunos mitos que transmiten imaginarios culturales de género. Entre los descubrimientos más interesantes de este estudio es la existencia de roles y expectativas de género diferentes para dos grupos de mujeres (por un lado las jóvenes en edad fértil y, por el otro, las niñas y pos-menopáusicas) y la identidad de la *huarmi-cari*, una persona que reúne el cuerpo sexuado de mujer y ciertas características físicas y personales masculinas.

De este modo, Alexandra Costales construye su comprensión del sistema de género en Angla de forma similar a un análisis antropológico de un sistema de parentesco, cuyos elementos prácticas y símbolos se interrelacionan en el contexto complejo de una vida cultural.

Nuevos roles en la conservación comunitaria

En “Cuidando el páramo sin descuidar la igualdad. Ana, la mujer guardaparque”, Nadia Ruiz Alba describe el proceso por el que atraviesa una madre soltera del área rural llamada Ana, hasta llegar a trabajar en la Reserva Ecológica El Ángel, localizada en la provincia del Carchi. La investigación es extremadamente rica en narrativa, con testimonios de diversos participantes que comentan sobre el proceso por el cual Ana fue seleccionada, su programa de capacitación y, finalmente, su desempeño como guardaparque comunitaria desde inicios de 2006.

Ruiz identifica factores prácticos e ideológicos, tanto los que facilitan como los que obstaculizan la participación de las mujeres en actividades ambientales. Describe con detalle práctico como la ONG Corporación Grupo Randi Randi coadyuvó para que hubiera una participación comunitaria más completa en los procesos de planificación ambiental aplicando medidas que pueden ser adoptadas por una variedad de instituciones e iniciativas ambientales, entre ellas: proporcionar alimentación a las personas participantes,

sus hijos e hijas durante las reuniones; convocar las reuniones los sábados cuando hijos e hijas mayores pueden hacerse cargo de la casa; comunicar las fechas de las reuniones y capacitaciones con anticipación, para que se organice las tareas del hogar; facilitar que hijos e hijas asistan a algunas capacitaciones o giras de promoción; y alojar en espacios separados a hombres y mujeres.

El éxito tangible de estas medidas prácticas en varias comunidades del Carchi choca contra la resistencia ideológica evidente en los relatos recabados por Ruiz. Una de las preocupaciones visibles en los testimonios es la ansiedad por controlar la sexualidad de las mujeres; otra es el deseo de naturalizar los supuestos culturales que las construyen como menos fuertes que los hombres e incapaces de realizar cierto trabajo ambiental. Ruiz también presenta las voces de quienes se enfrentan a tal resistencia. Un guardaparque comenta la importancia de la capacitación para el cambio de actitud.

Nos sentimos bien con ella como compañera, conversamos, nos reímos... Sin embargo la gente lo ve de otra forma porque no tiene formación... Ellos piensan que nosotros vamos a hacer cosas malas. Nosotros, como estamos formados, somos compañeros y no pasa de ahí.

Por su parte, el técnico supervisor responde a las barreras ideológicas con arreglos prácticos.

¿Cómo meter a la mujer en el grupo de guardaparques? Si le dejo con una sola persona corro el riesgo de que algo pueda existir y los comentarios de la comunidad. Hay que cuidar eso. Entonces la mujer rota con todos, todos van a tener la experiencia de trabajar con ella, y ella conocer el carácter de todos. Ellos estuvieron de acuerdo. Y así hicimos.

Del diálogo reportado en el cual las mujeres son representadas como biológicamente débiles, me llama la atención unos testimonios de quienes entienden la limitada capacidad física de la mujer como construcción de la cultura latina y ven la fuerza del hombre como resultado del trabajo y ejercicio que él hace.

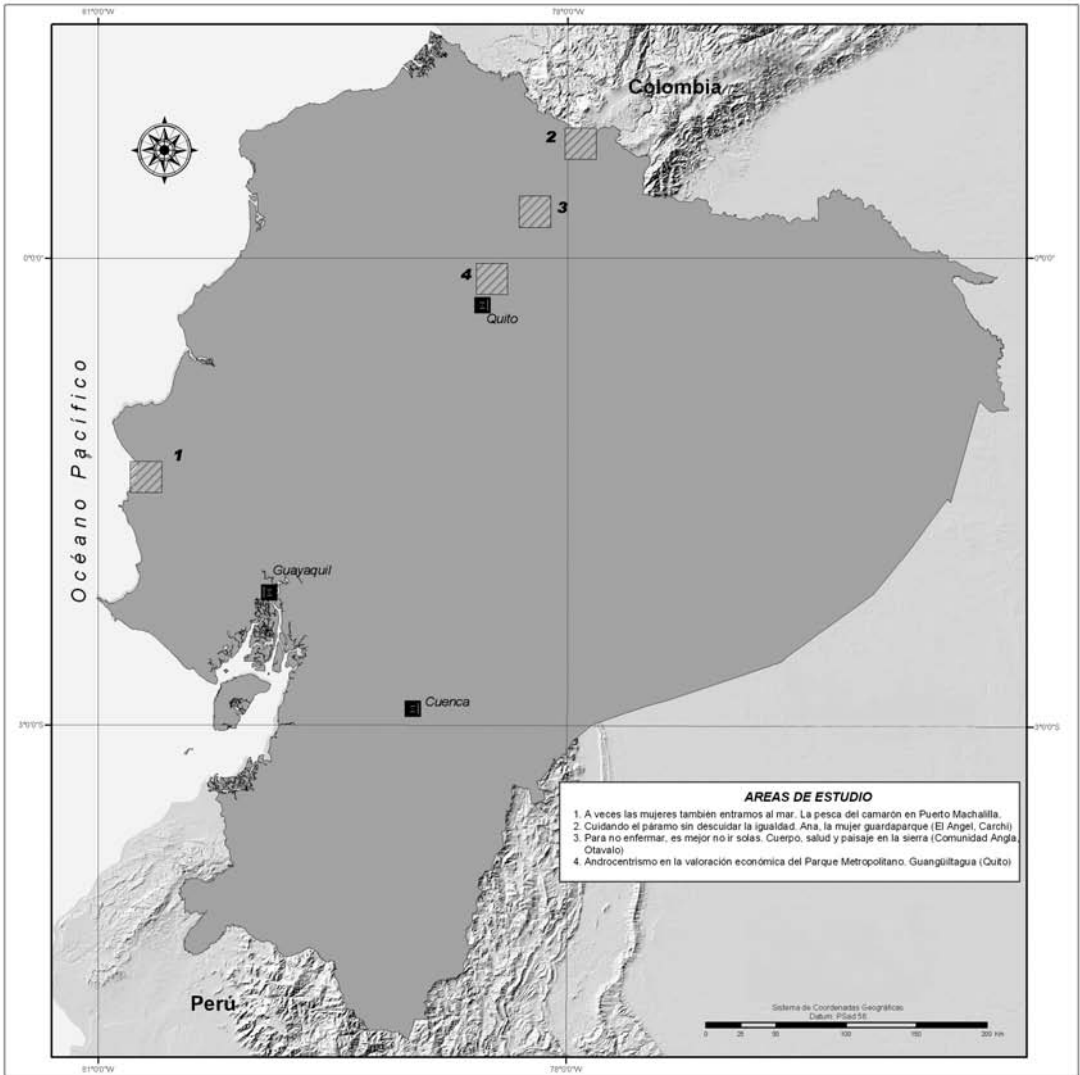
Diferencias sí hay. Por ejemplo en un incendio, estamos en mejor condición física y podemos hacer el trabajo más duro. En cambio la compañera podría hacer algo más suave. O sea, por lo general los latinos, así es como manejamos las cosas".

También quiero notar que el proceso de hablar del asunto parece ilustrar en los mismos interlocutores la discrepancia entre ideología y práctica.

“... el trabajo de guardaparque no es de mucho esfuerzo. Es de inteligencia. En agricultura es duro. Ahí la mujer no puede intervenir, porque un carro de papas... pero hay mujeres que sí lo hacen. Entonces, ¿por qué no va a poder hacer cualquier mujer el trabajo de guardaparque? El caminar es normal de cada persona.

En el caso de la Reserva Ecológica El Ángel, los resultados positivos de la participación femenina en la gestión de los recursos naturales comienzan a ser tangibles. A través de la guardaparque se accede al conocimiento de las mujeres de la localidad sobre el acceso y uso de los recursos y las áreas naturales. Mediante sus interacciones con otras mujeres, Ana se articula con un grupo de interés cuyas necesidades, preocupaciones y visiones pueden motivar su colaboración en propuestas adecuadas a sus necesidades. Al final, esta participación ayuda a mejor lograr los objetivos de la conservación comunitaria participativa. El relato además sugiere que la experiencia puede dar confianza a la propia mujer guardaparque, así como también a otras niñas y mujeres, quienes cuentan con un nuevo modelo femenino de relación con el ambiente y la comunidad.

Este caso muestra, por un lado, que el esfuerzo de facilitar una mayor participación femenina en la conservación comunitaria requiere de la voluntad para cambiar prácticas, a veces superficiales; también coraje para enfrentar la resistencia, a veces profunda. Por el otro, demuestra que el impacto de una mayor incorporación de las mujeres a la gestión ambiental puede ser práctico y estratégico, multiplicador y trans-generacional.



“A veces las mujeres también entramos al mar”. La pesca de camarón en Machalilla

Por Saraswati Rodríguez L.

Resumen

En este artículo la autora explora la incursión en la pesca artesanal del camarón, de aquellas mujeres que viven en el barrio los Ciriales de Puerto Machalilla, un pueblo costero de la provincia de Manabí. Describe el contexto social y económico que les permite participar en dicha actividad pesquera y analiza: el sistema de pesca del camarón, la dimensión simbólica de la división del trabajo por género, la relación diferenciada de hombres y mujeres con el mar, los conocimientos de ellas sobre el ecosistema marino, y las estrategias de vida que despliegan las familias ante los cambios externos, como el aumento del turismo en la zona. La autora ilumina los significados de género que la pesca artesanal tiene para las mujeres que la practican.

Abstract

In this article, the author explores the participation in small-scale shrimp fishing of women from the Ciriales neighborhood in Puerto Machalilla, a coastal town in Manabí province. She describes the social and economic context that permits these women to participate in this type of fishing, analyzing the shrimp fishing system, symbolic dimensions of the gender division of labor, the different relations that men and women have with the sea, the knowledge of women about the marine ecosystem, and family survival strategies in the face of external changes such as the increase in tourism in the area. The author reflects on the gender meanings of small scale fishing for the women who fish.

Introducción

La actividad pesquera en el país ha sido abordada desde dos puntos de vista; el primero está relacionado con los sistemas de pesca y el análisis de esa actividad, tanto la industrial como artesanal; en el segundo se estudian la producción y captura, así como sus implicaciones económicas en el ámbito nacional (FAO 2003; INP 2005, entre otros). En estos estudios no se han tratado temas sociales y culturales, ni sus implicaciones en la vida de mujeres y hombres de las zonas pesqueras, menos aún analizado o puesto en evidencia la relación entre la construcción de identidades, masculina y femenina, en función del vínculo con el mar, a través de la pesca artesanal. No hay estudios donde se plantee una implicación entre las relaciones de género¹ y el uso, acceso y control de los recursos.

Es en ese escenario donde se enmarcó la investigación en la que se basa este artículo. A partir de un análisis de género busqué recoger las formas de construcción de la identidad, la división sexual del trabajo en las actividades pesqueras y reproductivas, las formas de acceso y uso de los recursos, así como las relaciones simbólicas que se generan alrededor de la actividad pesquera (Poats 2000, 6).

Plantear una revisión de la pesca desde una perspectiva de género es de gran importancia, porque "...el género diferencia las relaciones que se establecen con los recursos naturales y los ecosistemas, con respecto al conocimiento, acceso, control e impacto sobre los recursos naturales y las actitudes con relación a los recursos..." (Schmink citada en Poats 2000).

En este artículo abordaré la pesca artesanal como un fenómeno social estrechamente vinculado a las prácticas culturales locales y a una economía de subsistencia basada en la pesca. Me centraré en la relación entre mujeres y prácticas pesqueras con el objetivo de mostrar su trabajo en la captura del camarón en Puerto Machalilla, provincia de Manabí. La pregunta que incentivó la investigación y este artículo es: ¿Cuáles son las circunstancias sociales, económicas y culturales que facilitan la incursión de las mujeres en actividades pesqueras?

¹ "Género pasa a ser una forma de denotar las 'construcciones culturales', la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres. Es una forma de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Género es, según esta definición, una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado". (Scott, s/f, 15). Es entonces donde nace la discusión sobre los conocimientos sexuales y las tareas cotidianas que serán abordadas desde la teoría de la práctica y la idea de cómo se construyen identidades femeninas y masculinas.

El análisis ha sido planteado desde dos perspectivas teóricas: la de la Ecología Política Feminista desarrollada por Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari (1996), y la de Davis y Nadel-Klein (1997).

En el marco de la Ecología Política Feminista las autoras sugieren la existencia de diferencias reales en la manera en que hombres y mujeres se relacionan con el ambiente; arguyen que estas diferencias no tienen que ver con la biología, sino con una interpretación de la biología y de construcciones sociales que varían culturalmente. Señalan que el conocimiento de un paisaje² está ligado al género, es decir, que hombres y mujeres tienen percepciones y conocimientos diferentes sobre el ambiente, por lo que el manejo del mismo cambia. En la discusión planteada por la Ecología Política Feminista, las autoras denominan “la ciencia de la sobrevivencia” a los conocimientos diferenciados por género relativos a un espacio determinado. Es un concepto que generalmente utilizan para referirse a los conocimientos de las mujeres, ya que son ellas quienes se encargan del “cuidado” cotidiano de la familia y del hogar; que muchas veces no es tomado en cuenta dentro de una estructura o representación formal de conocimiento (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari 1996). En este artículo utilizaré dichos conceptos para reconocer y valorar los conocimientos locales sobre la pesca y, de esta manera, determinar su relación con el ambiente.

La perspectiva planteada por Davis y Nadel-Klein (1997) consta en su artículo “Género, cultura y el mar: aproximaciones teóricas contemporáneas”, en el cual las autoras revisan los enfoques usados para abordar género y pesca. Desde su punto de vista se debe enfocar a hombres y mujeres, no desde una perspectiva binaria, sino pensados como actores sociales que pueden cumplir varios roles, tener varios estatus y ocupar posiciones diferentes en las estructuras de poder; ya que generalmente “...dentro del contexto marino las dicotomías doméstica y pública han sido vistas como menos importantes que aquellas mar - tierra...”. Así, ellas abren una puerta al análisis de las relaciones de género en la pesca, generalmente consideradas inamovibles y donde la dinámica está formada por: actividades pesqueras –espacio masculino³–, y la playa –espacio femenino–, con lo cual se ha creado una suerte de normativa que impide tratarlos como espacios permeables.

² Entendemos por paisaje “... la tierra madre de nuestros pensamientos, lo es todo lo que nos rodea y en el que vivimos envueltos”. (Ingold 2000, 96).

³ En la exhaustiva revisión bibliográfica que realicé no encontré investigaciones en las cuales se vincule la relación manejo de recursos marino-costeros, y pesca con género. En el Parque

En Machalilla, por ejemplo, a simple vista se puede sostener que los hombres “trabajan” mientras se encuentran mar adentro, y que su labor termina cuando dejan el pescado en la playa, momento en el cual las mujeres intervienen en las tareas de descabezado y limpieza. Unas pocas mujeres que han decidido realizar tareas pesqueras son vistas en la comunidad como personas que están actuando fuera de lo normal y alejadas de su rol, ya que se dedican a pescar camarón en el espacio marino.⁴ Ellas han logrado acceder a espacios masculinos, no solamente en la costa, sino también en el mar. A lo largo de este artículo contaré sus experiencias de vida, mostrando que bajo ciertas circunstancias ellas han podido dedicarse a estas prácticas que rompen con la división tradicional del trabajo según género en la actividad pesquera de camarón en la zona de los Ciriales.

El artículo está organizado de la siguiente manera: en la primera parte describo la vida cotidiana de la zona de estudio: el barrio de los Ciriales, ubicado en la parroquia Machalilla; en la segunda parte incluyo información relacionada con los pescadores y las pescadoras de camarón, su dinámica familiar; las formas de organización del trabajo por género, tanto en las tareas del hogar como en los espacios públicos; en la tercera parte, a la que he denominado la vida en el mar; describo los sistemas de pesca del camarón, las relaciones que establecen hombres y mujeres a partir de la pesca artesanal de camarón y cómo se organizan para estas tareas; en la cuarta parte narro la experiencia de las pescadoras, su historia como parte de los equipos de pesca, las actividades que desarrollan en el mar; también explico por qué las mujeres prefieren la pesca del camarón y no la de sardina. Finalmente, en las conclusiones recojo los principales argumentos de este trabajo.

Realicé la investigación en la que se basa este artículo durante los meses de junio, agosto y septiembre de 2006. Utilicé herramientas cualitativas, puesto que me adscribo a la propuesta metodológica de Rocheleau, la autora plantea el concepto de *insights*⁵ teórico prácticos.

Nacional Galápagos se realizó una investigación denominada “Roles productivos, reproductivos y comunitarios de las mujeres en relación con los hombres y posición de las mujeres frente a los temas ambientales” (María Arboleda y otros, 2002). Su análisis se basa en las tareas que realizan las esposas de los pescadores, desde la perspectiva de roles productivos y reproductivos, mas no es un análisis de la participación de las mujeres en la actividad pesquera.

⁴ En Machalilla se denomina camarón al langostino (*Litopenaeus vannamei penaeidae*).

⁵ La autora usa el método etnográfico ya que le permite situar a los que “hablan”, a quien cuenta, por qué cuenta y cómo cuenta, situar a cada una de las personas investigadas, sus formas de ver y aprehender el mundo.

Trabajé con observación participante, entrevistas semiestructuradas, mapeos participativos de uso de los recursos marino-costeros, calendarios diarios de actividades, calendarios participativos de pesca y recolección de moluscos.

Agradezco el auspicio e incentivo que recibí del Grupo Randi Randi, que en ese momento estaba desarrollando el proyecto "Tejiendo Redes entre Género y Biodiversidad: una propuesta regional para el fortalecimiento de la red, Manejando Ecosistemas y Recursos con Énfasis en Género (MERGE)".

I. La zona de estudio

Machalilla es una comunidad que durante siglos ha habitado el lugar (Dueñas 1986). Su principal medio de subsistencia consiste en las actividades extractivas relacionadas con los recursos marino-costeros, motivo por el cual hombres y mujeres de la zona han desarrollado destrezas y herramientas especializadas para dichas tareas. De hecho, las principales actividades económicas son la pesca artesanal (43%), el descabezado de sardinas (40%), y el comercio de mariscos (7%) (Guerrón 1997, 35). En cambio, la participación de la población femenina en las actividades económicas es muy baja, según la información censal; a la vez que un elevado número de mujeres de las áreas rurales declara estar dedicado solo a los quehaceres domésticos, pese a que además de estas tareas invierten parte de su tiempo en alguna actividad económica, muchas veces en su propio hogar (Eguiguren 1989, 32).

En Machalilla la división del trabajo por género es tradicional; hombres y mujeres transitan por espacios definidos de trabajo. Generalmente los hombres trabajan en el mar, donde se necesita fuerza, valor y destrezas para la natación; mientras que las mujeres lo hacen en la playa, en tierra firme, donde aparentemente se necesitan menores destrezas físicas y, por lo tanto, son tareas menos valoradas en el mercado laboral y reciben menor remuneración.

Machalilla está compuesta por ocho barrios, definidos y estratificados de acuerdo a su relación económica con la pesca. Así, existen barrios de pescadores, de esviceradores y de dueños de barcos. En este artículo trataré lo que acontece en los Ciriales, donde la población tiene una dinámica de subsistencia particular. Allí, hombres y mujeres pueden jugar varios roles para insertarse en una economía pesquera y su relación con el mar cambia de acuerdo con la época del año; es decir, durante una época son buzos, en otra

pescadores de peces pelágicos pequeños o de camarón, o evisceradores, o son parte de todas estas actividades al mismo tiempo.

El barrio de los Ciriales se conformó en la década de 1980, cuando el *boom* de la sardina requería de mano de obra para la limpieza del pescado. Sus pobladores llegaron desde distintos puntos de Manabí e incluso de otras provincias. Se establecieron en los Ciriales ya que allí se encuentran los espacios de descarga del pescado y fue el lugar donde se construyeron los tablados.⁶ Durante al menos diez años los Ciriales creció rápidamente formando un nuevo barrio dentro de Machalilla. En 2006 tenía luz eléctrica, una escuela y un colegio y una población organizada que desarrollaba obras sociales durante distintas festividades. En términos de actividades económicas, la mayoría de esos pobladores recientes proviene de una tradición agrícola o ganadera; muy pocos han sido pescadores antes, motivo por el cual optaron, en un principio, por ocuparse de tareas en la playa, como desembarque del pescado y evisceración de sardinas. Actualmente, hombres y mujeres de Ciriales están vinculados con la actividad pesquera, ya sea en la playa, en el descabezado de sardina o en el mar como pescadores, recolectores de moluscos y buzos. Así, una buena parte de las familias de la zona depende del trabajo asalariado, y al menos la mitad está vinculada al trabajo individual de pesca o artesanía.

2. Las familias que pescan camarón

La dinámica familiar de los pobladores de los Ciriales tiene un sistema de relaciones sociales definido por las características de la migración a la zona, por la condición económica de las familias y por la vinculación con el mar y la playa. Ellos y ellas comparten inquietudes y necesidades que les han permitido mantener estrategias de subsistencia ligadas a las actividades pesqueras.

En la cotidianidad, hombres y mujeres de los Ciriales realizan aquellas tareas destinadas tradicionalmente⁷ a su género, es decir, las mujeres están asociadas al círculo doméstico, “normalmente al cuidado de la prole (...), su principal actividad gira en torno a las relaciones intrafamiliares e interfamiliares, frente a la participación de los hombres en los aspectos públicos de la

⁶ Construcciones de madera rústica utilizadas para faenar la sardina.

⁷ Tradición: conjunto de actividades, comportamientos y formas de vida que mantienen la continuidad étnica y cultural de un grupo. (Paulson 1992, 2).

vida social" (Moore citando a Ortner 1991, 28); tales diferencias cobran sentido en una determinada cultura y no pueden ser explicadas por la biología. Así, conseguir trabajo o productos particulares para el uso doméstico es tarea de mujeres; sus responsabilidades son el cuidado y mantenimiento de sus hogares: el cuidado y la crianza de hijos e hijas; la limpieza de la casa, los patios, la panga o lancha de la familia; la elaboración de los alimentos; la recolección de leña y agua; además tienen a su cargo el cuidado de la ropa y de animales menores como gallinas y cerdos. La práctica de extraer y comercializar mercancías es masculina; son ellos quienes tienen acceso al espacio público, transitan por el ecosistema marino con la confianza de sentirlo su segundo hogar; en el mar se pasan la mitad de su tiempo, ahí trabajan, duermen y desarrollan destrezas para la pesca. Y generalmente son ellos quienes obtienen la mayor cantidad de ingresos para el mantenimiento de la familia, mientras que el trabajo de las mujeres es invisibilizado porque no es tangible, no se lo considera un rédito ni un ingreso para la familia.

Los roles de género en la zona son clasificaciones dicotómicas que van más allá de las dinámicas de la pesca, ya que condicionan la vida y las actividades de hombres y mujeres, sus conocimientos sobre el ambiente, paisajes y territorios. Sin embargo, esos roles tradicionales pierden importancia cuando necesitan mano de obra para incrementar los ingresos familiares; en estos momentos se abren los espacios públicos y privados a hombres y mujeres, quienes pueden acceder a tareas remuneradas. Este es el caso de las familias pescadoras de camarón.

La población que llegó a los Ciriales trajo consigo a su familia nuclear. Muchas fueron parejas que llegaron atraídas por las posibilidades laborales que ofrecía el descabezado de camarón. Con el paso del tiempo y por encontrarse en circunstancias similares de adaptación al ecosistema y a las tareas de pesca, las familias formaron redes de solidaridad que más tarde fueron usadas para la pesca del camarón. En la década de 1990 pudieron acceder a la oferta del Comité Internacional para el Desarrollo de los Pueblos, CISP, que entregó herramientas adecuadas para la pesca artesanal. En 2006, cada familia contó con herramientas para la pesca, tanto blanca como de camarón, y para el buceo.

Conocen estas tres formas de pesca porque el camarón y las especies extraídas a partir del buceo son temporales; su extracción no es ni segura ni continua.

Esas familias se mantienen especialmente gracias a las redes de afinidad que han creado, ya que las familias consanguíneas residen en poblados lejanos. El hecho de que sean familias nucleares ha sido ideal para su involucramiento en la pesca del camarón. Los pescadores y las pescadoras de la zona no trabajan en la pesca de sardina ni en el descabezado, sino en la pesca de camarón, una actividad reciente y para la cual se necesitan menores destrezas y conocimientos de las artes de pesca; también extraen pulpo, langosta y churo a través del buceo. Los buzos conocen técnicas para la exploración marina con *snorkel* y, en ocasiones muy particulares, con compresores,⁸ lo cual les permite extraer especies muy valoradas en el mercado local.

2.1. División del trabajo por género

Cotidianamente las mujeres de los Ciriales realizan las tareas en sus hogares. Sin embargo, cuando logran ingresar al espacio de pesca de camarón o a un trabajo remunerado, las familias “acomodan” la dinámica tradicional para poder compartir tareas domésticas como la limpieza del hogar y responsabilidades como el cuidado y apoyo en las tareas escolares de hijos e hijas. Es decir, se establece una estrategia “de ayuda mutua”⁹ y de trabajo compartido, que les permite a las mujeres liberar tiempo para invertirlo en tareas productivas. Con esta dinámica, las familias establecen un sistema de solidaridad que posibilita destinar tiempo a actividades de socialización o aprendizaje,

⁸ El compresor es un aparato que genera aire con una gran presión, es usado generalmente para trabajos de pintura y metalmecánica; los buzos de la zona han aprendido a usarlo en vez de tanques de oxígeno. Con esta herramienta pueden llegar a profundidades mayores logrando extraer más y mejores especies.

⁹ El concepto de ayuda mutua proviene de Narotzky; es un sistema de redes que “establecen las partes con un objetivo concreto y se extingue la obligación cuando se cumple lo acordado: la ayuda mutua es en esencia un contrato implícito. La reciprocidad, en cambio, se refiere a un contexto social cuyo ordenamiento moral produce una serie de obligaciones que no se extinguen en el cumplimiento de las expresiones discretas de estas obligaciones (la reciprocidad filial, por ejemplo). Sin embargo, con frecuencia la ayuda mutua puede ser una expresión de reciprocidad, como también procesos recurrentes de ayuda mutua pueden institucionalizarse en el orden moral de una sociedad o grupo, pueden producir “reciprocidad”. (Narotzky 2002, 18 citado por Larrea en <http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/paginas/debate543.htm>)

especialmente a las mujeres, tales como visitas informales, capacitación¹⁰ y acceso a actividades remuneradas.

En el interior de estas familias, las formas de organización de las tareas del hogar y de la incursión misma en espacios domésticos o públicos no son inamovibles sino flexibles; se moldean según las necesidades de sus miembros. La dicotomía mar -tierra es más importante, y está determinada por la relación diferenciada que hombres y mujeres tienen con el ecosistema marino-costero. El primero es visto como un paisaje masculino, mientras que la playa, la tierra, es un paisaje amigable para ellas. Esta separación tiene implicaciones directas en su vida y en las formas de relación con el ambiente, con el uso, acceso y control de los recursos; ellas sienten que la casa es un espacio de protección, sienten seguridad y cuentan con todo lo necesario para vivir. Además, por su vinculación con la pesca cuentan con un conocimiento importante sobre las especies marinas, sus usos y su forma de preparación.

3. La vida en el mar

En la década de 1970 se inició en el Ecuador la pesca de cultivo, especialmente de camarón. Desde entonces se la realiza principalmente en las costas de Guayas y Manabí. La flota destinada a esta pesca está conformada por barcos chinchorreros con redes rastreras adaptadas para la captura del camarón. En los años ochenta se integraron también pequeñas embarcaciones dedicadas a pescar hembras grávidas y post larvas para la instalación de piscinas camaroneras. Fue una de las actividades pesqueras más importantes

¹⁰ En Ciriales un grupo de mujeres ha podido transgredir las dinámicas tradicionales de la división de trabajo por género. Gracias a su fuerza e interés se vincularon a actividades económicas a través de asociaciones y espacios productivos o de comercio, "cuando empezamos con la asociación nos organizamos, nos reunimos para aprender; para manejar la asociación, ahí nos enseñaron a hacer artesanías preincas, trabajamos con arcilla, con concha nácar y ahora también con spondyllus. Con estos cursos perdimos el miedo a irnos y más que todo los maridos también entendieron que teníamos que aprender; que capacitamos para hacer bien las cosas, que eso es beneficio para la familia." (Francisca, 38 años).

Luego, entre 1998 y 2002, ingresaron al proyecto del CISP por ser parte de la Asociación de Artesanas Yaguarundi. El CISP les dio capacitación y créditos para microempresas comunitarias de artesanías. Una vez dentro, las mujeres organizadas lograron salir de su barrio, de su comunidad, capacitarse en otras ciudades y compartir sus experiencias.

A través de la incursión de este proyecto en Los Ciriales, las mujeres sintieron interés y necesidad de participar para contribuir económicamente en la economía doméstica.

y rentables, ya que no tiene períodos restrictivos naturales; se las puede encontrar en cualquier época del año, especialmente en invierno. A finales de los años 80 y principios de los 90 la actividad decayó notablemente, ya que los laboratorios contaban con especies mejoradas y, además, el recurso sufrió una reducción considerable y la pesca se volvió menos rentable (INP 2005, 24-30).

Durante 1997 y 1998, debido al fenómeno de El Niño, la temperatura del océano Pacífico se incrementó notablemente, causando efectos adversos en especies pequeñas y pelágicas y beneficiando al camarón. Por el cambio de corriente se lo pudo pescar en estuarios y playas y se reportó un aumento del 30% de capturas (INP 2005, 32-35).

Las familias de los Ciriales prefieren la pesca del langostino, denominada por ellos camarón. Extraen principalmente camarón blanco (*Penaeuss* spp.), camarón café (*Penaeuss californiensis*) y camarón rojo (*Penaeuss brevirostris*), especies que son conocidas como parte de la familia de los langostinos (Revista Ecuador Pesquero Año 3, No. 10). El camarón ha tenido distintos destinos en el país; se lo ha vendido sobre todo a las empacadoras del producto para consumo nacional e internacional y a las piscinas dedicadas a la producción de camarón en cautiverio (FAO 2003, 4).

3.1 Sistema de pesca de camarón

La pesca artesanal de camarón se lleva a cabo en la zona de los Ciriales desde los años ochenta del siglo pasado. Sus pobladores cuentan con dos tipos de embarcaciones: los bongos elaborados con madera y movilizados con remos, y las pangas o fibras elaboradas con *plywood* y fibra de vidrio, con motor fuera de borda y capacidad de 3 a 5 toneladas. Ninguna de estas embarcaciones ha incorporado compás magnético o GPS.

En estos dos tipos de embarcaciones se utiliza el trasmallo, una red construida específicamente para la pesca pasiva, ya que forma una pared vertical luego de ser sumergida en el agua. Allí se la deja por algún tiempo y después se la retira. El trasmallo es utilizado cerca de la orilla, a no más de 100 metros de la playa. Se lo mantiene horizontal en la superficie del mar gracias a los pesos y las boyas ubicados estratégicamente en la parte inferior y superior de la red. Los trasmallos tienen un tamaño promedio de 200 metros, y entre 4 y 6 metros de alto (Prieto, Belisle y Cuvi 1989, 47).

La pesca de camarón se realiza generalmente en la “clara”, es decir durante los días de luna llena, cuando esta especie no puede distinguir las redes, o durante la temporada de aguaje, cuando los sedimentos de la profundidad del mar están “movidos” y los camarones salen a comer o aparearse.¹¹ La faena se inicia generalmente en horas de la tarde, a las cuatro o cinco, hora en que los pescadores salen al mar, cerca de la playa de Machalilla y el islote Sucre. Allí calan sus trasmallos, actividad que requiere la presencia de al menos dos personas, quienes se apoyan mutuamente para ubicar la red. Una vez calada, los pescadores tienen que permanecer cerca de sus trasmallos, cuidando su pesca y además observando que los barcos chinchorreros u otras embarcaciones no maltraten o desubiquen las redes. Luego de varias horas, generalmente cuatro, recogen la red, es decir uno de ellos (el motorista con mayor experiencia) se encarga de colocarla dentro de la embarcación y el otro de separar cuidadosamente las especies pescadas. Una vez finalizada la separación de la captura y mientras regresan a tierra, los tripulantes comienzan a descabezar el camarón y a limpiar algunas especies pelágicas. El camarón es comercializado en mercados cercanos y en restaurantes que ofrecen servicios turísticos en la zona, mientras que los pequeños peces son usados para consumo familiar. En 2006 había disminuido la pesca de camarón, ya que las especies suelen ser extraídas en crecimiento, lo cual no permitió la repoblación del crustáceo.

La captura diaria durante las épocas de aguaje o clara es de entre cuatro y cinco libras por panga,¹² aproximadamente cuatro camarones por libra. En 2006 el precio de la libra osciló entre 3 y 4 dólares en los mercados de la localidad.

3.2 Los equipos de pesca

Los equipos de pesca de camarón son pequeños: de dos a tres personas. El equipo decide las tareas específicas que cumple cada uno; la función más especializada es la del motorista y calador de la red, la desempeña la perso-

¹¹ Los ciclos de pesca están totalmente relacionados con los ciclos lunares, de esto depende, según pescadores y pescadoras, la cantidad y posibilidad de la pesca.

¹² Es el nombre que se les da a los barcos pequeños, cuya capacidad máxima es de tres personas; están hechos de troncos de madera o de fibra de vidrio los más modernos.

na que tiene mayor experiencia en el mar y en el uso de las artes de pesca. Las otras dos personas se encargan de mantener las redes desenredadas y listas para el calado. Este equipo de pesca generalmente está conformado por familiares y amigos cercanos, personas en quienes se confía y con quienes se inicia una relación cercana. En efecto, el elemento más importante es la confianza, ya que los beneficios directos son invertidos en las necesidades de la familia, situación que les lleva a trabajar con mayor esmero y eficiencia.

Otra alternativa para formar los equipos de pesca es la afinidad y el lugar de residencia de los pescadores. Invitan a formar parte a vecinos y amigos que conocen la dinámica y están dispuestos a compartir en igualdad de condiciones la inversión¹³ y las ganancias.

...la mayoría de las relaciones que se llegaba a establecer entre los miembros de las redes familiares, se constituían a partir de la existencia de una relación de reciprocidad a nivel de pares. Esta reciprocidad se entendía a partir de la existencia de una situación de igualdad en términos económicos y culturales (Lomnitz citado por Rivera 2005, 7).

Generalmente los grupos están formados por miembros de la familia o amigos que están en igualdad de condiciones, con quienes se ha experimentado ya algún tipo de labor previa.

Cuando no hay hombres en quienes confiar se invita a participar a las esposas. Ellas, al entrar al mar, deben vivir un proceso de aprendizaje rápido y desarrollar destrezas especializadas para poder apoyar al pescador principal: calado y recogida de las redes, y separación del camarón.

4. Las pescadoras de camarón

La pesca de camarón es el escenario perfecto para la incursión de las mujeres, pues se lleva a cabo en la zona costera continental, durante horas de la tarde y noche, con artes sencillas que pueden ser manipuladas por un equipo pequeño. Además, tal incursión es considerada no una labor, sino una posibilidad para “completar” los ingresos de la familia.

¹³Muchos pescadores de camarón no son dueños de su panga. Por lo tanto deben alquilar una y además pagar los insumos para su uso, como aceite, gasolina, entre otros.

En los Ciriales viven seis mujeres que dedican buena parte de su tiempo¹⁴ a la pesca de camarón. Ellas lograron vencer el miedo y las barreras impuestas por la comunidad a su género, que les dificulta trabajar en el mar. Este fue un gran paso, ya que significa acceder al espacio masculino, al mar, que ellas desconocen y donde no se sienten protegidas.

Muchas comparten una historia similar de ingreso al mar; fue durante la década de 1980, cuando la mano de obra era escasa y había una gran demanda de hembras grávidas y post larvas de camarón.

...una vez mi esposo tenía que salir a pescar, ya llegó la clara y decían que había bastante camarón, el pobre anduvo buscando, buscando con quien salir, porque para pescar camarón hay que ir dos o tres, si no, no se puede calar la red, no se puede recoger. Entonces, no encontró. A veces, cuando hay temporada los compañeros prefieren irse con sus propias familias, ahí se van y toda la ganancia es para la familia mismo. Entonces yo le dije "vamos, vamos, yo te ayudo", al principio él no quería porque decía que yo no sé, que no voy a poder. Pero como no encontró me llevó, ahí ya en el mar ambos trabajamos bien, él me iba diciendo cómo hacer las cosas, cómo soltar los pesos, y luego ahí se espera nomás y levantamos la red, él iba subiendo porque es pesada mojada y yo doblaba y sacaba los camarones, las caritas, ahí salieron una que otra caballita también... Después de eso a mí me gustó, ya no me daba miedo entrar y más que nada así nos quedaba más platita (Lorena, 32 años).

Nosotros aprendimos a pescar cuando empezó a brotar el camarón, ahí mi esposo empezó a salir en una panguita, después ya compró las redes, y así ya luego yo me iba con él. Me gustaba irme porque es bonito estar adentro, se ve cómo se mueve el mar y se aprende cómo se sacan los pescados, a mí siempre me ha gustado. (Telma, 34 años).

Ellas ingresaron al mar con conocimientos limitados sobre los recursos marinos, incluso sin saber nadar. Sin embargo, sólo "viendo" en sus múltiples visitas desarrollaron un amplio conocimiento sobre las artes de pesca de camarón. Ahora tienen un dominio de las especies, de su uso y de la rutina misma en el mar. Además, cuentan con un conocimiento que puede ser tan importante como el manejo de las artes de pesca: el uso y preparación de cada especie, que está vinculado con la ciencia de la sobrevivencia, es decir con las tareas diarias de cuidado de su familia, de la alimentación de ellos y ellas, conocimientos que los hombres no han desarrollado.

¹⁴ Tiempo, que como expliqué antes, reorganizan con los demás miembros de la familia para no descuidar las tareas domésticas, que continúan siendo su responsabilidad.

Entrando las primeras veces sin saber nada, ahí mi marido me iba explicando y así ya aprendí cómo se pesca, cuándo hay que calar las redes, en dónde. También aprendí cuáles son los mejores camarones para la venta, para comer en la casa y de los peces. Y ya en la casa, ahí es más fácil, como desde chiquita aprendí a cocinar; mi mamá y mis hermanas me enseñaron cómo preparar la caballa, la carita, los camarones, los pulpos, las jaibas, todos esos yo sé cocinar; en cambio mi marido no sabe de ninguno de esos, no sabe qué hacer; sólo les deja en la cocina... (Ernesta, 31 años).

Para ellas, al igual que para muchos hombres, el mar es un paisaje desconocido, que produce desconfianza y al que hay que tenerle respeto; ellas provienen de tradiciones alejadas del mar; la tierra firme ha sido su entorno. Entonces, sus conocimientos sobre la pesca son aprendidos y no heredados; tampoco serán transmitidos a sus hijas, ya que rara vez salen a pescar y, por lo tanto, no aprenden; sus madres tienen la esperanza de que encuentren un esposo que pueda proveer a la familia, para no tener que correr esos riesgos.

Mi marido, a él sí le gusta mismo el mar; él sí saca al mayor de nuestros hijos, le enseña, le explica, pero a mi hija no, qué le voy a dejar ir a ella sabiendo que es duro estar ahí, que hay que poner bastante fuerza y más que nada el susto, a qué hora se vira la panga, no, no. Ojalá ella ya no tenga que estarse aquí, si ya se consigue un marido pescador ya será diferente, ojalá. Al chiquito, a él sí le ha de tocar también irse con el papá, con el hermano a aprender, a pescar; él tiene que poner bastante atención para que sea buen pescador y pueda mantener a la esposa (Julia, 43 años).

No todas las mujeres pueden entrar al mar; las que deciden hacerlo tienen que ostentar características vistas en el barrio como "masculinas", es decir, fuerza para levantar pesos, flotadores, redes y para la captura; deben vencer el miedo al mar; tener interés en la vida marina, en las especies, y conocer sobre lo que se pueden capturar en la zona. Ellas ostentan su diferencia en el hecho de que han roto con ciertos tabúes de género con respecto a no entrar el mar; ellas se sienten más cercanas al mundo masculino:

A mí me gustó entrar a pescar; al principio tenía miedo, pero no teníamos ningún conocido o amigo que le ayude a mi esposo; entonces, fui una vez y ya aprendí, perdí el miedo y empecé a coger el gusto para estar en las olas, para pescar; ahí es donde aprendí que no se marea uno, que se está moviendo nomás, pero nada, no pasa, además como es cerquita de la playa no es difícil (Francisca, 38 años).

Las mujeres que entran al mar muchas veces no son consideradas pescadoras. Los conocimientos marinos que ellas adquieren se suman a los de las múltiples labores de la esfera privada; sin embargo, al ser una tarea que aumenta de manera importante los recursos familiares, es vista como un trabajo que aporta al mantenimiento de las familias de la zona. Sus conocimientos sobre el mar son amplios, lo mismos que con respecto al consumo doméstico y la comercialización de las especies marinas. Como están a cargo de la separación de la captura, seleccionan las especies que destinarán al autoconsumo familiar.

Ahora, en cuanto a los imaginarios, las mujeres no se sienten ni se ven a sí mismas como pescadoras; más bien consideran que esta actividad es una ayuda, un apoyo a la economía doméstica. Ven su aporte como un trabajo mínimo, pequeño comparado con el esfuerzo diario de su esposo, es decir, en palabras de Moore (1991), invisibilizan su trabajo. Esta invisibilización se produce porque, pese a que cuentan con los conocimientos para pescar, no tienen la posibilidad de ir con otra mujer al mar. En los Ciriales se mantiene la idea de que en la pesca siempre debe estar un hombre, que ellos saben en dónde calar las redes, hasta dónde avanzar y dónde está la mejor la pesca. Entonces, ellas silencian sus conocimientos y dejan que los hombres sigan siendo los “capitanes” del barco.

Nunca he salido sola y peor con otra mujer; qué miedo, imagínese las dos solitas, cómo hacemos si vienen olas muy grandes, no sabemos controlar bien los motores, y vemos dónde brillan los camarones, pero no sabemos el lugar específico, y qué miedo más que nada cuando hay que regresar; que las olas de noche son más fuertes y toca calar la panga, se necesita mucha fuerza para eso... (Julia 43 años).

El escenario familiar de las pescadoras es de dos tipos; uno es el permisivo, donde se valora y se da importancia al trabajo doméstico y, por lo tanto, se lo puede organizar para que no sea muy pesado, compartiendo las tareas domésticas. En el otro escenario las tareas domésticas no son negociables, son simplemente vistas como femeninas y la vinculación de ellas con la pesca es otra de las tareas del hogar. En este caso se incrementa el trabajo cotidiano de las mujeres con la pesca, una responsabilidad económica cuyos resultados no podrán ser compartidos, ya que ellas no deciden sobre los gastos.

Al comentar sobre su incursión en el mar, ellas dicen que fue una “locura” haberlo hecho arriesgando su vida; sin embargo, no se arrepienten, por-

que el mar es una fuente de recursos que quisieron conocer y aprender a explotar:

Cuando a veces el agua estaba bien brava, parecía que ya se viraba la panga, y ahí nada pues, no había con quién quejarse, porque fui para ayudar y no para hacer problema, imagínese si hubiera estado gritando y haciendo escándalo, mi marido no me llevaba más, y pobre, solito no podía, no ve que si es pesado jalar las redes, ya calar es facilito, pero recoger es bien pesado, como está mojada la red entonces sí es cansado... y lo bueno además es que una sí aprende cómo se calan las redes, cómo se separa el camarón y a veces también que salen otros peces (Loreni, 30 años).

4.1 Actividades por género durante el trabajo en el mar

Dentro del equipo cada miembro tiene una tarea y responsabilidad; el apoyo entre todos es de gran importancia, les ha llevado a realizar viajes distantes y a aprender de la fuerza del otro:

Mi marido es el capitán de la panga, él tiene que estar en la parte de atrás, manejando el motor; y yo voy en cambio adelante y si alguien más va, tiene que ir al medio, así nos repartimos para ver mejor dónde está brillando el camarón, ya cuando encontramos yo tengo que ir desdoblado la red, y él va calando con los pesos, yo cuido las boyas, esas que son livianitas... ahí ya dejamos que esté quieta la red y como unas 4 horas después toca el trabajo fuerte, porque toca subir las redes, y es pesada la red mojada, bien pesada. El capitán va embarcando la red, y dobla y yo tengo que ir rapidito sacando lo que más pueda de lo que hemos pescado; sino, como es bien finita, se enreda. Ya saco todo lo que sale en la red y mi marido ve cuánto tenemos y decidimos calar otra vez o ya irnos nomás, a veces toca hacer eso dos o tres veces, o si no tenemos otra red más pequeña y ahí calamos las dos. Si no, ya damos la vuelta para ir a la casa, y yo voy separando los camarones, porque hay que elegir los mejores para vender y los que se maltratan ya nos quedamos, pero los pescaditos que salen, esos sí todos nos llevamos a la casa, a veces salen jaibas y langostas también, esas, dependiendo cuántas hayan, del tamaño, las llevamos para vender; si no ya les dejamos nomás en el mar (Telma, 34 años).

En este sentido, el poder de las mujeres se mantiene en la acción de ingresar al paisaje marino, en usar este recurso. Sin embargo, ocupan el rol de "ayudantes" del pescador principal, ya que aparentemente cumplen las tareas complementarias, mientras que ellos mantienen el liderazgo, porque

presuntamente tienen mayor experiencia por haber estado involucrados antes en la pesca de sardina.

Muy pocas veces y sólo si el marido está realizando otro trabajo, las mujeres ingresan solas o acompañadas de sus hijos mayores; las niñas no ingresan al mar; sino que esperan en la playa. En estos casos, ellas asumen el rol masculino y son quienes dirigen la tarea, sin descuidar por ello sus responsabilidades domésticas.

Ya nos vamos a pescar a la tarde, cuando ya hemos acabado de hacer las cosas en la casa o ya falta poco, solo cocinar la merienda, ahí ya nos vamos, tenemos que dejar todo listito para regresar y ya solo cocinar rapidito. Cuando los niños eran chicos, era más problema, porque ellos no ayudaban, en cambio ahora ellos ya están parando el arroz hasta que yo llegue, y luego ellos ayudan al papá a doblar las redes, a terminar de guardar las cosas, si no antes nos hacíamos muy noche hasta terminar con todo (Marieli, 34 años).

Como hemos visto, esta apertura no es total. Si bien pueden ingresar a un paisaje masculino, no rompen del todo con las relaciones de poder; ya que generalmente la venta de los camarones es una tarea destinada a los hombres; lo interesante es que pese a que es su trabajo y ellas no reciben el dinero de la venta, la decisión de cómo gastarlo es compartida.

De acuerdo con Firth (citado en Davis y Nadel-Klein 1997, 58) las mujeres son excluidas del alto estatus de la pesca, su rol es visto como un aporte a la labor; no como una labor misma, como un trabajo, situación que les permite a los hombres seguir a cargo de las decisiones en el ámbito público. Persiste la idea de que las mujeres pueden ser naturalmente peligrosas para los hombres, en el sentido de que tienen un poder subvertido que en caso de emerger podría neutralizar el poder masculino. Por esto sus intervenciones y control se mantienen en la esfera más abstracta de la ayuda.

En resumen, las pescadoras subvierten su rol tradicional femenino por temporadas cortas, durante las cuales entran al mar como ayudantes del pescador principal o motorista. Dentro de esta acción, sus decisiones y aportes son generalmente subordinados al pescador principal; ellas no tienen la posibilidad de tomar decisiones en cuanto al lugar o al tiempo de pesca. Sin embargo, cuando acceden solas, el rol de ayudante le corresponde a su acompañante. En este caso, la subversión de roles no está dada por género sino por edad y conocimientos. Así, el espacio cotidiano de toma de decisiones femenino continúa siendo el área doméstica.

4.2 ¿Por qué las mujeres no pescan sardina?

El sistema de pesca de sardina es un conjunto de tareas determinadas de acuerdo con las habilidades de cada sujeto que interviene; además, es una tarea casi industrializada, donde cada pescador cumple una sola actividad. Algunos pescadores la ven como una actividad tradicional que “se viene realizando desde épocas prehispánicas, cuando los balseros salían a coger pescado para sus familias, ellos ya desde esas épocas conocían las artes de pesca, las zonas de mayor pesca y, claro, los peces aptos para alimentarse”, comenta don Antonio Bedoya, pescador y armador de barco de Machalilla. Lo que él plantea coincide con lo que dice Carmen Dueñas (1986, 65), quien explica que se han encontrado vestigios importantes de culturas prehispánicas con características de subsistencia similares a las actuales; es decir, agricultura en pequeños porcentajes, pesca y recolección de moluscos, recolección de leña y fibras en el bosque para la confección de artesanías.

Para la gente de Machalilla, la herencia de las artes de pesca ha sido conservada y se ha recreado en función de las necesidades de la población, el mercado, la tecnología, los cambios ecológicos, etc. Así, actualmente en Machalilla se pesca sobre todo sardina, pequeños peces demersales (pesca blanca). La captura de camarón y la recolección de moluscos es menos importante. Por los sistemas de pesca que se desarrollan en la zona, Machalilla es considerada uno de los 138 puertos de pesca artesanal del país (INP 2005, 33). Para la pesca de sardina se trabaja con barcos chinchorreros: son embarcaciones de entre cincuenta y sesenta toneladas. En Machalilla hay 8 de este tamaño; usan redes extendidas de manera circular en el mar, cercando de esta manera a los peces. Utilizan plomos o pesos para mantener la red en posición vertical dentro del mar, donde los peces se enredan; conservando esa forma circular las suben al barco para retirar los peces de las redes. Actualmente cuentan con aparatos electrónicos como la sonda y el GPS, que les permiten conocer la ubicación exacta del cardumen, lo que facilita su tarea.

Los barcos chinchorreros trabajan con cuadrillas de pescadores de entre 12 y 18 hombres, organizados jerárquicamente según las tareas que requiere la faena. Así, hay un armador de barco, quien generalmente es el administrador o propietario de la embarcación y también el capitán; un ayudante en la cabina, que se encarga de apoyar al capitán con el uso de los equipos; el avistador o divisador, quien debe observar desde la parte alta del barco “lu-

ces" en el mar, que son bancos de peces; por último están los tripulantes o pescadores.

En caso de que la pesca sea de sardina, a este equipo se incorporan en la playa hombres y mujeres que procesan la sardina a pequeña escala. A la llegada de los barcos entran en escena los desembarcadores o gabeteros, quienes llevan el pescado desde el barco hasta las pangas y luego lo ponen en gabetas (tarrinas plásticas). Es tarea de los tarreros transportar a la playa la pesca en tarros, con capacidad de al menos 100 libras. Una vez en la playa, dejan la pesca en los tablados, sitio donde serán descabezados y clasificados por los descabezadores y las descabezadoras. Luego es tarea de los hieleros introducir la sardina en gavetas y acomodarlas con hielo para su correcta conservación. Finalmente, están los anotadores, quienes se encargan de registrar el número de participantes en cada actividad, el número de baldes de sardina limpiados y la suma total de tareas realizadas.

La pesca de sardina demanda permanecer más tiempo en el mar y trabajar durante las noches, principalmente en alta mar. Además, en la zona esta pesca es de tipo semi industrial, lo cual significa que se contrata mano de obra. Bajo esta dinámica los pescadores dejan de ser dueños de la pesca y se convierten en trabajadores de los dueños de la embarcación, una forma alejada de la de autosubsistencia familiar.

En este escenario la participación de las mujeres en las tareas dentro del mar es impensable, por el tiempo que deben permanecer en alta mar y porque el espacio puede ser peligroso.¹⁵ Por otro lado, la pesca de sardina es una actividad de equipo, donde cada pescador cuenta con una tarea específica y debe conocerla a profundidad, ya que de su labor dependen otras personas.

Conclusiones

El estudio de caso narrado a lo largo de este artículo refleja la importante relación existente entre mujeres y pesca y los conocimientos y relaciones que ellas establecen con el ecosistema marino-costero. He abordado la discusión desde la perspectiva de deconstruir las polaridades de género, desde

¹⁵ El peligro es un concepto cultural; en este caso se trata de un lugar oscuro lleno de hombres; la única circunstancia bajo la cual una mujer es aceptada en un barco es para ofrecer favores sexuales a los pescadores, situación que se da en épocas de buena pesca cuando el capitán a manera de premio a sus trabajadores, las invita a ser parte de la faena.

una crítica a la perspectiva binaria de lo masculino y lo femenino, dejando ver que cada grupo social es complejo y que su vida está determinada por elementos sociales, culturales y económicos que permiten, o no, el acercamiento a los sistemas pesca, donde hombres y mujeres pueden ser considerados actores sociales que desempeñan múltiples roles en varios espacios de acción (Davis y Nadel-Klein.1997, 51).

La pesca de camarón es del tipo no tradicional, permite una flexibilidad de acción y decisión; las familias de los Ciriales han desarrollado formas de subsistencia relacionadas con esta pesca, ya que es mejor remunerada y permite obtener mayores ingresos familiares.

El escenario ha favorecido a las mujeres, quienes han desarrollado conocimientos sobre la pesca a pequeña escala, y viven cotidianamente un proceso de aprendizaje y mejoramiento del uso de estas artes. En este espacio ellas trabajan como pescadoras de camarón y actúan adoptando características masculinas (fuerza, valor) que les permiten estar en un paisaje masculino. Sin embargo, aún son vistas como mujeres haciendo tarea de hombres. No consideran que sean pescadoras como estrategia de sobrevivencia, y no lo ven como un recurso económico real.

Si bien las familias costeras de la zona de los Ciriales han desarrollado relaciones diferenciadas por género con respecto al mar; representadas por la simbología dual hombres-mar; mujeres-playa, en la práctica cotidiana viven y transitan por paisajes comunes, donde adquieren importancia los conocimientos y prácticas vinculadas con el ambiente. Las mujeres acceden a un espacio donde aprenden y desarrollan conocimientos sobre el uso, acceso y control de los recursos marinos, donde tienen el poder de decisión sobre la parte de la pesca que será usada en el consumo familiar; la que se destinará a la venta y la que será devuelta al mar. Los conocimientos de las pescadoras sirven para brindar mejor apoyo a la familia; ellas conocen las épocas de pesca, el tiempo que hay que permanecer en el mar; además de que han inventado recetas para preparar alimentos con los recursos marinos.

Hombres y mujeres de los Ciriales no son pescadores de tradición, vienen, de ecosistemas distintos y, por lo tanto, tienen una economía doméstica adaptada; es decir, la pesca es para ellos y ellas una actividad no tradicional, aprendida y con escenarios flexibles. Así, los esquemas de "hombres al mar; mujeres a la playa" no es inamovible, y la idea de mujeres en el espacio reproductivo y hombres en el público es flexible; ellos y ellas pueden desempeñar roles distintos, dependiendo de las necesidades y las estrategias de

subsistencia generadas en el interior de la familia. Por ejemplo, las tareas del hogar pueden ser realizadas indistintamente o de manera conjunta por hombres y mujeres, mientras haya tiempo suficiente para acceder a las labores remuneradas.

Sin embargo, los significados de acceder al espacio de pesca no son valorados dentro de la comunidad ni por las mismas mujeres; ellas no se reconocen como pescadoras, pese a que tiene las capacidades de realizar la faena solas y a que conocen el sistema de pesca del camarón. Lo que vemos es que para las mujeres no cambia el significado de entrar al mar; más bien tal actividad es considerada una tarea ligada a sus responsabilidades domésticas.

En el ámbito comunitario, las pescadoras son vistas como poseedoras de características masculinas, es decir son mujeres haciendo trabajo de hombres, y esto les ha significado una valoración diferente de sus actividades. El hecho de haber roto las barreras de lo masculino es una característica respetada y valorada dentro de la comunidad. Sin embargo, su “ayuda” en la pesca de camarón es considerada una tarea no remunerada, aunque incrementa los ingresos familiares. En esta actividad ellas asumen un cuerpo socialmente diferenciado y lo asumen como tal; pasan a pertenecer a un limbo corpóreo, donde la diferencia y la ambigüedad son sus características. Sin embargo, esta situación no es frecuente; más bien se presenta en temporadas cortas, mientras ellas ingresan al mar: “Ellas se ponen su overol y botas y están listas para entrar a pescar, son fuertes, como hombres mismo son...” (Don Eloy, 45 años). El problema es que ni ellas mismas se ven como pescadoras, sino como ayudantes de pesca, ya que no van solas al mar y rara vez toman las decisiones sobre el calado de las redes o el tiempo de pesca. Por otro lado, ellas no consideran importantes sus conocimientos sobre la pesca, por lo cual no están interesadas en transmitírselos a sus hijas. Tienen la confianza de que ellas podrán elegir una “mejor vida”, alejadas de los peligros del mar:

Las mujeres pescadoras cuentan con conocimientos útiles que les sirven de herramientas para brindar mejor apoyo a sus compañeros, ellas conocen las épocas de pesca y el tiempo en el mar. Además han desarrollado un repertorio variado en función de las especies que son de su conocimiento, situación que los hombres no conocen, ya que esta labor no está dentro de sus responsabilidades.

Androcentrismo en la valoración económica del Parque Metropolitano Guangüiltagua de Quito

Por Cristina Vera Vera¹

Resumen

Entre 15.000 y 20.000 personas visitan semanalmente el Parque Metropolitano Guangüiltagua de Quito. Con el fin de conocer el valor que esas personas dan al Parque, la autora aplica el método de valoración contingente, que implica encuestar a mujeres y hombres que acceden a este espacio, con respecto a su disposición a pagar por un plan de cuidado y mantenimiento. En el análisis, Vera revisa las respuestas desde la óptica de la economía feminista, lo cual la lleva a concluir que dicho método usa supuestos que invisibilizan la desventaja de las mujeres en el sistema económico, pues se asume que todas las personas tienen un comportamiento homogéneo a manera del *homo economicus*.

Abstract

Between 15 and 20,000 people visit Quito's Metropolitan Park each week. To learn how people value this park, the author used the contingent valuation method that involved surveying men and women who use the area about their willingness to pay to support a plan for the care and maintenance of the park. Vera's analysis of the results from a feminist economics perspective revealed that the economic method applied is based in assumptions that hide the disadvantage of women in the economic system, assuming that all people behave homogeneously like *homo economicus*.

¹ Agradezco a todas las personas que de una u otra forma han sido parte de este artículo, especialmente a mi Jorge por ser, por siempre estar; a María Teresa y Juan Martín, por su vida; y a María Cuvi por su paciencia, aliento y sinceridad.

Introducción

A lo largo de este artículo pretendo mostrar cómo la metodología de valoración contingente, que busca conocer el valor que las personas dan a un espacio objeto de estudio, usa supuestos que invisibilizan la realidad de subordinación de las mujeres en el sistema patriarcal, pues asume que todas las personas tienen un comportamiento homogéneo, a manera del *homo economicus*, un ser masculino, sin diferencias de recursos, relaciones o responsabilidades por género. Esta simplificación impide visualizar que mujeres y hombres tienen distintas preferencias y viven una situación económica diferente, por ejemplo el hecho de que ellas, por lo general, perciben menores ingresos, realidad que determina su menor disposición al pago por los servicios ambientales del Parque Metropolitano Guanguiltagua de Quito,² espacio natural sobre el cual realice mi disertación de grado para obtener el título de economista. Y en donde apliqué el método de valoración contingente preguntando a las personas que visitan este espacio natural si están o no dispuestas a pagar por un plan de cuidado y mantenimiento.

Luego de realizar los procedimientos estadísticos y econométricos conocí que la probabilidad de aceptación del monto propuesto en la pregunta de disposición al pago por servicios ambientales del Parque disminuye si la persona encuestada es una mujer. Esto fue todo el que pude determinar sin ir más allá. Sin embargo, mi asesora de tesis, Silvia Vega,³ me sugirió buscar la razón de ese comportamiento en el menor ingreso que las mujeres dijeron tener:

Así fue como me introduje en el análisis de los resultados con una nueva perspectiva y me encontré con la economía feminista,⁴ movimiento que tomó fuerza en la década de 1990, con su crítica a la disciplina económica, con una gran gama de temas tratados, en los que, según Pujol (citada por Carrasco 2003,13) “básicamente se cuestiona el sesgo androcéntrico de la

² A partir de marzo de 2007 la administración del Parque está a cargo del consorcio CIUDAD-ECOGESTIÓN, conformada por dos organismos no gubernamentales sin fines de lucro: el Centro de Investigaciones CIUDAD y la Fundación ECOGESTIÓN, que fueron seleccionados bajo concurso convocado por la Corporación Vida para Quito.

³ Socióloga feminista, asesora de mi disertación de grado, asignada por el Fondo de Becas de Género y Ambiente de EcoCiencia, quienes auspiciaron la realización de mi investigación.

⁴ Quiero agradecer a María Cuvi y Raquel Coello quienes me dieron pistas para seguir por este camino.

economía que se evidencia en las representaciones abstractas del mundo (...) donde se omite y excluye a las mujeres...”

En mi formación como economista aprendí que los modelos son una herramienta para entender el comportamiento de la sociedad y, así, realizar predicciones y tomar las mejores decisiones. Por ello, asumí los supuestos simplificadores como verdades que me llevaban a conocer más a fondo la realidad. Sin embargo, realizar mi tesis con enfoque de género me abrió los ojos a los sesgos androcéntricos detrás de esas hipótesis. Ahora me doy cuenta de que analizar los resultados de la aplicación de los modelos con los lentes a-críticos (ciegos al género) de la disciplina económica, reproduce las inequidades estructurales de género.⁵

Por ello, en este artículo pretendo visibilizar estas inequidades exponiendo parte de los resultados obtenidos durante la investigación de mi tesis, la misma que fue financiada por el Fondo de Becas de Género y Ambiente. Con esto espero persuadir a las economistas y los economistas que utilizan esta metodología, a que se sitúen desde su lugar de investigadores-as que se ponen unos lentes para ver una porción de la realidad, y que no conocerán, ni determinarán verdades absolutas. Esto no significa desechar del todo la metodología; más bien es una invitación a analizar los resultados con una visión más crítica y, así, llegar a hallazgos que permitan tomar acciones afirmativas para empoderar a las mujeres.

He dividido el artículo en cuatro partes. En la primera describo el Parque Metropolitano Guanguiltagua de Quito. En la segunda explico la valoración económica, el método de valoración contingente y los pasos que realicé para aplicarlos al análisis del Parque. En la tercera describo la encuesta que desarrollé y apliqué a usuarios y usuarias del Parque y presento algunos resultados de la investigación. Por último expongo las críticas de algunas autoras a los supuestos sobre los que se erige la valoración contingente.

⁵ Aunque no existe la palabra inequidad en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (RAE), es un concepto que tomó fuerza a partir de la década de 1990; hace referencia a diferencias que se consideran injustas y evitables. Por ello, he decidido usarla pues tiene connotaciones de injusticia o mala distribución, no así la palabra desigualdad.

El Parque Metropolitano Guangüiltagua de Quito

Como adelanté, el objeto de estudio para mi disertación de grado fue el Parque Metropolitano Guangüiltagua de Quito. Este espacio natural urbano recibe cada semana entre 15 y 20 mil usuarios y usuarias, que van allí para pasar momentos de ocio.

El Parque está ubicado en el cerro de Guangüiltagua, al nororiente de la ciudad de Quito. Tiene una superficie de 571.176 ha, y registra altitudes que van desde 2600 msnm hasta 2980 msnm. El clima es fresco y seco y la precipitación media anual es de 945 mm, razón por la cual la vegetación del entorno es baja y dispersa. Por su ubicación ofrece una privilegiada vista panorámica de la ciudad, de los valles orientales de Tumbaco y Los Chillos, de los nevados Cayambe, Antisana, Cotopaxi, del cerro Ilaló y del volcán Pichincha.

El 80% de la superficie del Parque se halla ocupada por áreas verdes: más del 50% por bosques, mientras que 171 ha están cubiertas de pastos y matorrales. Sin embargo, la mayor parte de los espacios cubiertos de vegetación herbácea está descuidada y desordenada, según lo señala Gómez (2001, 41). La vegetación está compuesta por árboles (bosque de eucaliptos, pinos y especies nativas), pastos (servían de alimento para el ganado cuando el Parque fue hacienda) y vegetación natural (principalmente en las quebradas y laderas, consideradas los lugares más ricos en flora y fauna perteneciente al ecosistema bosque andino). La fauna está conformada principalmente por las aves más comunes de los bosques andinos (gorriones, tórtolas y una gran variedad de colibríes) y por reptiles y marsupiales que se concentran en las quebradas.

En cuanto al uso humano del Parque, Gómez (2001, 42) clasifica los lugares para la recreación en dos tipos: espacios para picnic y senderos. Algunos de los primeros están bien equipados, la vista es atractiva y están dotados de servicios higiénicos y agua potable, a los que usuarios y usuarias acuden mucho con el fin de ocupar una barbacoa. Los senderos son utilizados generalmente por marchistas, caminantes, ciclistas y la gente que lleva de paseo a sus mascotas; cada persona que los usa cree que tiene todo el derecho sobre la vía, lo que causa disputas entre usuarios-as por conflicto de usos, como lo ilustra Gómez (2001, 44) en el siguiente ejemplo:

(...) las personas que van a pasear se molestan mucho con el hecho que haya un perro suelto, pero las personas que llevan a sus mascotas sostienen que es ilógico llevar a un perro a un espacio tan grande y llevarlo encadenado. Por otro lado, los ciclistas causan pánico al resto de usuarios ya que creen que tienen el derecho sobre la vía, los silbidos y expresiones fuertes no se hacen esperar para hacer a un lado a quien se encuentre en su camino.

Además, existen factores, principalmente de origen humano, que ocasionan el deterioro del Parque, como también lo señala Gómez (2001, 47). El desgaste de la capa vegetal causado por el uso intensivo del suelo (en las áreas de administración y en las canchas) debido al pisoteo de las personas que se salen de los senderos y, además, por el descubrimiento intencional de la capa vegetal para construir campos de juego, caminos y obras civiles. Los incendios es uno de los grandes riesgos del Parque. Son ocasionados por un imprudente manejo del fuego (cuando asan en la barbacoa), por cigarrillos encendidos o botellas lanzadas al piso e inclusive por vandalismo. La basura es un problema fundamental. El alto flujo de visitantes genera grandes toneladas, cuyo manejo (en el momento de la investigación) estaba a cargo de "Los Ashintacos", una microempresa conformada por personas de La Comuna Miraflores,⁶ quienes no se dan abasto. A esto se suma los excrementos de las mascotas y los tarros de basura usualmente en mal estado y en proceso de deterioro. En suma, la basura y los desperdicios inadecuadamente manejados causan malestar a las personas que visitan el Parque.

En este espacio natural apliqué la valoración contingente para conocer cómo lo valoran sus usuarios y usuarias siguiendo rigurosamente las recomendaciones de la teoría, que a continuación presento.

Supuestos, método y límites de la valoración contingente

Frente a la necesidad de tomar decisiones sobre la asignación de recursos escasos cuando los mercados no proporcionan la información necesaria, se han desarrollado nuevos modelos de análisis económico para la valoración de intangibles en general, y la calidad ambiental, en particular:

Mediante modelos, los economistas y las economistas intentan contar con un indicador de la importancia del ambiente para el bienestar de la so-

⁶ Antiguos empleados de la otrora Hacienda Miraflores, parte del actual Parque.

ciudad, de tal manera que sea comparable con otros componentes de ese complejo bienestar. Así, en palabras de Azqueta (1994, 11), valoración monetaria no quiere decir valoración de mercado, sino la elección de un denominador común (el dinero) que refleje cambios heterogéneos en el bienestar de la sociedad. Es decir, la economía ambiental no usa el dinero como un objetivo en sí mismo, sino como un patrón de medida, ya que normalmente las preferencias de las personas son expresadas en éstos términos. Como explica Fernández (1999) el precio que se va a pagar por adquirir un bien indica el valor dado al mismo, en función del bienestar que va a proporcionar:

Entonces, lo que se valora son las funciones económicas del ambiente, es decir los beneficios que una economía circular⁷ recibe de éste, funciones que describo a continuación:

- a) Proporciona materia prima: son los recursos que forman parte de la actividad productiva en diferentes procesos económicos.
- b) Sumidero de residuos de la actividad humana: el ambiente es receptor de desechos por su capacidad de asimilación, tanto de los procesos de producción como del consumo.
- c) Recreación: la sociedad demanda estos bienes naturales para su disfrute.
- d) Soporte de vida: los recursos naturales funcionan como un sistema integrado para asegurar la vida humana; ésta es la función general y básica de la naturaleza.

Todas éstas son funciones económicas del ambiente, pues, en palabras de Pearce y Turner (1995, 71) "si se las vendiese y comprase en el mercado todas tendrían precios positivos."

Sin embargo, Azqueta (1996) menciona que se debe tener en cuenta el diferente nivel de importancia de estas funciones dividiéndolas en dos grupos:

⁷ Se refiere a la interacción del sistema económico con el ambiente natural.

- i Funciones cuyo deterioro pusiera en entredicho la continuidad de la vida sobre el planeta tal como hoy la conocemos (segunda y cuarta funciones).
- ii Funciones sobre cuya calidad se puede elegir, sin que ello signifique que la supervivencia como especie sea afectada (primera y tercera funciones).

Azqueta continúa señalando que para el primer grupo la valoración económica no tiene sentido, pues se trata de bienes ambientales esenciales para la supervivencia. No obstante, sostiene que en el segundo grupo existe algo más de libertad para elegir cuál es el estado de la naturaleza que se prefiere. Por lo tanto, conocer el valor de cada opción brinda la posibilidad de elegir la preferida.

Luego de haber determinado que las funciones económicas del ambiente deben valorarse, continúa el proceso señalando la transformación de funciones a valores económicos.

Así, el valor económico total (VET), comprende el valor de uso (VU) y el valor de no-uso (VNU) del ambiente, cuya clasificación realizada por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL 1996) se muestra a continuación.

- **Valor de uso directo (VUD)** corresponde a lo que el bosque puede dar en material maderable, por ejemplo. Pero también puede incluir las ramas, los frutos, las hojas, los tocones, etc., considerados, a menudo, simples desechos sólidos. Para otras personas, el valor radica en la posibilidad de hacer excursiones, ir a pescar o recrearse en el bosque. Este uso corresponde al caso del Parque desde que el municipio decidió la forma de uso de ese espacio natural.
- **Valor de uso indirecto (VUI)** corresponde a las funciones ecológicas o ecosistémicas. Siguiendo con el bosque, éste puede proteger las fuentes y cursos de agua susceptibles de contaminación o sedimentación cuando están desprotegidas. Hay otra función de contención del CO₂: si el bosque es quemado se lo libera contribuyendo al efecto invernadero. El bosque acoge también a otras especies con sus respectivas funciones ecológicas, incluyendo la diversidad biológica.

- **Valor de uso de opción (VO)** corresponde a lo que las personas están dispuestas a pagar para permitir el uso futuro del recurso bajo cualquiera de las posibilidades señaladas anteriormente. Es algo así como un seguro, cuyo objetivo es precaverse ante un futuro incierto.
- **Valor de no uso de existencia (VE)** corresponde a lo que ciertas personas, por razones éticas, culturales o altruistas están dispuestas a pagar para que no se utilice el recurso ambiental, en otras palabras, este valor se determinará por la actitud de quienes aman las especies salvajes o nativas, la belleza natural, la salvación de ecosistemas únicos.
- **Valor de no uso de legado (VL)** corresponde al deseo de ciertas personas, de mantener intocados los recursos ambientales, para que puedan usarlos las generaciones futuras.

Puesto en forma de ecuación, el valor económico total (VET) queda como sigue:

$$VET = VU + VNU = (VUD + VUI + VO) + (VE + VL)$$

Esta ecuación básica sintetiza la conceptualización más aceptada para enfrentar la problemática de la valoración económica de los recursos naturales y los impactos ambientales, su instrumentalización y su incorporación en la política de desarrollo cuando se toman decisiones.

2.1 Supuestos de la valoración económica

Una vez explicado este concepto relevante que la disciplina utiliza para la valoración económica, voy a desglosar y explicar dos de los supuestos que están implícitos: el mercado como asignador de recursos y el *homo economicus*.

Dentro de la disciplina económica, el concepto de mercado es el espacio hipotético en el que se intercambian bienes y servicios. Así, de la maximización individualista de la utilidad y el beneficio se llega al bienestar colectivo, a través de la "mano invisible" expuesta por Adam Smith. Este supuesto está siendo rebatido desde diferentes ópticas, pues "(...)" es una abstracción de la comunidad social y de la interdependencia biofísica. Omite los lazos de

simpatía y de comunidad humana, además de los efectos físicos de las actividades de producción y consumo de una persona sobre las demás, a través de los lazos de la comunidad biofísica.” (Daly y Cobb 1993, 48-63).

Es así que la economía ambiental, intentando integrar el ambiente al mercado, reconoce que éste no funciona de la misma manera en la vida real que en la teoría. Más bien en la vida real suele funcionar mal, distorsionadamente o no existir:

Por ello Azqueta (1994, 52) reconoce las siguientes “fallas de mercado” que afectan directamente al ambiente:

- Competencia imperfecta.
- Muchos mercados son incompletos. Existen bienes (males) sin mercado, por ello no tienen precio. Es el caso de las externalidades,⁸ los bienes públicos y los recursos comunes.

Para el ambiente y muchos recursos naturales no existe un mercado o éste funciona mal y no refleja los verdaderos costos y beneficios sociales que implica el uso del bien. Por ello, la información acerca de la escasez del ambiente es desorientadora y no brinda incentivos adecuados para su administración, uso eficiente y conservación. También, algunos recursos naturales, aun teniendo precio, generan una serie de externalidades positivas que se no se reflejan en su tarifa. Y además no hay una clara información sobre la tasa de interés, que muestre adecuadamente la preferencia temporal de la sociedad sobre los beneficios del ambiente.

En síntesis, la economía ambiental reconoce que el mercado tiene fallas; a través de diferentes métodos busca corregirlas, para poder comparar la conservación del ambiente con otros usos posibles y, de esta manera, demostrar que el ambiente sí tiene valor para la sociedad, un valor que se pone en el idioma del intercambio: el dinero.

Según lo expuesto, la valoración económica del ambiente se basa en la medición del cambio en el bienestar del “individuo”⁹ frente a los cambios de

⁸ Externalidad es la pérdida del bienestar de una persona debido a una reacción de malestar o disgusto causado por un deterioro físico-químico de su entorno. Cuando la reacción no es de malestar, es una externalidad (o deseconomía) positiva.

⁹ Uso comillas para recalcar el lenguaje sexista de la disciplina económica y subrayar quién es su sujeto de estudio.

la calidad ambiental. Esto supone aceptar que el *homo economicus* es el analizado. Sería aquel que toma las decisiones “racionales”, es decir quien maximiza su utilidad (satisfacción) tratando de obtener los mayores beneficios posibles con el menor esfuerzo. Además, que las necesidades de las personas son insaciables y, a medida que “los individuos” adquieren bienes particulares, disminuye su deseo de un consumo adicional (utilidad marginal).¹⁰ Así, los bienes consumidos por un “individuo” contribuyen a su satisfacción, bienestar o utilidad según el *argot* económico. Lo anterior significa que sus preocupaciones no incluyen la satisfacción o los sufrimientos de otras personas, pues no están dentro de su función de utilidad (Daly y Cobb 1993). Por ello, dentro de la economía feminista se suele definir a este *homo economicus* como un hongo, en palabras de Nelson citada por Carrasco (2003, 11):

...se parece a un «hongo»; crece totalmente formado y con sus preferencias desarrolladas. Como en las historias de Robinson Crusoe no tiene niñez ni se hace viejo, no depende de nadie ni se hace responsable de nadie más que de sí mismo. El medio no le afecta, participa en la sociedad sin que ésta lo influya: interactúa en un mercado ideal donde los precios son su única forma de comunicación, sin manifestar relaciones emocionales con otras personas.

En definitiva, lo que interesa en los modelos económicos es medir (poner en términos monetarios) los cambios en el bienestar de “los agentes”, quienes buscan siempre maximizar su utilidad. Volveré sobre este supuesto simplificador de la realidad, en el que se asume que todas las personas se comportan como el *homo economicus*.

2.2 Del bienestar individual al bienestar social

Los cambios en el entorno natural atañen a toda la sociedad, por lo que es necesario conocer el cambio de su bienestar. Sin embargo esta empresa presenta varios desafíos, pues hay que definir un colectivo en el espacio (la llu-

¹⁰ Este análisis marginal es lo que Daly y Cobb (1993, 85-94) llaman la columna vertebral de la economía, pues el precio que pagamos por un bien es lo que vale para nosotros una unidad adicional de ese bien, dada la cantidad que ya tenemos. Es decir, si un individuo tiene cinco corbatas y solo una camisa, estaría dispuesto a pagar más por adquirir una segunda camisa que una sexta corbata.

via ácida, por ejemplo, afecta a terceros) y el tiempo (las futuras generaciones deberían ser tomadas en cuenta) y, así, determinar de quiénes son los intereses que se respetarán y en qué medida. (Azqueta 1994). Como lo destaca Azqueta, este proceso de agregación trae consigo varios interrogantes sobre el propio concepto de bienestar social:

- Frente a la pregunta de que si el bienestar individual es una suma del bienestar de las personas, los métodos de valoración desarrollados asumen que la función de bienestar social es una función exclusivamente del bienestar individual.
- Se acepta el principio de "soberanía del consumidor", donde la persona es quien informa cómo es afectado su bienestar.
- Sin embargo, para conocer cómo se agregan los cambios en el bienestar de las personas, la respuesta es menos corta, pues existen varias vías propuestas por la teoría económica del bienestar.

En este artículo no entraré ni en los modelos matemáticos, ni en la discusión sobre el tema, sino que expondré dos simplificaciones usadas para la agregación del bienestar. En una se supone que todas las personas son iguales; así, su utilidad tiene el mismo peso en la función agregada. En otra se supone que la utilidad de cada "agente" es cardinalmente medible, es decir, se puede calcular fácilmente. (Azqueta 1994, 63). Se han hecho varias observaciones a ésta última simplificación, pues medir los cambios no resulta tan fácil como se dice. Me ocuparé, no de esas observaciones, sino de las críticas que ciertas economistas feministas hacen al primer supuesto.

3. Aplicación del ejercicio de valoración contingente, disposición al pago en el Parque Metropolitano Guanguiltagua

El método de valoración contingente fue el que apliqué para el ejercicio de valoración económica del Parque. Por ello, voy a repasar la metodología mediante la cual se llega a conocer dicha disposición al pago.

Previamente expuse que la valoración ambiental consiste en medir el comportamiento racional del *homo economicus* sobre el ambiente e integrar-

lo al mercado (asignador de recursos) respaldando, así, en términos monetarios, las decisiones de conservación frente a otras posibles opciones. Existen, para esta medición, dos formas que permiten descubrir el cambio en el bienestar individual debido a cambios en la calidad ambiental: los métodos indirectos y los directos. Los primeros analizan la conducta de la persona para deducir, con esa información, la valoración implícita que se le otorga al bien objeto de estudio: el ambiente. Dentro de este grupo constan el método de costes evitados o inducidos, el método de costo de viaje y el método de los precios hedónicos. Los métodos directos o hipotéticos buscan que la persona revele directamente dicha valoración mediante encuestas, cuestionarios, votaciones, etc. De este grupo el más conocido es el método de valoración contingente y sus diversas modalidades, el mismo que consiste en preguntar directamente a las personas qué valor asignan a las variaciones que se producen en su bienestar, motivadas por un daño o una mejora en la oferta de un bien ambiental. Ésta es la pregunta de “disposición al pago” que suele instrumentalizarse a través de encuestas, cuestionarios o entrevistas.

Apliqué la primera opción vertida en un formulario que, según lo usual, lo dividí en tres bloques:

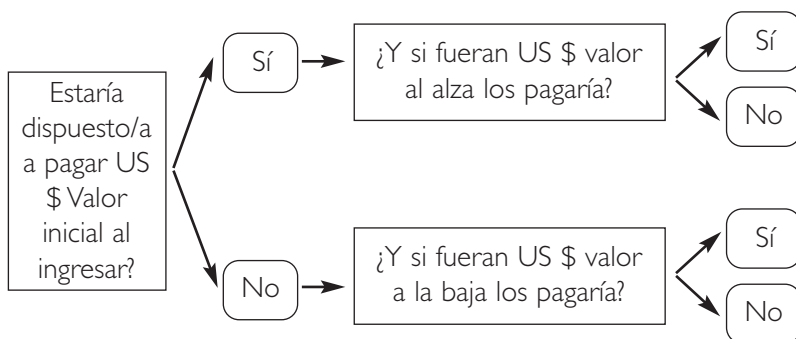
- El primero engloba la información más relevante sobre el bien natural objeto de valoración, con el fin de “poner en situación” a la persona encuestada, para que logre identificar, lo más correctamente posible, las características del planteamiento. En este bloque hice varias preguntas sobre la percepción de la calidad ambiental del Parque, llevando la atención de la persona encuestada a la presencia de basura, al conflicto por los diversos usos de los senderos, al estado de la capa vegetal, etc.
- El segundo aborda todo lo referente a la modificación que se va a producir en el bien ambiental, comparada con su estado inicial de calidad, las medidas a llevar a cabo y las posibles vías de financiación (ya que el sistema de pago propuesto es crucial para poder obtener una buena respuesta, conviene que sea entendido fácilmente y que sea oportuno). Así, con el escenario claro, pregunté sobre su disposición a pagar o la compensación exigida por el cambio. Para la valoración contingente del Parque hice la siguiente pregunta de disposición al pago:

Para evitar el deterioro de la calidad ambiental del Parque Metropolitano mediante un plan de cuidado y mantenimiento, ¿usted estaría dispuesto/a a pagar (valor propuesto) al ingresar al Parque?

Esta pregunta suele presentarse en varios formatos (abierto, subasta, múltiple, dicotómico e iterativo); elegí una combinación del formato dicotómico e iterativo:

Formato binario o dicotómico: se segmenta la muestra en grupos representativos y de iguales características asignándoles una cifra distinta a cada uno. Se les pregunta si estarían dispuestos o no a pagar dicha cantidad. Con las respuestas obtenidas se calcula la disposición de la población a pagar, o su curva de demanda implícita utilizando procedimientos matemáticos y econométricos. La ventaja de usar esta fórmula es que el planteamiento hecho a la persona es similar a las decisiones que ésta toma diariamente cuando va a adquirir un bien. No obstante, el tamaño de la muestra debe ser mayor que en los demás casos, la cifra que se escoja para cada grupo debe estar bien estudiada y es necesario especificar antes la función de demanda para poder estimarla.

Cuadro I. Árbol de preguntas dicotómicas sobre la disposición al pago



Formato iterativo: se repite el proceso (la pregunta de disposición al pago, por ejemplo) añadiendo información nueva que pueda provocar un cambio de la respuesta de la persona encuestada.

De esta forma, indagué sobre la disposición al pago de las personas encuestadas presentando la pregunta en formato dicotómico e iterativo, en un rango de \$0.50 a \$3.00, cuyo árbol de preguntas dicotómicas lo presenté en el siguiente formato:

- El último bloque contiene preguntas que buscan conocer las características socioeconómicas más importantes, y que son decisivas en la opinión que emita el hombre o la mujer encuestado-a: sexo, ingresos mensuales (personales, no familiares), estado civil, edad, nivel de estudios, etc. Pregunté sobre su situación socioeconómica complementándola con preguntas que captaran comportamientos socialmente asignados a las mujeres, como su supuesta cercanía a la naturaleza.

Esta información puede recabarse a través de entrevistas personales, por teléfono, con experimentos de laboratorio o enviando los cuestionarios por correo a cada persona incluida en la muestra. Para la valoración del Parque elegí realizar encuestas personales. Preparé un cuestionario de 33 preguntas (en los tres bloques antes mencionados) y lo apliqué personalmente a 198 personas que se encontraban en dicho Parque en los días en los que recogí la información durante agosto y septiembre de 2006.

Una vez obtenida y validada la información, conocí que la persona visitante promedio del Parque es casada de 35 años de edad, con educación superior, con un ingreso mensual de US 1.000 dólares, que reside en el norte de Quito y va en vehículo propio. Se queda en el lugar dos horas, va por iniciativa propia, con su familia en grupo de 5 personas, dos mujeres, dos hombres y un niño/a, de entre 6 y 11 años, con quienes gasta US 6 dólares por grupo. Dedicar más de 40 horas semanales a una actividad remunerada, 10 horas a realizar deporte y 5 a descansar o a algún *hobby*.

A continuación, siguiendo las recomendaciones de la teoría, realicé cálculos econométricos para conocer la disposición al pago de usuarios y usuarias del emplazamiento objeto de estudio. En mi investigación utilicé la regresión PROBIT (*probability unit*), en su variación BIPROBIT (*Probit Bivariate*) la cual calcula la intensidad necesaria para que un estímulo llegue a inducir una determinada respuesta: sí o no.

Cuadro 2. Variables significativas de la regresión BIPROBIT

Código Var.	Descripción	Rango
Bid	Tarifa propuesta	
Bid2	Segundo valor propuesto	
Sexo	Sexo de la persona	0. Mujer, 1. Hombre
NPers	Número de personas con quien visita el P.	
Calif	Calificación de la visita	Excelente, Muy Buena, Buena, Mala
afec_vis	Afectación en la calidad ambiental del Parque por la afluencia de personas	0.No, 1.Sí
acc_con	Accidentes de personas conocidas en los senderos	0.No, 1.Sí
SolBasuDm	Solución a la presencia de basura	0, Otra, 1.Educación
TDepHrS	Número de horas semanales dedicadas a realizar deporte	
Civil_dm	Estado civil	0. Soltero/a Separado/a Viudo/a; 1. Casado/a
Edad_años	Edad en años	
RzVis_dm	Razón que motiva la visita al Parque	0. Hijos/as, 1. Naturaleza/Aire puro o Deporte
Amb_dm	Preferencia ambiental	0. Otro, 1.Bosque
Y_mesValor	Valor del ingreso mensual	Valor del ingreso

Para interpretar los valores obtenidos de la regresión BIPROBIT se debe conocer el efecto sobre la probabilidad de que Y sea igual a 1 (que respondan sí a la pregunta de disposición al pago) mientras las variables independientes cambian a varios niveles, comparándola con su media.

Teniendo en cuenta que con dicho método se calcula la intensidad necesaria para que un estímulo llegue a inducir a una determinada respuesta, se puede decir que, en síntesis, la probabilidad de una respuesta positiva, es decir pagar por un plan de cuidado y mantenimiento del Parque:

- Aumenta cuando la persona visitante es: hombre casado, mayor a 35 años, con un ingreso mensual personal de US \$1.000 o más, que va en grupo de 5 o 6 personas, amante de la naturaleza, que tiene una agradable estadía, le parece que educar solucionaría la basura regada, que conoce a personas que han sufrido accidentes por la superposición de actividades en los senderos.
- Disminuye cuando el precio propuesto aumenta en una unidad, si dedica por lo menos 20 horas semanales a realizar deporte, si percibe que el flujo de personas afecta la calidad ambiental del Parque, y cuando su visita es para la distracción de sus hijos e hijas.

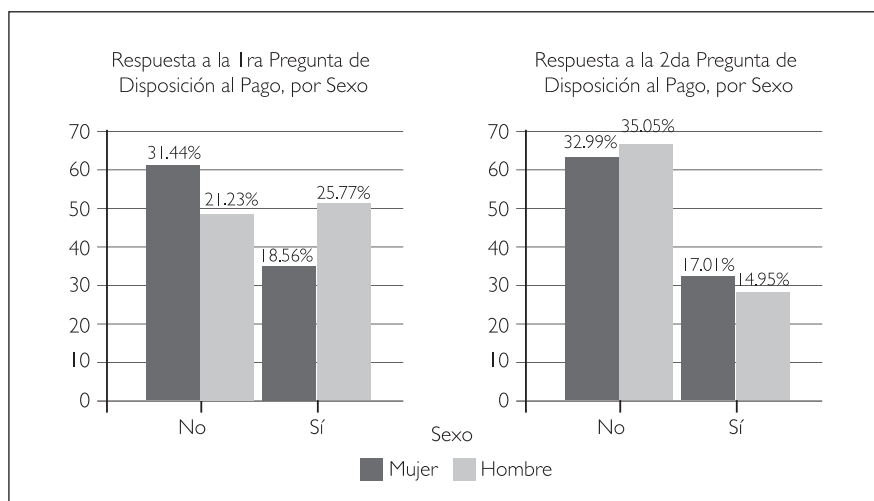
En el gráfico I muestro la distribución de las respuestas de usuarias y usuarios a las preguntas sobre disposición al pago.¹¹

Al primer valor propuesto más mujeres (31,4%) que hombres (24,2%) dijeron que no. La tendencia se revirtió levemente en la pregunta de seguimiento, cuando se presentó valores al alza o a la baja.

Para complementar la información, a continuación presento algunos cruces entre las variables que resultaron significativas y que reducen la probabilidad de responder positivamente a la pregunta de disposición al pago.

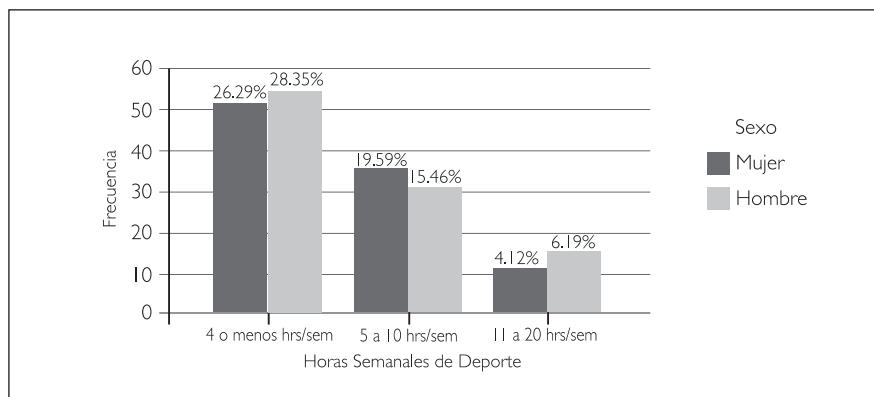
Pregunté a usuarios y usuarias del Parque cuál es la razón que motiva su visita. El 53,1% de hombres y mujeres juntos respondió que va por mantener contacto con la naturaleza y el aire puro. En segundo lugar, el 31% de hombres va a hacer deporte, mientras que la segunda razón por la que las mujeres lo visitan son sus hijos-as; la mayor frecuencia corresponde a las que visitan el Parque una vez al año.

Gráfico I. Respuestas a la pregunta de disposición al pago según sexo. Primero y segundo valor propuesto (al alza o baja)



¹¹ La pregunta formulada fue: Para evitar el deterioro de la calidad ambiental del Parque Metropolitano mediante un plan de cuidado y mantenimiento, ¿usted estaría dispuesto/a a pagar (valor propuesto) al ingresar al Parque?

Gráfico 2. Tiempo semanal dedicado a realizar deporte, según sexo



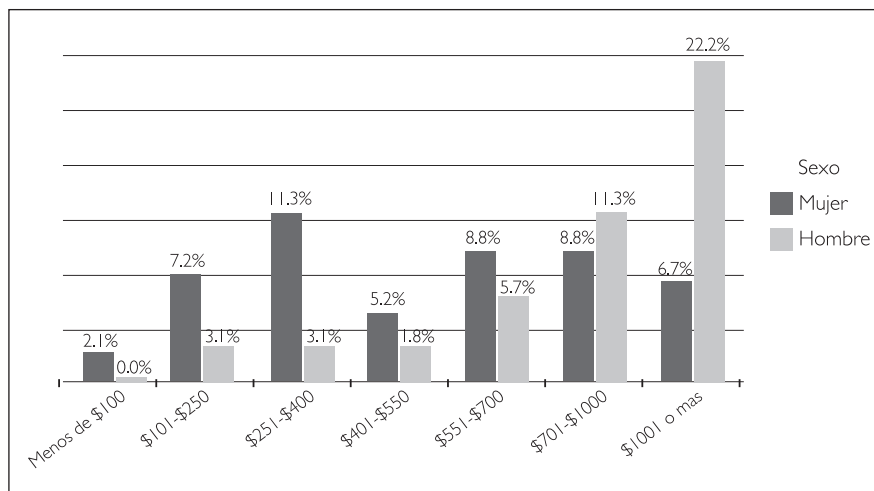
Introduje la variable Amb para captar la cercanía de usuarios y usuarias a la naturaleza. Con esta pregunta indagué la preferencia de los visitantes y las usuarias sobre la ocupación del actual aeropuerto de Quito cuando entre en funcionamiento el que se está construyendo en el valle de Tumbaco.¹² El 34% de usuarios y usuarias prefiere que se transforme ese espacio en un bosque al que no ingresen personas. Esta información crucé con quienes respondieron que no estarían dispuestos-as a pagar por un plan de cuidado y mantenimiento para el Parque: 65% son mujeres y 38% son hombres. Es decir, la cercanía con la naturaleza no explica sus respuestas de disposición al pago.

En cuanto al tiempo dedicado a realizar deportes, el 52,6% de hombres y el 56,7% de mujeres dedican menos de cuatro horas semanales. En el gráfico 2 muestro la distribución por sexo de esta actividad, donde se observa, además, que más mujeres que hombres dedican entre 11 y 20 horas semanales a realizar deporte.

Por último conocí que el 28,9% de las personas encuestadas en conjunto percibe un ingreso mensual de más de mil dólares. Sin embargo al desgajar según sexo, el 22,2% de total son hombres y solo el 6,7% son mujeres. Como muestro en el gráfico 3, las usuarias tienen un ingreso personal monetario mensual muy inferior al de los usuarios.

¹² El aeropuerto Mariscal Sucre se encuentra ubicado en un sector residencial en medio de la ciudad; por ende está rodeado de viviendas; este espacio quedará libre cuando comience a funcionar el nuevo aeropuerto que se está construyendo fuera de Quito, en el valle de Tumbaco.

Gráfico 3. Distribución del ingreso monetario mensual US\$ según el sexo



En mi caso, al igual que en el estudio de Jacqueline Contreras (2006, 84) sobre la contaminación del aire en la ciudad de Quito, las situaciones no afectan con la misma intensidad ni a todas las mujeres, ni a todos los hombres, pues:

El impacto es mayor en las mujeres que pertenecen a un nivel socioeconómico más bajo porque son ellas las que más tiempo están expuestas al aire contaminado y las que tienen que subsanar las huellas de la contaminación sin contar con ayudas.

Así, la disposición al pago que muestran usuarios y usuarias del Parque es diferente y está determinada por factores socioeconómicos como lo es el menor ingreso que ellas perciben.

4. Límites de los supuestos de la valoración contingente aplicada al Parque

Con los hallazgos antes presentados inicié la búsqueda de explicaciones. Fue cuando me encontré con la economía feminista y las críticas de algunas de sus representantes a los supuestos de partida de la valoración contingente.

Antes de nada, cabe mencionar que en la economía ambiental sí hay conciencia de ciertos límites que tal metodología presenta (Azqueta 1996). En pri-

mer lugar; todos estos métodos se basan en la aceptación de una ética antropomórfica.¹³ En segundo lugar, con los métodos de valoración se busca obtener la misma información que proporciona el mercado con respecto a los bienes privados. En este sentido, el análisis conduce a una valoración no sólo individualista, sino, además, de mercado: se valora tal y como lo haría un mercado hipotético, donde las personas, a través de la expresión de sus preferencias, son quienes deciden sobre la asignación de recursos, como mencioné.

Sin embargo, la fortaleza de estos métodos se encuentra en descubrir lo que la gente pagaría, en un hipotético mercado, por el valor de uso de una serie de servicios ambientales no esenciales. Y la relevancia de esta información depende, tanto de la aceptación de las premisas de partida, como del uso que de ellas se haga. Aceptar las “premisas de partida” es lo que me da pie para exponer que el *homo economicus* (el que toma las decisiones racionales), se parece poco a las personas de carne y hueso que interactuamos en el mundo y que decidimos sobre el consumo de cualquier bien y sobre la calidad del ambiente.

El supuesto del *homo economicus*, un “hombre” sin ningún vínculo, encierra algunas hipótesis que England (2004, 59) califica de androcéntricas:

La estructura teórica profunda de la economía neoclásica presenta varios prejuicios de carácter androcéntrico. Según tres de sus hipótesis fundamentales, la utilidad interpersonal no puede compararse, los gustos son constantes y exógenos a los modelos económicos, los actores del mercado actúan movidos por el egoísmo. (...) Una cuarta hipótesis supone a los individuos (especialmente a los hombres) altruistas dentro de la familia.

England continúa señalando que se puede calificar de androcéntricas a estas hipótesis, entre otras razones, “porque favorecen los intereses de los hombres, ya que los análisis correspondientes contribuyen a ocultar la situación de desventaja que la tradición ha perpetuado en la mujer; tanto en la vida familiar como en el mercado de trabajo”. Además porque ocultan la contribución femenina y el poder masculino.

Con el supuesto de utilidades independientes, lo que pase con las demás personas no le afecta al *homo economicus*, lo cual sólo puede afirmar un yo desvinculado o divisorio, un ser humano inasequible a las influencias sociales y sin vínculos emocionales, quien presuntamente se comporta así en la «eco-

¹³ El ambiente tiene valor en tanto y en cuanto el ser humano se lo da (incluidas las generaciones futuras) y en la medida en que se lo da.

nomía» y en el «mercado». Un comportamiento alejado de la vida, pues las personas estamos vinculadas y dependemos unas de otras. Por ello, ante la imposibilidad de comparación queda oculto, según England, el hecho de que los acuerdos sociales actuales benefician más a los hombres que a las mujeres, así como las teorías que lo demuestran.

Además, se asume que los gustos de los individuos son exógenos y constantes, es decir, que no cambiarán durante la interacción entre los seres humanos ni ante las restricciones e influencias culturales que se encuentren en la vida. Esto deja fuera del estudio una inmensa parte de la experiencia humana. Además oculta algunos de los procesos que contribuyen a perpetuar las desigualdades de género, cuyas consecuencias económicas afectan a los gustos. En el ejemplo que usa Paula England (2004, 70), una mujer que desea entrar en un campo «masculino» y es discriminada en la escuela o por el empresario, no tendrá más remedio que ajustar sus gustos a las posibilidades que le queden. Así, “tanto si los resultados que se producen en el mercado dependen de la discriminación previa al mercado, como si dependen de la discriminación posterior, forman gustos relacionados con el género que perpetúan los bajos ingresos de las mujeres.”

Siguiendo con England (2004, 73) en cuanto al egoísmo en los mercados, la teoría neoclásica parte del interés personal de los actores sin tacharlos de egoístas. Sin embargo, en la práctica, la mayoría de economistas da por supuesta la existencia del egoísmo en el mercado y excluyen el altruismo, pues las utilidades de los actores son independientes entre sí. El supuesto así planteado se adapta mal, según England, al caso de las mujeres, además de que no explica ciertas actitudes altruistas de los hombres en el mercado de trabajo, que también podrían perjudicar los intereses de las mujeres. Citando su ejemplo, existe altruismo dentro del mismo sexo cuando un empleador está dispuesto a pagar a los empleados por encima de la contribución del trabajo marginal al conjunto de los ingresos. Podría ser calificado de discriminación altruista promasculina, en oposición a la forma más común que es la discriminación antifemenina, por la cual se paga a las mujeres menos de lo que marca el mercado para los dos sexos.

Estas tres hipótesis juntas sirven para que la disciplina económica demuestre que la competencia pura conduce a una distribución óptima de los recursos y, como lo señalan Daly y Cobb (1993, 87), “Sin esta condición, el equilibrio general sería un logro más imposible aún, y la mano invisible se volvería invisible para la razón, no solo para el ojo”. En la misma línea, England

concluye señalando que estos supuestos sirven para exaltar la autonomía del hombre fuera de la familia, además de que le conceden la virtud del altruismo dentro de ella. Así, las hipótesis acríicas sobre los roles de género conducen a una separación radical entre la casa y el mercado, cuyo resultado es la imposibilidad de percibir que las relaciones sancionadas por la tradición perpetúan la subordinación sistemática de las mujeres.

Coligiendo, las personas de la vida real nos parecemos poco a este *homo economicus* y a las hipótesis que se construyen en torno a esta idea. Esto no suele ser tomado en cuenta en las investigaciones realizadas por economistas que no han avanzado hacia enfoques interdisciplinarios del conocimiento. Por lo tanto, cuando se introduce la variable género –como en el estudio de Rivas y Ramoni (2002)– a las investigaciones que utilizan la valoración ambiental, tal como si tratara de añadir un ingrediente a la misma receta (lo que es criticado por la economía feminista con la frase “añada género y revuelva”), no se avanza nada, pues no se cuestionan ni los supuestos de partida de los modelos, ni las inequidades estructurales de género.

Por ello, a manera de conclusión, me atrevo a decir que la valoración contingente forma parte de supuestos sexistas, los cuales impiden visualizar que la menor disposición al pago de las usuarias del Parque Metropolitano Guanguiltagua de Quito es causada, entre otras razones, porque ellas perciben menos ingresos que sus pares hombres. Por ello, recomiendo, que los economistas y las economistas que aplican esta metodología tengan en cuenta esta realidad cuando analicen los resultados de sus valoraciones económicas.

“Para no enfermar es mejor no ir solas.” Cuerpo, salud y paisaje en la Sierra

Por María Alexandra Costales Villarroel¹

Resumen

En la visión local de la sierra norte la naturaleza es sexuada: hay cerros femeninos, otros masculinos, otros con una dualidad sexual. Este estudio etnográfico revela que la relación con el paisaje no está organizada sólo por dos categorías de género –femenina y masculina– sino que las jóvenes forman una categoría de identidad relacionada con la fertilidad, la cual es controlada restringiendo sus movimientos para evitar que ellas contraigan ciertas enfermedades, mientras las mujeres posmenopáusicas y las niñas impúberes tienen otros roles e identidades, lo cual les permite acceder a otros espacios. Este análisis devela las relaciones ocultas entre ciertas concepciones indígenas sobre las enfermedades y el control de la sexualidad de las mujeres jóvenes.

Abstract

For residents of Ecuador's northern mountains, nature is sexed: certain hills are feminine, others masculine, others dual. This ethnographic study reveals that people's relations with the landscape are not organized in two simple categories –feminine and masculine– but that fertile women are controlled through restrictions of their movements designed to avoid certain illnesses, while prepubescent girls and postmenopausal women enjoy other identities that allow access to more spaces and resources. This analysis reveals certain indigenous conceptions about illness with the control of women's fertility.

¹ Agradezco a la gente de Angla, sin cuya colaboración y apertura, este estudio no hubiera sido posible.

Introducción

Este artículo sigue la línea de los últimos estudios antropológicos realizados sobre las poblaciones indígenas ecuatorianas que, a diferencia de los realizados hace algunos años, se han preocupado por mostrar las dinámicas de las inequidades de género en el interior de tales grupos. Me refiero a los estudios llevados a cabo por Soledad Varea (2005) y Saraswati Rodríguez (2005). Espero que éste sea un aporte más a las investigaciones de género en el Ecuador.

El objetivo de este artículo es mostrar cómo el control sobre la sexualidad de las mujeres jóvenes se apoya en la concepción indígena sobre enfermedades. El escenario donde tiene lugar es la comunidad de Angla, localizada en la provincia de Imbabura; pertenece a la parroquia San Pablo del cantón Otavalo. Está conformada por el grupo étnico *cayambi*.

Dos factores me motivaron a escribir sobre la comunidad de Angla. Primero, que en un censo de curanderos y curanderas que realizamos un grupo de estudiantes de antropología, como parte de un proyecto sobre medicina indígena desarrollado en las comunidades de la cuenca del lago San Pablo, en el año 2000, encontramos que Angla era la comunidad con el mayor número de curanderas y curanderos. Esto sugería que su gente recurría mucho más que las personas de otras comunidades a ese tipo de medicina. Por otra parte, durante la ejecución del proyecto, que fue financiado por la Red Interamericana de Estudios y Capacitación en la Utilización de los Recursos Naturales para la Transformación de Comunidades (INSTRUCT), tuve mayor compenetración con la gente de Angla.

Mientras ejecutaba mi trabajo, el cual sería parte del nombrado proyecto, pensaba en la posibilidad de realizar mi tesis de grado sobre la medicina indígena en Angla. Entonces no había identificado el problema de investigación. Años más tarde mientras reflexionaba sobre los conflictos de la comunidad nació el tema de la tesis. Gracias al apoyo económico y académico del Fondo de Becas de Investigación sobre Género y Ambiente manejado por EcoCiencia, pude volver a la comunidad en el mes de noviembre de 2006 y atar varios cabos que habían quedado sueltos en los anteriores acercamientos de campo.

El problema a partir del cual desarrollé mi investigación fue el siguiente: de acuerdo con la concepción indígena (de la Sierra norte) sobre enfermedades, las mujeres, principalmente en etapa fértil, tendrían menos acceso que los hombres a lugares como cerros, *puguios* y quebradas, debido a que tales

sitios están relacionados con espíritus que enferman a quienes se considera débiles, grupo al que se piensa pertenecen las mujeres. La pregunta que me surgió a partir de esto fue: ¿Por qué las mujeres tienen un acceso limitado a estos lugares?

Para responderla he visto necesario considerar algunos elementos conectados entre sí, como son las relaciones sociales en Angla, iluminando más las relaciones de género (relaciones entre hombres y mujeres). Esto me ha permitido observar las diferencias creadas entre ellos y ellas y en el interior de cada grupo, así como también comprender de qué manera influyen en el acceso diferenciando a los lugares. Otro elemento que he considerado, y que ha sido tomado de Ortner y Whitehead (1981), es tener presente las formas en que se construyen las identidades de hombres y mujeres, en términos de las creencias, concepciones, clasificaciones y asunciones culturales, es decir, en interacción con otros símbolos. En este sistema de creencias y clasificaciones están inmersos los roles y actividades, los cuales, a su vez, repercuten en los accesos a los lugares.

Este artículo está dividido de la siguiente forma. En la primera parte describo la forma en que percibe la gente de Angla la naturaleza y cómo es importante entenderlo para comprender la concepción local sobre salud y enfermedad. En la segunda parte explico las enfermedades conocidas como “males de campo”; dos de éstas, el “mal del cerro” y el “mal del arco”, llevan implícitas una carga genérica muy fuerte la cual analizo. En la tercera parte trato la categoría de debilidad atribuida a las mujeres lo cual las haría más propensas a enfermar. En la cuarta parte concluyo que en estas concepciones de salud y enfermedad las cuales involucran tabúes de acceso a tales sitios, están inmersos mecanismos de control sobre la sexualidad de las jóvenes. En otras palabras, el acceso restringido de las mujeres en etapa fértil a lugares alejados de la vista de la gente, tiene como fin evitar que ellas acudan allí para mantener encuentros románticos. Además se enfatiza el peligro de acercarse a dichos lugares en el período de menstruación, al cual se considera de máxima fertilidad.²

² Hoy en día con el acceso de las curanderas al conocimiento médico formal y el contacto de algunas mujeres con las ciudades, algunas saben que la etapa de menstruación no es la de máxima fertilidad, aunque no conocen, excepto las curanderas, los días precisos en que una mujer puede quedar embarazada.

I. Los lugares sagrados

La gente de Angla considera que los elementos de la naturaleza no sólo están vivos; también les atribuyen características antropomórficas. Por lo tanto, si bien se puede obtener un beneficio de éstos, se debe entregarles algo a cambio, ya que estos elementos de la naturaleza se comportan como humanos y se rigen por los mismos valores que son indispensables para mujeres y hombres indígenas andinos.

Siguiendo a Descola (1996), la identificación que prima en Angla entre seres humanos y no humanos es de tipo animista. Esto debido a que el animismo se caracteriza por atribuir a los seres naturales disposiciones humanas y atributos sociales. Es decir, se utilizan las categorías elementales que estructuran la vida social, para organizar las relaciones entre seres humanos y especies naturales (Descola 1996). En Angla, la relación entre humanos y no humanos es de reciprocidad, valor primordial en el mundo andino.

La visión que tiene la gente de Angla acerca de la naturaleza es que ésta es sexuada; así hay cerros femeninos, masculinos y con una dualidad sexual, existen amoríos entre ellos, también las quebradas, los *puguios* son masculinos o femeninos y se enamoran de muchachas o muchachos reteniéndoles a su lado.

A los lugares se les considera sagrados por el poder sobrenatural que concentran. Según William Stein, citado por Taussig (1993, 212) en la concepción andina, los poderes sobrenaturales están dispersos por todo el universo, pero al mismo tiempo pueden estar más o menos confinados a objetos que están cargados de ellos. "Casi siempre estos poderes están en equilibrio, pero cuando alguien rompe una regla, se crea el desequilibrio". Los objetos cargados de poder son sitios de la naturaleza, en el caso de Angla son los lecheros, los *puguios*, los cerros y ciertas piedras, los cuales son asociados con las buenas y las malas energías.

Los lugares sagrados tienen un sentido dual, puesto que los dioses andinos³ asociados a tales sitios también lo tienen. Se considera a estos dioses seres animados, con características ambiguas tanto en su género, como en sus dádivas y cualidades; podían ser masculinos, femeninos o andróginos, así como bondadosos o vengativos (Mendieta 1995). Entre los actos negativos propiciados por tales entes está causar enfermedades e incluso la muerte; entre las características positivas, su capacidad de favorecer la sanación y la vida.

³ Los dioses andinos eran comúnmente denominados *huacas*.

2. Las enfermedades de campo

A los espíritus o entes que habitan el campo, especialmente los lugares sagrados, se los considera causantes de enfermedades. Éstas han sido denominadas por Schweitzer (1994) enfermedades de campo. Están íntimamente relacionadas con el ser indígena, pues se necesita vivir en el campo, además de manejar los códigos que ellos y ellas manejan, lo cual incluye la creencia en dichos males, para que éstos ataquen a una persona. En consecuencia, la gente mestiza no es atacada, pues según los indígenas, no creen en este tipo de enfermedades. Entre tales patologías Schweitzer agrupa al “mal viento”, “mal aire”, “mal del cerro”, “mal del arco”, “ispanto”.

Todas las enfermedades de campo coinciden en que el espíritu de la persona enferma ha sido atrapado por un “mal espíritu” de un lugar determinado.⁴ Para prevenir estos males se debe evitar pasar por lugares inhabitados, casas abandonadas, así como dormir en un bosque, introducirse en una quebrada. Sobre todo deben tomar en cuenta esto quienes se consideran más débiles, por cuanto estarían más proclives a enfermar. Se considera débiles a quienes se encuentran con poca fuerza, energía y vitalidad; es el caso de las personas que han bebido alcohol en exceso, se encuentran *chuchaquis* o cuando sin alimentarse lo suficiente salen a trabajar. En este grupo también están los bebés y las mujeres, principalmente menstruantes y enfermas.

Existe mala energía en esos sitios, principalmente a las doce del día o de la noche, a la madrugada, en luna tierna y llena. Las doce del día y de la noche⁵ son horas asociadas a los “diablos”, a los “malos espíritus”, los cuales habitan en esos sitios y “cogen” al espíritu de la persona que pasa por ahí. Sin embargo, también se considera que a estas horas es apropiado curar y realizar rituales.

Se concibe como “diablo” o “mal espíritu” a los espíritus de los muertos que habitan en la naturaleza, principalmente en los lugares sagrados, pero

⁴ Jean Vallard (1995) señala la relevancia del rapto del alma en la medicina popular del Perú y Bolivia. En mi investigación también he encontrado lo mismo, por lo que puede ser una idea bastante generalizada en los Andes.

⁵ Catherine Seibold (2001, 448) hace referencia a lo escrito por Classen en 1999 con respecto a las dos oposiciones binarias, las cuales son mediadas por un punto intersticial, el cual tiene poder debido a su posición. Los puntos mediados como la madrugada y el anochecer, o el mediodía y la medianoche son horas poderosas para el campesinado andino.

también a espíritus considerados diabólicos en el sentido cristiano. Según lo explica Taussig (1993, 220-221), en la concepción andina pre-hispánica del mundo el mal no estaba fetichizado ni concretado. No había ninguna cosa que se opusiera al bien ni un espíritu como el diablo. Los españoles hicieron un paralelo entre la religión andina y su propio diablo, pero puesto que los iconos sagrados de la religión andina eran montañas, rocas, lagos, al mismo tiempo que las indias y los indios asimilaban el cristianismo, adoptaban la idea de un espíritu maligno o diablo asociado a sus entes sagrados.

La gente de Angla considera que es el ente del campo (llamado también “diablo” o “cuco”) el que ataca a un individuo y lo enferma, pero lo más interesante es que las acciones que caracterizan a estos entes que enferman –“coger”, enamorarse, enojarse– son todas acciones humanas, de manera que el ente que enferma es tratado como humano. Por esto es común que para recuperar el espíritu de una persona enferma se entregue un regalo en comida a ese ente, para que éste, en reciprocidad, deje ir a ese espíritu. Así nada está muerto, incluso varios personajes me contaron que les ha dado “mal viento” por acción de la *tullpa* (la leña encendida para cocinar), porque hay espíritus en la *tullpa* que cogen a una persona produciendo en ella esta enfermedad.

Muchos jóvenes dicen no creer en estos males, al contrario de lo que sucede con las jóvenes, quienes sí creen. Sin embargo, los primeros se dejan curar por familiares o curanderas y se curan, lo cual indica que no están desvinculados de esta concepción de la salud, pues para enfermarse y curarse hay que creer primero que existe la enfermedad.

Mujeres y hombres indígenas acuden a un curandero, curandera o *yachak*, para curarse de estos males. Estos agentes de salud tratan al enfermo o la enferma con medicina de campo, con plantas. Según me han explicado algunas personas de Angla, no es posible sanar de estos males acudiendo a los médicos formales ni con sus tratamientos, ya que no surten ningún efecto. Esto no implica que toda la gente sabe con certeza cuando se trata de un mal de campo y cuándo no. Es frecuente que las personas vayan donde el médico formal a tratar su mal; una vez que este tratamiento no surte efecto, acuden donde curanderas y curanderos.

Las enfermedades de campo están también asociadas a una falta de respeto o reciprocidad con la naturaleza, es decir, el espíritu de la persona que enferma es “cogido” por algún espíritu de los lugares sagrados para recordar a la gente que no se estaría cumpliendo con el valor de la reciprocidad en

relación con la naturaleza.⁶ De esta manera son más vulnerables a enfermar quienes han perdido el respeto a la naturaleza. Esto es corroborado por el consejo que dan los *yachaks* y curanderas al resto de gente: hablar con estos lugares antes de ingresar a ellos. Transcribo lo que me dijo una curandera:

Como la madre naturaleza es vida y todo y nos da todo fruto, es una relación como tener con cualquier persona: adular; conversar; al menos cuando vamos a cosechar alguna cosa se está hablando gracias madre tierra, entonces permiso, como pedir un permiso que se va a cosechar. Así también, cuando se llega a algún sitio sagrado, sitio que no se ha llegado toca pedir permiso, así para ir al cerro, una vertiente, así hay sitios que donde no llega tanta gente pero la cual siente este poder, esta energía, de la naturaleza donde hay que pagarle o darle alguna cosa...

Según las curanderas y principalmente los *yachaks* es indispensable pedir permiso al sitio antes de pasar por él para no enfermarse. Es decir, antes de ingresar hay que mostrarle respeto dialogando con aquel.⁷ No obstante, esto está relacionado también con las categorías: debilidad-fortaleza. Si una persona está débil, aunque pida permiso, es muy probable que la enfermedad “le coja”, mientras que si se trata de una persona valiente y fuerte, muy difícilmente la atacará, a menos que no pida permiso.

Conviene tomar en cuenta el gran peso de las categorías debilidad-fortaleza dentro de esta concepción de salud y enfermedad en relación con las mujeres, puesto que serían ellas, fundamentalmente, las más proclives a enfermar y no necesariamente por una falta de respeto a un lugar sagrado, sino

⁶ Taussig (1993, 202) explica que en la cultura andina hay una unificación de la persona con la naturaleza. Esta unificación tiene dos componentes asociados. Uno es el sistema de producción e intercambio en el cual la gente se compromete entre sí mediante los principios comunales de propiedad e intercambio. El otro es una serie de ideas que animan a la naturaleza como una persona social y una empatía de tipo humano. De esta forma puedo decir que la concepción de las enfermedades de campo garantiza el cumplimiento del intercambio recíproco que une a la gente con la naturaleza. Estas podrían incluso ser el resultado, según Taussig (1993: 221), de una interpretación y desafío al cristianismo por parte de la religión andina, debido a que se habría difundido la creencia de que las *huacas* (divinidades ancestrales) vagaban por el aire sedientas y muriendo por falta de cuidados, puesto que los indios e indias estarían olvidando o negando la reciprocidad con los dioses, dueños de la riqueza del mundo. Por esta falta de reciprocidad, las *huacas* estaban enojadas de modo que enfermaban y causaban la muerte a los indios y a las indias que habrían adoptado las costumbres españolas, a menos que las dejaran de lado.

⁷ Taussig (1993) profundiza en el tema de la reciprocidad citando a Needham, quien con referencia a este asunto señala que se trata de una especie de “cortesía mutua”.

por ser socializadas como débiles, cobardes y enfermizas. Si bien se acepta que hay mujeres valientes, lo común es vincularlas con la debilidad, la cual está asociada a su capacidad de reproducción. Pese a que son las adultas quienes más se encargan del trabajo en el campo (agricultura, cuidado de animales) acceden menos que los hombres a lugares lejanos y sagrados, por el peligro que se dice corren de contraer una enfermedad de campo.

En general, las personas en Angla creen que las mujeres que están menstruando deben tener mayor cuidado que el resto, de ir por lugares abandonados o de alejarse mucho de la casa, debido a que la menstruación es considerada una enfermedad, tanto por los cólicos y el debilitamiento que produce, como por el hecho de sangrar. Según lo explica Muñoz (1986, 60) para el caso de Pindilig en nuestra época, esto se debe a que para las indígenas y los indígenas, el período menstrual se asemeja a una herida que sangra, por lo que se asume que “el cuerpo de la mujer queda abierto, expuesto o sensible al frío”. Cuando los hombres están heridos deben tener mayor cuidado de acercarse a los sitios sagrados. En cambio, las mujeres que están menstruando no deben alejarse de la comunidad, ni sembrar ni cosechar, pues se piensa que sus sembríos se pueden quemar o ellas pueden enfermar.

Quienes están menos predispuestos a adquirir tales males son las personas valientes, fuertes, grupo al que se dice pertenecen los hombres.

2.1. El “mal viento” y el *ispanto*

Seré breve en explicar el “mal viento” y el *ispanto*, mientras que analizaré más a fondo el “mal del cerro” y el “mal del arco”, porque tienen una mayor carga genérica. Esto no implica que el primer grupo de males no esté atravesado por símbolos de género, lo está, sin embargo estos coinciden con los encontrados en las otras enfermedades de campo.

Hay diferencia entre el “mal viento” y el *ispanto*. En el primero, el espíritu de la persona ha sido “cogido” por los “espíritus malos” que habitan algunos lugares (*puguios*, piedras, lecheros, etc.), mientras que el segundo se produce porque el espíritu de un individuo es asustado por un espíritu del campo. Para curar ambas enfermedades la curandera o el curandero debe realizar varias limpiezas que consisten en frotar el cuerpo con plantas, fundamentalmente con ortiga, hasta que la persona se encuentre bien, que es cuando el espíritu habría regresado al cuerpo. De lo contrario éste se quedará en el

sitio como un “espíritu malo” o “diablo” y producirá a otra gente “mal viento” o “ispanto”. El hecho de limpiar el cuerpo de la persona enferma es visto como una limpieza interna, pues quien padece con cualquiera de estos males de campo no sólo que se queda sin su espíritu sino que el “mal espíritu” que le produce esa enfermedad se encontraría en su interior. Vallard (1995, 499) explica que en la concepción indígena andina no existe una sola alma o espíritu, sino numerosas, independientes unas de otras y de naturaleza distinta. De ahí que en el caso de Angla, el ser “cogido” por un espíritu del campo implica quedarse sin espíritu pero no conduce necesariamente a la muerte. Ésta ocurre cuando el espíritu no ha sido recuperado.

Tanto en el caso del “mal viento” como en el del *ispanto*, el curandero o curandera debe llamar al espíritu de esa persona que está atrapado por el espíritu del campo, recordándole su familia, la comida, para que al retornar a la salud, retorne también al equilibrio con los demás y se integre a la familia y a la comunidad. Además se coloca un “mediano”, esto es un regalo en comida que se entrega al sitio para que éste a su vez, en reciprocidad, deje ir al espíritu del enfermo.

2.2. El “mal del cerro”

El “mal del cerro” se entiende como un raptó de parte de los espíritus de determinados cerros al espíritu de una persona. Algunos curanderos y curanderas, así como ancianos y ancianas cuentan que éstos raptan a una persona del sexo opuesto al de dicho cerro. Incluso, hasta los bebés pueden ser atrapados. Esto sucede sobre todo cuando no se pide permiso al cerro para andar por él; en el caso de los bebés porque quien los lleva, por lo general la madre, no lo ha hecho. Para la curación es indispensable ofrecer al cerro un “mediano”, el cual consiste en papas con cuy y huevos cocinados; caldo de gallina (comida que se entrega a quienes se escoge como compadres) y objetos antiguos, principalmente barros. Entonces el cerro deja ir al espíritu de la persona enferma e inmediatamente dicen que empieza a tronar el cielo, como señal de que todo ha quedado saldado.⁸ Incluso constituye un rela-

⁸ Según Silverblatt (1990) el trueno para los andinos era una deidad masculina complemento de la *pachamama*. De ahí que ambos juntos conforman un equilibrio, como en este caso, señal de que todo ha vuelto a la normalidad.

to común contado por las personas ancianas, fundamentalmente, el que antiguamente una mujer “cogida” por un cerro se quedaba embarazada de éste. Tales creencias se han convertido hoy en historias, cuentos o leyendas como la siguiente, la cual me fue contada por una curandera:

Más antes se dice que sí existía hijo de *taita* Imbabura. Cuando salía, salía con ojito azul, cabecita bien bermejo, que ha sido hijito de Imbabura y ese pretexto que ha nacido así. Pero la chica que ha sido ya de 25 años, la mamá ha sabido dormir en el corredor (en la entrada) y la chica ha sabido dormir adentro pero en ningún momento de noche ha pasado con hombres. De día en Quinchuquí un terreno de gringo ha ido a trabajar, ha estado con un gringo. Le dice me fui a cargar agua de *puguio* de, algún *puguio*, ahí disque ha cogido un diablo de *taita* Imbabura, ahí estado embarazada, y cuando salió salió ojos azules, cabecita bien bermeja, fuera de su familia decían que era hijo del gringo, pero en su familia decían que ha sido hijo de *taita* Imbabura.

En esta historia es posible observar algunos imaginarios de género. Primero, que el cerro Imbabura ha sido personificado como un hombre y, como tal, se le atribuyen deseos sexuales. A la jovencita que se habría quedado embarazada de aquel, se la identifica con los ideales de mujer. De acuerdo con mis informantes, la mayoría mujeres, durante las entrevistas y conversaciones, la buena mujer, soltera y casada, en Angla es aquella que no anda con más de un hombre a la vez y, en lo posible, mantiene esa relación; estar juntos debe representar más una relación de compañerismo, que una basada en lo pasional. Cuando no es este el caso, manifestaron mis informantes que la que queda peor es la chica, lo cual se traduce en el hecho de que la gente empieza a hablar mal de ella.

Volviendo a la historia, la joven no andaba con hombres, al menos de lo que se podía observar. Ella no necesitó ir al cerro Imbabura para “quedarse embarazada” sino simplemente ir a recoger agua de un *puguio*, por lo que la gente atribuye a que un “diablo” de *taita* Imbabura debe haber estado en el *puguio*. Aquí es interesante la ambigüedad otorgada a los lugares y símbolos sagrados, pues por un lado el *taita* Imbabura los protege, pero también tiene sus “diablos”, lo que concuerda con la percepción de diferentes lugares sagrados. Por otro lado, este cuento reafirma ciertas representaciones masculinas de Angla. Así, de acuerdo con lo que me contó una informante anciana, para cualquier mujer es peligroso ir sola por el cerro, puesto que por ahí esperan hombres de cualquier edad, sean casados o no, para atacarlas se-

xualmente. Otra informante, la cual es curandera, me habló de una enfermedad que ataca únicamente a los hombres y les ocasiona ganas de orinar en todo momento. Esta sería ocasionada porque el hombre habría visto a cualquier mujer bonita y sentido ante esto un fuerte apetito sexual. Podría decirse, de acuerdo con la observación y las entrevistas hechas a los propios hombres, que no todos actúan de este modo. Sin embargo, hay una tendencia a asociar a los hombres, en términos genéricos, con comportamientos como los ejemplificados. Esto podría estar conectado al hecho de que la mayoría de los hombres, esté o no casado, anda con más de una mujer. Inclusive, según lo que me contaba una amiga, en el caso de su hermana, su pareja le decía, después del rompimiento ocasionado porque él estaba saliendo con otra muchacha, que quiere estar con ella, pero que ella debe aceptar que él esté con las dos. En consecuencia, los elementos que cargan de sentido al *taita* Imbabura en este relato, lo hacen porque están en íntima relación con la representación masculina que circula en la comunidad.

Por otra parte, la representación de la muchacha en la historia refleja una sexualidad femenina pasiva, que pone el énfasis en la maternidad antes que en un comportamiento sexual específico. Esta pasividad femenina también está implícita en las representaciones masculinas mostradas líneas más arriba, donde los hombres aparecen con un instinto sexual más o menos incontrolado, del que puede ser víctima cualquier mujer; si bien, todas con las que hablé al respecto rechazaron tal masculinidad incontrolada. Algunas casadas se resignan a que sus maridos anden con otra mujer; pues consideran que esa es la naturaleza masculina. En el caso de que una mujer haga lo mismo (estar con más de un hombre), tal comportamiento es socialmente repudiado. Mis informantes jóvenes y unas lideresas de la comunidad me contaron de un caso reciente en el que toda la gente de Angla, incluidas las autoridades, se trasladaron a una comunidad vecina, de donde provenía una muchacha que había estado con un joven líder de Angla, pero al mismo tiempo habría mantenido relaciones con otro hombre. Ella fue castigada públicamente, ortigada y azotada, tanto por líderes y lideresas de Angla, así como por otra gente de ambas comunidades. Este castigo puede ser entendido como una desvalorización social de la mujer que no se comporte sexualmente como tal, sino más bien como hombre, es decir asumiendo un papel sexual activo.

Pude observar la forma en que se socializa en una familia de la comunidad, a hijos e hijas. Consiste en incentivar a los hijos a que asuman una actitud conquistadora hacia las muchachas, de ahí que se bromee sobre el número de parejas conquistadas por él. En el caso de las muchachas, los padres

y demás familiares de ninguna manera bromean sobre un comportamiento de este tipo, sino que el tema toma tintes de seriedad. Una amiga de la comunidad me contó que sobre estos asuntos, los padres y demás familiares, hablan con la hija, nieta, etc., cuando la ven con alguien. Esta conversación es más bien una advertencia de que no ande con él, puesto que esto puede llevar a un embarazo. El problema es que la representación masculina que circula en Angla, da pie a que cualquier hombre sea considerado peligroso para el honor de una mujer:

2.3. El “mal del arco”

Otra enfermedad de campo es el “mal del arco”, el cual ataca principalmente a las mujeres. Se produce cuando ella ve el arco iris o camina sobre él, pues se considera arco iris también a los colores que se forman en el agua empozada, o que se reflejan en la tierra. Este encuentro con el arco iris puede ser descrito como una penetración por parte de aquel en la víctima, a través de un orificio natural (Muñoz 1986, 152). Agrega Muñoz que de esta manera provoca el embarazo de la mujer y produce lisiamiento en el hombre, aunque esto último ocurre rara vez.

Nótese que en la concepción de esta enfermedad la mujer aparece nuevamente como sujeto sexual pasivo y se hace énfasis en el embarazo (lo reproductivo). Por otra parte, “el arco”, al ser siempre considerado como el “diablo”, se lo asocia con la enfermedad y la muerte. Por lo tanto, cuando una mujer se embaraza de un arco iris, se dice que está embarazada de un “diablo” y el bebé que engendra no tiene forma humana sino de sapo o fibroma.

Para evitar esta enfermedad, que se manifiesta como embarazo, se suele aconsejar no ir a lugares abandonados como cerros, árboles, piedras, considerados peligrosos y donde repentinamente puede sorprenderlas el “arco iris”. Esto porque según lo indica Muñoz (1986, 148), el ámbito de los arcos es lo salvaje. Sin embargo, no todas las personas en la comunidad están convencidas de esto, tomando en cuenta que hoy en día es poco común oír hablar sobre estos sucesos. Ninguna de las curanderas con las que me relacioné habría atendido a una parturienta en dichas circunstancias, aunque varias habían conocido a mujeres con dicho mal.

La construcción de esta enfermedad está íntimamente conectada con la situación de la mujer que queda embarazada sin tener pareja estable. En

estas circunstancias, me han contado mis informantes, que ella es mal vista por todos y que se murmura sobre su comportamiento con los hombres. Mi informante varón me dijo: “se dice que no se ha dejado respetar y que hace quedar mal a su familia”. Por mi parte he escuchado, además, que ella se “ha dejado embarazar”. Según una curandera, antes era peor que hoy, aunque continúa siendo reprobado el embarazo de una mujer sin pareja estable. Lo que acontece hoy en día, dice ella, es que poco se acude a este recurso del embarazo del arco iris; más bien ellas anuncian quién es el padre. El problema es que el padre, en muchos casos, lo niega, la acusa de haber estado con otros hombres (de ser fácil), o acepta que es el padre pero no asume ninguna responsabilidad al respecto. La curandera me explicó que las mujeres están de acuerdo con que los hombres no deben ser así. Ellos, en cambio, parecería que intentan demostrar su virilidad a través de actos como estos, no todos por supuesto, pero sí muchos. Con ello, la mujer es quien sufre, abandonada por el padre de su *guagua*, señalada por todos, condenada incluso por su propia familia. Es probable que todo este sufrimiento por el que tienen que pasar, las haya llevado y las siga llevando a considerar al embarazo, en estas circunstancias, una enfermedad. Aunque no se lo diga (por miedo a ser juzgada socialmente), me parece muy factible que las mujeres acostumbren abortar, de modo que los bebés amorfos, hijos del “arco iris”, no sean más que cuentos para evitar la sanción social.

3. La asociación de mujer con debilidad

La visible vinculación construida entre mujer y debilidad no está únicamente presente en la concepción de salud y enfermedad, sino en otros aspectos culturales. Un ejemplo es el trabajo agrícola. Se piensa que ellas deben realizar las actividades menos pesadas como cosechar, sembrar, mientras que a los hombres, puesto que son considerados fuertes, se les asigna las labores que demandan fuerza física como arar y cavar la tierra. Pero la fuerza, que no es únicamente física sino también mental y espiritual estaría más “naturalmente” relacionada con el hombre que con la mujer. Sin embargo, no todas se identifican a sí mismas, ni son identificadas como más débiles que los hombres. Hay mujeres que se consideran a sí mismas como hombres pues dicen no temerle a nada, inclusive realizan las tareas agrícolas que

se supone los hombres deben hacerlas; esto se debe a que a estas mujeres se les atribuyen características masculinas como el carácter, el coraje o la fuerza.

Las mujeres masculinas (*huarmi-cari*) también son más resistentes a enfermedades de todo tipo, a pesar de que su coraje decae principalmente cuando menstrúan, circunstancia en la que podrían enfermar. Cabe además señalar que tienen más estatus que las otras mujeres y son aptas para ser curanderas o *yachaks*.

En este punto veo necesario referirme a lo señalado por Dean (2001, 148) con respecto a la concepción andina de masculinidad y de feminidad, así como a ser hombre o ser mujer. De acuerdo con dicha concepción, las mujeres apropiadas lucen y actúan femeninamente, mientras que los hombres apropiados, sobre todo, actúan masculinamente. De este modo es más fácil que una mujer realice actividades consideradas masculinas pues con ello no pierde su feminidad, ya que su identidad genérica, según Dean (2001, 155), es un estado de ser antes que de hacer; mientras que los hombres deben mostrarse como tales a través de sus actos. A los hombres maduros, según la cosmología andina, se les ha venido asociando con las actividades destructivas conectadas con la valentía, el coraje, la fuerza, las cuales en exceso arruinan (Dean 2001). Éste es el caso de aquellos únicamente masculinos que abusan sexualmente de las mujeres o las golpean (Dean 2001).

En Angla, las construcciones de masculinidad y feminidad encajan con lo señalado por Dean (2001). Habría que añadir que en esta comunidad los hombres valientes, fuertes, con mayor estatus, se puede decir que han integrado las fuerzas femeninas asociadas con la creación, pues pueden controlar este exceso peligroso de masculinidad.

Por otra parte, Dean (2001, 173) indica que las mujeres pueden adquirir características masculinas, lo cual no implica un cuestionamiento a su identidad de género, mientras que un hombre que no actúa como tal, es decir al que le faltan la fuerza, la valentía, es considerado no hombre (Dean 2001, 173). Sin embargo, la concepción andina precolombina, según Silverblatt (1990) no habría asociado a la mujer con la debilidad. Tal asociación, así como la del varón con la fortaleza habría ingresado a los Andes con la conquista (Silverblatt 1990; Vaca 1992). Silverblatt (1990, 87) señala que los españoles habrían difundido esta concepción, pues las consideraban menores de edad, lo que significaba que en cualquier transacción legal en la que entrase una mujer, debía contar con la autorización previa de un varón que actuase como

su tutor: Paulatinamente desde entonces, los hombres habrían asumido el papel de protectores de las mujeres.

De acuerdo con la concepción europea, las mujeres fueron asociadas con la naturaleza y, por lo tanto, se concebía que había que dominarlas, controlarlas. Esta asociación implicaba que se las clasifique como débiles, incapaces y por lo tanto, como más susceptibles a la tentación diabólica (Silverblatt 1990). La tentación diabólica en la actualidad, y seguramente en ese contexto de conquista, equivaldría a las enfermedades de campo, por la conexión que establecieron los españoles entre los lugares sagrados y el diablo.

Interrelacionando los hechos y elementos históricos de los que surgen las circunstancias actuales, es posible entender, de mejor manera, el que, en términos generales, se asocie a lo masculino con la fuerza y a lo femenino con la debilidad. Los hombres más valientes y fuertes, sin embargo no siempre están fuertes. Su fortaleza decae principalmente cuando han bebido alcohol en exceso, situación propicia para contraer enfermedades y hasta la muerte, mientras que las mujeres fuertes se encuentran vulnerables cuando están menstruando (período generalmente considerado de mayor fertilidad). Se podría decir que la concepción de salud y enfermedad ejerce efectos de moralización sobre la gente.

El beber en exceso es socialmente considerado como negativo, incluso los presidentes del cabildo, en diferentes reuniones comunitarias, han aconsejado enfáticamente no hacerlo, principalmente a los hombres. No obstante, la concepción de salud y enfermedad cumple un rol mayor quizá que el de las autoridades locales, por no ser notoria. Por otra parte se estaría previniendo que las mujeres sin pareja estable vayan con cualquier muchacho y queden embarazadas. Esto último debe ser entendido como efecto de la asimilación de valores de la cultura católica dominante, que privilegia las relaciones sexuales dentro del matrimonio. En Angla no es importante que las relaciones sexuales se den fuera del matrimonio, pero sí lo es que se den bajo un compromiso, es decir con una pareja estable con quien se piensa formar una familia. En este sentido también la concepción de salud estaría interpellando a las mujeres, sobre todo a las menstruantes, a no alejarse mucho, para así prevenir situaciones como la mencionada.

4. Encuentros amorios en los lugares sagrados

Ahora es necesario volver a colocar sobre el tapete la pregunta que surgió en mi mente en un momento dado de mi trabajo de campo en Angla: ¿Por qué las mujeres tienen un muy limitado acceso a esos lugares? Resulta que estos lugares permiten esconderse, específicamente en el caso de las quebradas, las cuales no necesariamente están en sitios alejados como cerros y *puguios*, pero su forma, su profundidad facilitan el ingreso de personas sin ser vistas por quienes pasan cerca del lugar; algunas son mejores escondites que otras. En cuanto a cerros y *puguios* estos, por lo general, se encuentran alejados de la comunidad. Todos estos lugares sagrados tienen en común estar fuera del alcance de la mirada vigilante de la gente de la comunidad, de manera que son propicios para encuentros amorios. Por esta razón, a través de la concepción sobre enfermedades de campo se estimula la creencia de que si una mujer, principalmente en edad reproductiva, va sola por los lugares sagrados puede enfermar.

4.1. No hay que ir sola...

Curanderas y curanderos, así como ancianas y ancianos comentan que una mujer preferentemente debe ir acompañada a los lugares sagrados. Así, cuando le propuse a una amiga de la comunidad que me acompañara a los *puguios* me respondió que no podíamos ir solas, que debíamos ir con un hombre de confianza como su padre o un conocido de su familia, pero mayor, puesto que los de más edad son considerados más valientes y fuertes, de manera que serían una protección para nosotras contra los “males de campo”; debíamos llevar también cigarrillos y comida para mantenernos fuertes. Esto sugiere que las mujeres, desde niñas, son socializadas con la idea del peligro que implica ir a tales lugares, principalmente solas o incluso con un muchacho, puesto que a ellos aún no se los considera fuertes y valientes como a los adultos. Yo percibo en esta idea un afán de controlar la sexualidad de las jóvenes, la cual está en riesgo en el momento en que alguna se aleja con un hombre extraño; mientras que se encuentra protegida cuando se aparta con los padres o con algún miembro adulto de la familia al que se le atribuyen características masculinas.

En lo que respecta a los *puguios*, estos enferman, por lo general, cuando una persona débil anda sola por ahí, mientras que sanan, cuando la familia se

baña en estos sitios. Antiguamente la gente se bañaba en estos lugares en cualquier fecha; hoy, solo en días considerados sagrados como la Pascua o San Juan (solsticio de verano), en horas que son en otras circunstancias interpretadas como peligrosas, como es la madrugada. Estos baños se realizan en familia. El que se realicen en familia se interpreta como una energía que será reforzada por el agua del *puguio*, la que propiciará la salud y la suerte. Sin embargo, bañar en *puguios* o cascadas a niños y niñas muy pequeños-as y sin antes haberlos bautizado sí se lo considera peligroso.

Son las mujeres mayores, entre 40 y 50 años, los niños y las niñas quienes van a pastar en los cerros, lugares donde abundan los entes que enferman. El que no vayan las jóvenes, quienes se encuentran en una etapa a la que se considera de máxima fertilidad, permite pensar que es una manera más de ejercer control sobre su sexualidad. Es necesario sumar el hecho de que se considera más peligroso el que una mujer acuda a los lugares sagrados durante la menstruación.

No obstante, la gente no siempre actúa conforme a las normas. Pude escuchar a las muchachas jóvenes hablar de que sus amistades se habrían ido con sus enamorados al cerro, o habrían ingresado a la quebrada, después de lo cual, ella se habría quedado embarazada. Lo que sucede es que para las indígenas y los indígenas andinos la atracción de un hombre hacia una mujer y viceversa, así como el que se encuentren saliendo como pareja, se expresan en la mirada, pero se saludan con la mano, de modo que se los ve juntos pero manteniendo los cariños (besos, toqueteos, relaciones sexuales) en la intimidad, pues mostrarlos es muy mal visto. Como consecuencia, varias mujeres optan por verlos a escondidas, en *puguios*, en cerros.

4.2. El control evita el deshonor

Hoy en día, así como en el pasado, según me han informado, una embarazada que no tiene pareja estable deshonra a toda la familia. Para evitarlo, los padres, tías, tíos, abuelas aleccionan e incluso reprenden a sus hijas, nietas, sobrinas en caso de sorprenderlas deambulando con algún muchacho. De esta manera controlan los cuerpos de las jóvenes en términos de su sexualidad. Antiguamente era muy común atribuir embarazos a los espíritus de los lugares sagrados, a uno de los cuales habrían accedido “las enfermas”. Hoy en

día poco se recurre a este mecanismo que ayuda a las mujeres, en tales circunstancias, a escapar de las sanciones sociales.

En lo que respecta al honor,⁹ Gutiérrez y Vila (1988, 44-45) asocian este concepto con el de prestigio usado por Ortner y Whitehead (1981). De esta manera, la concepción del honor asegura el ejercicio de los roles. En Angla, el honor o la deshonra familiar dependen principalmente de las acciones o incluso de los sucesos relacionados con la sexualidad de una hija, nieta, sobrina, esposa. De modo que la valoración de la mujer en esta comunidad, gira en torno a su sexualidad. Sin embargo, no se le permite cuidarse a sí misma, sino que son los padres quienes deben protegerla, restringiendo su libertad para salir; cuando aún vive con ellos. Es decir, el honor, en el caso de hombres y mujeres adultas estaría vinculado con un rol de protección a las jóvenes de su familia. Este honor se convierte en deshonra en el momento en el cual una hija, esposa, actúan fuera de la norma sexual establecida. Entonces la gente circula murmuraciones sobre la persona en cuestión, así como sobre el padre y la madre aduciendo que no han desempeñado adecuadamente su rol de vigilancia. Sin embargo, el honor de un hombre no está únicamente vinculado a lo anterior; sino que depende en gran medida de sus acciones en otros ámbitos, está muy relacionado con el ser responsable, ser proveedor. En lo que respecta a las mujeres, serán juzgadas principalmente por su honor o deshonra sexual, la cual beneficia o perjudica a toda la familia. Es decir, se espera que la mujer actúe en función de los otros (Gutiérrez y Vila 1988, 46).

5. Conclusiones

A la pregunta planteada en un inicio: ¿por qué las mujeres tienen un acceso limitado a lugares como cerros o *puguios*? he esbozado a lo largo del trabajo una respuesta: el afán de controlar la sexualidad de las jóvenes. Lo que sucede es que en las conductas sexuales de cada mujer se ubica su propio honor; así como el de su familia.

Los lugares como cerros, *puguios*, al estar alejados de los ojos vigilantes de la gente son propicios para encuentros amorios. De manera que el acceso semi-vedado para las mujeres en etapa fértil tiene relación con el concepto

⁹ Sobre el honor encontré algunos textos, una vez concluido este ensayo. La mayor parte de ellos toma como referente la cultura mediterránea. Varias feministas han analizado bien la cuestión del honor; entre ellas, Carole Vance.

de honor familiar; el cual sería dañado por un desliz de un miembro femenino, no de un masculino, debido a que a los hombres se les atribuye como natural sus casi incontrolables deseos sexuales. El deseo de controlar la sexualidad de las mujeres, principalmente fértiles, se muestra también en el hecho de que se considera más peligroso el que ella camine por los sitios antes mencionados cuando se encuentra menstruando, etapa que se considera de máxima fertilidad y, por lo tanto, en la que habría que controlar más sus cuerpos.

Ellas deben evitar ir por los lugares antes señalados, en especial cuando menstrúan, porque se dice que es cuando se encuentran más débiles. La idea de la debilidad asociada al cuerpo de la mujer; según algunas autoras, tuvo su raíz en la conquista española. Debido a la asimilación de concepciones europeas, la mujer es vista como débil, por lo tanto más proclive a enfermar, como menor de edad y, por lo tanto, necesitada de la protección de un varón. Los hombres, en cambio, han sido mayormente valorados en Occidente, en comparación con la mujer india, razón por la que se les atribuye hoy en día características positivas, mientras que hay una tendencia a encasillar a las mujeres señalándoles sobre todo características negativas. En consecuencia, el estatus es entendido en términos de masculinidad, mientras que la falta de estatus está asociada a la feminidad y sus características son: la mala suerte, la debilidad, falta de coraje, etc.

El que las mujeres estén sujetas a este tipo de control social y no los hombres se debe a que ellos, así como otros elementos de la naturaleza considerados masculinos, son caracterizados como portadores de una sexualidad casi incontrolable y activa, mientras que existe una asociación del “ser” mujer con una sexualidad más bien pasiva, que pone el acento en la reproducción y la maternidad. Esto es fácil de notar a través de la concepción de algunas “enfermedades de campo” en las cuales ellas “enferman”, embarazándose de algún demonio, representado por un elemento de la naturaleza, el cual ejerce la función sexual activa.

Basándome en este estudio me gustaría recomendar que tanto antropólogas como antropólogos, usen un enfoque de género en sus investigaciones, pues esto ayuda a tener una visión más amplia de lo social y sus problemas. Me parecería interesante que en futuros estudios, se aborde la cuestión de las identidades sexuales entre los indígenas. Pienso que el entender estas construcciones que juntan elementos andinos con elementos europeos permitirá entendernos y aceptarnos mejor como productos de esa mezcla.

Cuidando el páramo sin descuidar la igualdad. Ana, la mujer guardaparque

Por Nadia Ruiz Alba

Resumen

En el ámbito mundial ha cobrado relevancia la relación entre el ambiente y las mujeres. En varios foros internacionales se reconoce que la participación social con equidad es un requisito para el desarrollo sostenible. En este artículo se muestra, a través de testimonios de diversas personas relacionadas con un área protegida del Ecuador, que la inclusión de una mujer como guardaparque comunitaria ha contribuido a que mejore la gestión de los recursos naturales. El análisis exhibe el potencial que tienen ciertos aspectos de esta experiencia, lo cual amerita replicarla en otras áreas protegidas que contemplen la figura de guardaparques comunitarios.

Abstract

Relationships between environment and women have gained great relevance around the globe. This article demonstrates, via narratives of people living and working around a protected area in Ecuador, that the inclusion of a female community park ranger has contributed to improved management of natural resources. The analysis shows the potential of aspects of this experience for replication in other protected areas where community park rangers work.

Introducción

El que la historia de una mujer guardaparque merezca ser analizada y contada por escrito es producto de la evolución ocurrida en el seno de dos campos del conocimiento: la ecología y el feminismo. En el ámbito de la conservación de la naturaleza y los recursos naturales ha ocurrido un cambio, esto es, ha surgido una tendencia "humanista" a considerar a las personas como parte necesaria de las áreas protegidas. Este cambio de paradigma se ha dado luego de comprobar los desastres sociales causados por la expulsión de comunidades que ancestralmente han poblado dichas zonas, como también por el fracaso de los planes de conservación ecológica que han excluido a las poblaciones locales. Asimismo, dentro de los estudios feministas y de género¹ ha habido un esfuerzo, desde la década de 1960, por estudiar las relaciones entre las mujeres y el ambiente. La convergencia entre estos dos campos, género y ambiente, ha creado una investigación rica en el Ecuador, sobre todo a partir del año 1995.²

El estudio del cual se desprende este artículo forma parte de los esfuerzos institucionales de la Corporación Grupo Randi Randi, CGRR, una organización no gubernamental, ONG, ecuatoriana que trabaja programas y proyectos de desarrollo sostenible con enfoque de género. Randi Randi impulsó y acompañó todo el proceso de la mujer guardaparque desde su inicio. Por tratarse de una experiencia nueva y exitosa en el campo del género y el ambiente, y ser susceptible de replicación en otras áreas protegidas del país, esa ONG propuso que fuera sistematizada y documentada, fruto de lo cual es este artículo.

El área de estudio es el territorio de la Asociación 23 de Julio, ubicada en la provincia del Carchi, dentro de la Reserva Ecológica El Ángel, REEA, en un rango comprendido entre los 3500msnm y los 4150 msnm. La mayor parte del territorio se corresponde con la formación vegetal de páramo de frailejones y con remanentes de bosque siempre verde montano alto. Este pára-

¹ El término "género" se refiere a las diferencias y a las relaciones construidas socialmente entre mujeres y hombres que varían por situación, contexto y tiempo. El enfoque de género facilita el entendimiento de otras variables sociales interrelacionadas (Schmink 1999).

² Para profundizar en el origen y evolución del campo de conocimiento "género y ambiente" en Ecuador ver la introducción de Susan Poats, María Calderón y María Cuvi al libro *Descorriendo velos en las ciencias sociales. Estudios sobre mujeres y ambiente en el Ecuador* (2006).

mo, además de ser un importante refugio de biodiversidad, es también un área que provee de agua a varios poblados de la subcuenca del río El Ángel, lo que lo convierte en un sitio prioritario para la conservación de los recursos naturales, y en donde deben desarrollarse estrategias para su manejo y conservación. Lastimosamente, el territorio de la Reserva está muy presionado por el irrespeto a la declaratoria de área protegida, hecha en 1992, y por la inejecutabilidad del Plan de Manejo (Suárez, Chinchero y Gavilanes 2004).

En el estudio empleé una metodología de la antropología denominada etnografía, que considera a las personas como la mejor fuente de información para conocer un proceso social (Rivas 2005), por lo cual las técnicas usadas son eminentemente cualitativas: la observación participante, la historia de vida y la entrevista en profundidad. La observación participante me ha servido para conocer las condiciones de trabajo del grupo de guardaparques comunitarios,³ caracterizado por un esfuerzo físico grande y por un contacto permanente con la naturaleza, así como también su estilo de vida. Las tres personas que conforman el equipo viven en la zona periférica de la Reserva, sus familias se dedican al cultivo de la papa y han nacido y crecido en este lugar, por lo que conocen de primera mano la realidad y la problemática social y ambiental que caracteriza el área.

La historia de vida me sirvió para documentar el proceso atravesado por Ana hasta llegar a ser guardaparque, y conocer las condiciones que lo han favorecido u obstaculizado. El relato biográfico, como también se lo conoce, fue desencadenado con una pregunta abierta, con el fin de no imponer límites a la informante: "¿Cómo llegó a ser guardaparque?".⁴ Se realizó en varias sesiones, las cuales tuvieron lugar por la noche, una vez que las hijas de Ana estuvieron acostadas y el trabajo doméstico realizado. Es muy importante tener en cuenta el momento y el lugar en que se desarrollan las entrevistas, ya que condicionan la calidad de la información recogida.

³ Aunque a lo largo del artículo uso indistintamente los términos "guardaparque" y "guardaparque comunitario" como si fueran sinónimos, me estoy refiriendo realmente al segundo concepto, es decir, a una persona de una comunidad cercana o inmersa en el área protegida, generalmente financiada por entidades internacionales a través de la cooperación al desarrollo, que no sólo se limita a realizar labores de control y vigilancia, sino también de sensibilización y educación ambiental.

⁴ Este "truco metodológico" lo he tomado prestado del ensayo de María Cuvi (2001) "Imágenes sobre la ciencia en cuatro relatos de vida".

La entrevista en profundidad fue usada para conocer las percepciones sobre la mujer guardaparque que tienen distintas personas cercanas a la Reserva. Llevé a cabo cinco entrevistas: a los dos compañeros guardaparques, al director de la Reserva, a un técnico del Ministerio del Ambiente, MAE, y a un biólogo de Randi Randi que acompañó todo el proceso. Previamente hice preguntas introductorias que no tocaron asuntos de género (origen del programa de guardaparques y su impacto en la Reserva), con el fin de crear un clima propicio para la entrevista y disminuir la resistencia que, en general, suelen tener los asuntos de género entre las personas que no están familiarizadas con ellos.

A continuación expongo los resultados de mi investigación. En la primera parte describo el proceso por el que ha atravesado esta mujer hasta llegar a ser guardaparque. En la segunda explico qué factores han agilizado o impedido el proceso. En la tercera expongo las percepciones que sobre esta guardaparque tienen varias personas relacionadas con la Reserva. En todos los apartados me serviré de algunos testimonios recogidos en las entrevistas. Cada número corresponde a una persona: 1, 2 y 3 son guardaparques y 4 es un técnico del Ministerio del Ambiente.⁵

¿Qué hace una mujer como tú en un lugar como éste?

En esta parte describo el proceso que ha atravesado una mujer rural, de escasos recursos económicos, madre soltera y con dos hijas, hasta desempeñarse como guardaparque en la Reserva Ecológica El Ángel.

El proceso comenzó en 2003, cuando la Asociación 23 de Julio decidió elaborar un Plan de Manejo Comunitario junto con la Corporación Grupo Randi Randi con el auspicio del Ministerio del Ambiente. Para ello hubo una serie de reuniones a las que asistían voluntariamente las personas de la comunidad interesadas en el tema, entre las cuales se encontraban Ana⁶ y su familia.

⁵ Aunque entrevisté a más gente, me he apoyado sólo en cuatro informantes para sustentar mis argumentos. Las opiniones e información obtenida de las otras personas está igualmente vertida en el documento, aunque no a través de testimonios.

⁶ Obviamente, por motivos de privacidad, este no es su verdadero nombre. Lo tomo por comodidad en la escritura y fluidez en la lectura, para no estar continuamente haciendo referencia a "la mujer guardaparque".

El equipo técnico de Randi Randi puso en práctica diversas estrategias para garantizar la presencia de las mujeres en las reuniones convocadas para elaborar el Plan de Manejo. Algunas fueron:

- Proporcionar comida durante las reuniones, tanto para padres y madres de familia, como para sus hijos e hijas. Dado que la elaboración de alimentos es una tarea tradicionalmente realizada por mujeres, el estar exentas de este trabajo libera algo de tiempo y pueden asistir a las reuniones.
- Convocar las reuniones los sábados que, como no hay clases, hijos e hijas mayores se pueden hacer cargo de sus hermanos y hermanas pequeñas, así como de las tareas domésticas. Las mujeres quedan un poco más desocupadas y asisten a las reuniones.
- Llevar al padre y madre de familia, y no sólo a uno de ellos, durante las giras de promoción⁷ del Plan de Manejo. Asimismo, Randi Randi se hizo cargo de los gastos de transporte y alimentación de las criaturas más pequeñas, que no podían quedar en casa.

Sin embargo, las soluciones técnicas no siempre son suficientes para resolver las inequidades de género en la participación comunitaria. A veces las medidas tomadas por las ONG o a través de políticas públicas, para mejorar la equidad de género, obvian las relaciones de poder dentro de la unidad doméstica, las cuales contribuyen a que, cuando hay reuniones comunitarias convencionales, no asistan todos los miembros de la familia: alguien debe permanecer en casa cuidándola y realizando el trabajo doméstico; casi siempre ese alguien es la mujer. Hay casos en los que las mujeres deciden asistir a pesar de todo, pero deben enfrentarse a horarios poco compatibles con su trabajo y a conflictos con sus compañeros, que no siempre ven bien que ellas se ausenten para participar en asuntos públicos. Revisemos algunos testimonios.

⁷ El objetivo de las giras es conocer lugares donde la elaboración de Planes de Manejo Comunitarios ha tenido resultados exitosos.

I

... como hay muchachos en la casa, no nos dejan tiempo para ir a reuniones, hay que quedar una mujer en la casa. Somos de una organización y a las reuniones vamos todos. Pero se demoran las sesiones. Nos enojamos, porque quedando alguien, cuando uno llega todo está listo. La coordinación dentro de la familia es importante. Mi mamá me decía: "sigue vos y tu papá y yo no sigo, yo me quedo en la casa haciendo las cosas, y cuando vengan, tranquilamente". Porque: ¿qué haríamos todos si vamos a la misma reunión?

2

... los hogares no son abiertos al valor de la mujer. Hay machismo. Se dice: "cuando hay una reunión me voy yo y tu te quedas aquí". No hay el diálogo de pareja. Hay organizaciones que sí se organizan las mujeres con los hombres pero no funcionan. No es porque las mujeres no quieran asistir, sino por el problema que tienen con los cónyuges en casa. Porque si se van a una reunión al regresar tienen problemas. "Dónde estuviste, cuánto tiempo te estás, y en qué pendejadas estás". Y para no tener problemas, las mujeres dicen: "yo mejor me retiro". Y se quedan dos o tres nomás y ahí ya no hacen nada.

Ana acompañaba, comúnmente, a su padre a las reuniones. Tal y como ella dice, no asistieron a todos los encuentros, tan sólo a algunos. Los factores que probablemente han favorecido que ella participase en la elaboración del Plan de Manejo son, además del interés personal y de las medidas de Randi Randi orientadas a favorecer la participación comunitaria de las mujeres, el hecho de ser la primogénita y de no estar casada.

I

En las comunidades hay mucho machismo. Veo que como no tengo marido, a mí nadie me va a decir: "¿a dónde se va?, o ¿con quién se va?"

Mi papi me tiene confianza, a pesar de los problemas que he tenido. Con cualquier cosa es: "¿cómo hacemos?, ¿qué te parece?" Cuando salgo le digo cuando regreso, para sentirme ganando esa confianza de mis papás. No he tenido problema de que me pregunten: "¿a dónde ha estado usted?"

Como mi papi trabaja retirado, siempre me ha dicho "irase usted a las reuniones". Entonces yo, la hija más mayor, mi papá me tiene un poco así de confianza, yo siempre iba.

En cualquier sociedad, el género es un sistema que determina el acceso y control sobre la tierra, el trabajo, los recursos, las instituciones y los servi-

cios.⁸ Y en algunas culturas, la única manera de que las mujeres accedan a la tierra es por medio de redes masculinas (Vázquez 2003), ya sea a través del matrimonio o mediante relaciones de parentesco con los varones de su familia. En el caso de Ana se podría afirmar que su participación en el proceso de elaboración del Plan de Manejo se volvió más efectiva, gracias al respaldo de su padre. A esta misma conclusión llega Alexandra Martínez (2005) en su análisis de la participación de las mujeres en las juntas de riego del río El Ángel. La tutela del padre permite a una hija participar como tesorera de la junta de regantes, puesto que no tiene hermanos varones.

I

Participé en el plan de manejo. A mi papi poco le interesaba, siempre me decía: "tienes que irte, vos más entiendes de eso." Me dio la oportunidad de estar dentro del proceso. Ahí es donde una se va enterando de cosas. A lo mejor si mi papá hubiese participado yo ni hubiera tenido la oportunidad de llegar hasta ser guardaparque.

A partir del Plan de Manejo se elaboró un conjunto de perfiles de proyectos. Uno de estos consistía en la creación de un programa de guardaparques comunitarios que realizasen tareas de control, vigilancia y sensibilización ambiental en la Reserva. Gracias a Randi Randi, este programa fue financiado a través del proyecto "Conservación Comunitaria", que dio inicio en 2004.

Dado que Ana había participado en ese proceso, tuvo conocimiento de la convocatoria anunciada para que las personas interesadas en trabajar como guardaparque aplicasen al puesto. Ella llenó el formulario, que previamente había sido dejado por los técnicos y técnicas de Randi Randi en cada una de las comunidades participantes, con sus datos y con la información requerida. Tras un proceso de selección, resultaron elegidas tres personas, dos varones y Ana, quienes siguieron un programa de capacitación previo a desempeñar la labor como guardaparques comunitarios. Y desde inicios de 2006 desarrollan su trabajo en la Reserva.

La Unión Mundial para la Naturaleza, UICN (Aguilar, Castañeda y Salazar 2002) considera que la conservación es una oportunidad para promover la

⁸ Según el informe de la Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW) de 2002, en Ecuador en 1995, únicamente el 19% de las mujeres era propietaria de tierras, mientras que los propietarios llegaban al 31%. De igual forma, existe una desigualdad de cerca de diez puntos en lo que se refiere a la propiedad de la vivienda.

equidad, debido a que muchas acciones novedosas para las comunidades, en términos de conservación y manejo de recursos naturales, no han sido etiquetadas ni clasificadas como pertenecientes a un sexo o a otro. Por ejemplo, el trabajo en zocriaderos es una actividad “neutral” desde el punto de vista genérico, ya que no es asignada socialmente ni a hombres ni a mujeres.

El programa de guardaparques comunitarios no encaja totalmente con esta característica de “neutralidad” de género, a pesar de que es una acción novedosa en cuanto a conservación. La razón es que tiene como antecedente a los guardaparques del Estado, un oficio tradicionalmente desempeñado por hombres. Sin embargo, los guardaparques comunitarios, al ser una experiencia resultante de la interacción entre el Estado, la sociedad civil y las ONG, favorece la participación de la población local. Así es como las mujeres pueden aprovechar estos “nichos” para participar en el trabajo ambiental de sus comunidades, tal y como ha ocurrido con Ana.

Por consiguiente, quienes impulsan acciones en pro de la conservación tienen la enorme oportunidad de desarrollar una propuesta de participación equitativa, que permita a hombres y mujeres trabajar en igualdad de condiciones en el desarrollo de actividades innovadoras. De esta forma no sólo se logrará alcanzar los objetivos de conservación, sino que, a la vez, se contribuirá a disminuir la discriminación e inequidad mediante la creación de posibilidades de acceso de las mujeres a las oportunidades y beneficios ofrecidos por las intervenciones innovadoras.

Problemas, problemas, problemas...y soluciones

Como podrá suponerse, ni el proceso de formación como guardaparque ni el desarrollo de este trabajo en las condiciones físicas y culturales en las que tiene lugar han estado exentos de problemas para Ana, una mujer singular, y las personas que la rodean. Sin embargo, hasta ahora ha sido posible articular mecanismos que suavicen las barreras que han surgido en el camino. En este apartado analizo cuáles han sido los factores que han obstaculizado este proceso y cuáles lo han facilitado. Los nombraré factores inhibidores e impulsores respectivamente.⁹

⁹ Estos términos corresponden a una categorización de Pilar Alberti Manzanares (Alberti, Pérez e Hidalgo 2003), antropóloga feminista española residente en México y profesora del Colegio de Postgraduados en Ciencias Agrícolas.

I. Familia y doble rol

Varias autoras han discutido el problema de percibir a la familia como unidad armónica y homogénea cuyos integrantes tienen las mismas aspiraciones, conocimientos, derechos y acceso a recursos. Es necesario desmitificar esta visión, pues en realidad, en toda familia hay diferencias de intereses, perspectivas y grados de poder; y las mujeres generalmente tienen menos posibilidades de hacer valer sus opiniones y deseos, por la situación de inequidad en la que se encuentran (Vázquez 2003).

Considero que la familia de Ana ha jugado un papel tanto inhibitorio como impulsor, aunque más este último. Comienzo por el primero y luego trataré el segundo en el apartado siguiente.

Como madre soltera, con dos hijas y residente en el hogar de sus padres, Ana ha debido continuamente demostrar su validez y responsabilidad como persona dentro de su familia, pues en muchos contextos culturales, como el ecuatoriano, ser madre soltera no es bien percibido. Además, económicamente no es nada fácil, pues es común que el padre se desentienda de las criaturas por completo.

En América Latina, al igual que en el resto del mundo, se están experimentando fuertes cambios en las relaciones sociales, familiares y laborales. Por un lado se ha producido la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo, mientras que crecen las familias monoparentales, que ya no son un grupo marginal. En el Ecuador el 18% de los hogares son sostenidos únicamente por la mujer (CEDAW 2002).¹⁰ Esto aún no ha sido lo suficientemente considerado, y la estructuración del trabajo sigue siendo la diseñada para empleados varones y con una sola fuente familiar de ingresos, con horarios de trabajo que son incompatibles con las necesidades de cuidar a niños y mayores dependientes (Hendriks, León y Chinchilla 2006).

Por otra parte, la sociedad latinoamericana ha sufrido descensos bruscos de natalidad. En el Ecuador, el promedio de criaturas por mujer reflejado en el censo de 1990 del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INEC era de 2,9 (2,5 en el área urbana y 3,6 en la rural), mientras que el de 2001 muestra un promedio de 2,4 (2,2 urbano y 2,9 rural). En muchas ocasiones las mujeres han tenido que elegir entre la estabilidad laboral o tener hijos, es decir, viven un conflicto entre el trabajo y la familia (Hendriks, León y Chinchilla 2006).

¹⁰ En países vecinos, los censos demuestran un porcentaje de hogares encabezados por mujeres aún más alto. En Bolivia, es casi de un 30% (CEPAL 2006).

Ana es un claro ejemplo de ello, pues es la sustentadora de un hogar monoparental con un número bajo de criaturas (dos) y siente las tensiones propias de compaginar vida laboral y familiar. Su formación como guardaparque lleva asociada capacitaciones intensivas,¹¹ que a veces han requerido del desplazamiento fuera de su comunidad por varios días y, por lo tanto, su ausencia del hogar. Esto no influye de la misma manera en un hombre que en una mujer; debido a la división tradicional de tareas entre ambos géneros, y al diferente valor que se le asigna a cada una. No significa lo mismo para un hombre dejar a sus hijos e hijas con su esposa, hermana o madre, que para una madre dejarles con familiares. Esto último no está totalmente aceptado en la sociedad, aunque cada vez sea más frecuente hacerlo; incluso causa en la mujer sentimiento de culpa. Las personas entrevistadas lo explican muy bien.

4

Una madre de familia va a tener limitantes. Hay que tenerlo presente para que el grupo pueda ayudarla. Tiene que cumplir doble rol: como madre y como padre. Tiene que ir a la sesión de sus hijitos al colegio: “¿Cómo hago? No puedo”. He estado consciente de esto y lo he hablado con los compañeros: “tienen que entender que uno es soltero y el otro es casado. Uno no tiene obligación, no va y punto. El casado tiene un reemplazo”.

I

He participado en los cursos a pesar de tener hijas. Para mí, esto ha sido un problema. Porque dejarle una carga a mi mamá, irme una semana, estar fuera de casa durante las capacitaciones...

2. Prejuicios y machismo

Todas las personas consultadas han coincidido en señalar al machismo imperante en sus comunidades como una de las mayores dificultades para que haya mujeres guardaparques,¹² reconociendo incluso cómo les perjudica en sus relaciones personales más cercanas.

¹¹ Por ejemplo, el curso de brigadista forestal tuvo lugar en Otavalo y duró siete días.

¹² Según el informe de la CEDAW (2002), “El proceso de cambio de mentalidades es complejo en Ecuador; donde las prácticas sexistas están arraigadas en la tradición y en las costumbres.”

Vale la pena aportar a la reflexión una definición de machismo, dado que es una palabra usada de muchas maneras y en muchos contextos. Tomo la de Victoria Sau (2001), que lo define como “aquellos actos, físicos o verbales, por medio de los cuales se manifiesta de forma vulgar y poco apropiada el sexismo subyacente en la estructura social”. Ella lo diferencia de sexismo, que para la autora es “el conjunto de todos y cada uno de los métodos empleados en el seno del patriarcado para poder mantener la situación de inferioridad, subordinación y explotación del sexo dominado: el femenino.” En otras palabras, si el machismo es, ante todo, una actitud personal, un comportamiento, encuentra su respaldo y apoyo en un completo sistema social, una estructura, que es el sexismo.

El machismo se mete en nuestras vidas a través de las creencias y costumbres que día a día perpetuamos sin darnos cuenta. Aunque aparentemente muchas personas están de acuerdo con la existencia de una mujer guardaparque, en las conversaciones mantenidas siempre afloraba el comentario del “¿qué dirán?”. Esto puede deberse a que una guardaparque no responde al modelo tradicional de feminidad, puesto que desarrolla un trabajo remunerado fuera de su hogar, en un ambiente público. Igualmente, un varón que desarrolle su trabajo acompañado de una mujer se sale de la “normalidad”. Por lo tanto, una manera de impedir que nuevos modelos de hombre y de mujer más equitativos surjan en la sociedad es condenándolos y deslegitimándolos.

Sin embargo, también se da la fortuna de que existan personas que se mueven “a contra corriente”, buscando nuevas formas de relacionarse entre seres humanos y de vivir; tal y como nos muestran a través de sus palabras.

2

Yo me siento tranquilo. No hay mal pensamiento de tener alguna relación con ella, porque la gente piensa que eso está pasando. A nivel de barrio les gusta hablar y hablar. A los amigos, ese rato que coges para arriba con ella: “¿y allá qué pasará?”. Cuando me dicen así, digo: “no pasa nada”, me voy yendo y no les hago caso.

Veo difícil que haya otras mujeres guardaparques. Porque cualquier mujer va a decir: “¿cómo voy yo a ir por el páramo con un hombre solita?” En este medio, las familias van a decir: “¿cómo va a subir arriba con un hombre?”. No las dejarían.

3

Nos sentimos bien con ella como compañera, conversamos, nos reímos... Sin embargo la gente lo ve de otra forma porque no tiene formación... Ellos piensan que nosotros vamos a hacer cosas malas. Nosotros como estamos formados, somos compañeros y no pasa de ahí.

Y hasta van convenciendo a la familia de uno. "Uy, ya cogieron por ahí, algo anda mal". Hay dificultades en la casa. Así es como pienso yo y la compañera: nosotros salimos a trabajar; no a hacer más nada. Esto es una gran cuestión que deberíamos cambiarla.

Yo sentía lo que iba a pasar. Digo, "¿y ahora?, si voy con una compañera, ¡guau!, ¿qué va a opinar la gente, mi familia?". El primer mes de trabajo, contento de la vida porque me tocó con un compañero. Ahí no había ningún problema.

I

La gente piensa que una al ir con un compañero... Pero a mí no me ha importado. El otro día discutíamos con una señora. Me decía: "pero, ¿cómo yendo al páramo?", o sea, que de por sí, ya. "Porque usted va con un hombre casado".

A continuación explico los factores que han ayudado a Ana en su proceso y que podrían facilitar el camino para que otras mujeres lleguen a ser guardaparques.

3. Apoyo laboral y familiar

En la sección anterior afirmé que la familia ha jugado un rol inhibitor, pero también impulsor. El carácter impulsor ha sido sobre todo asumiendo las tareas del cuidado de las hijas de Ana cuando ella ha debido ausentarse del hogar para acudir a las capacitaciones, pero también dando muestras de apoyo a su trabajo. Seguramente sin la ayuda de su familia, específicamente de sus padres, este camino se le habría hecho menos llevadero.

I

En las capacitaciones me daba mi tiempo y mis papás en mi casa me han comprendido.

Dificultad también, por dejar a mis hijas. Pero mis papás me han apoyado. Cuando me cogieron para el trabajo mi papá me dijo: "vos no aguantas".

Y hasta el momento más bien ha sido apoyo moral. Hasta ahora no he tenido problema.

Por otro lado, en su entorno laboral ha habido personas con la capacidad de reconocer las barreras que soportan las mujeres para conciliar vida laboral y familiar, la cual se acentúan en el caso de las madres solteras, así como los obstáculos culturales propios de una mujer trabajando entre hombres. Se han encontrado soluciones con creatividad y voluntad.

4

Facilitar los horarios para ella. Hay ocasiones en que tienen que salir muy temprano, entonces digo: "esto no tiene que ser así. Cuando usted haya llevado a sus hijitos a la escuela y tenga limpia la casa ya pueden salir". Porque si se demoran una o dos horas no va a pasar nada, no se va a destruir el ambiente. Tenemos que adaptarnos a esto y entender:

¿Cómo meter a la mujer en el grupo de guardaparques? Si le dejo con una sola persona corro el riesgo de que algo pueda existir y los comentarios de la comunidad. Hay que cuidar eso. Entonces la mujer rotó con todos, todos van a tener la experiencia de trabajar con ella, y ella conocer el carácter de todos. Ellos estuvieron de acuerdo. Y así hicimos.

4. El enfoque de género de Randi Randi

La ONG Randi Randi hizo una apuesta fuerte por tener una guardaparque en el equipo. Fue por ello que el equipo técnico tomó algunas medidas para evitar las dificultades que surgieron en el proceso de capacitación de Ana. Estas fueron algunas de las que se pusieron en práctica.

- Se comunicaron las fechas de las capacitaciones con la suficiente anticipación, para permitirles organizar sus tareas. En el caso de Ana, ella pudo conseguir quien se hiciera cargo de sus hijas mientras duraba la capacitación y ella se ausentaba del hogar.
- Se permitió a las hijas de Ana asistir a algunas capacitaciones, haciéndose Randi Randi cargo de los gastos.

- Se permitió a los otros guardaparques llevar a sus hijos e hijas durante las giras de promoción.¹³ Los gastos fueron igualmente cubiertos por Randi Randi.
- En la distribución del alojamiento se separaron a los hombres de las mujeres. Como ellos fueron más numerosos y provenían de distintas comunidades, se los distribuyó aleatoriamente con el objetivo de que se conociesen entre ellos. A las mujeres se las puso en una misma habitación con baño privado.

Estas medidas son buenas pero no garantizan, en sí mismas, la igualdad, es decir, las soluciones implementadas por las ONG u otras entidades no siempre son suficientes para resolver los problemas de género y manejo de recursos naturales, lo cual detona la siguiente pregunta: ¿hasta dónde deben llegar estas medidas prácticas? ¿Las ONG y demás entidades deben intervenir aún más en las relaciones familiares?¹⁴ Si bien es difícil para muchas organizaciones intervenir en las relaciones desiguales de poder que se dan dentro de estos grupos, sobre todo para las que están especializadas en el área ambiental, como es el caso de Randi Randi, donde la mayoría de sus profesionales proviene del área de las Ciencias Naturales o Exactas (biología, agronomía, geografía, etc.), las relaciones de poder dentro de la familia son un reto importante para la consecución de la igualdad de género. Según muchas autoras, esta dimensión es la más resistente al cambio y es donde los conflictos son más obvios e intensos. En el núcleo de esta dimensión se encuentran la negociación, la comunicación, la defensa de los derechos y la dignidad de las mujeres (Alberti, Pérez e Hidalgo 2003).

Vale la pena enriquecer este cuestionamiento con un perspicaz y valioso argumento de Susan Paulson (2007), en el que “le da la vuelta” al dilema planteado. Según ella, no habría que preguntarse únicamente si nuestro propósito de apoyar iniciativas que cambien las relaciones de género “desde fuera” como ONG o como instituciones es o no legítimo, es decir, si hay que ponerle límites o no a nuestra acción. Hay que reconocer que toda inter-

¹³ Estas giras tienen como objetivo conocer los programas de guardaparques comunitarios de otras áreas naturales protegidas que hayan tenido buenos resultados

¹⁴ Algunas autoras las denominan relaciones cercanas e incluyen a aquellas que se dan en el espacio privado de la familia en donde la mujer interactúa con su esposo, hijas, hijos y otros familiares que comparten el mismo techo (Alberti, Pérez e Hidalgo 2003).

vención externa, independientemente de su propósito, promueve cambios en las relaciones de género. También las entidades que no plantean medidas o estrategias para incidir en las desigualdades de género tendrían que cuestionarse de la misma manera. En muchos casos sus intervenciones están perpetuando un sistema injusto entre hombres y mujeres o están introduciendo nuevas desigualdades de género mediante la provisión de conocimiento, tecnología, fortalecimiento organizacional y poder a un grupo y no a otro, sin hacer un alto en el camino y pararse a reflexionar sobre los impactos culturales de su trabajo.

Para acotar por el momento el asunto de la tensión que se presenta en el seno de las organizaciones entre trabajar relaciones familiares o no hacerlo, sólo puedo extraer varias conclusiones, puesto que no es el objetivo de este artículo. La primera es que una organización sólo debe emprender acciones en este campo si cuenta con los medios técnicos y personales necesarios, pues se requiere de profesionales con una buena formación y experiencia para trabajar estos temas tan delicados. Si, por el contrario, una organización decide no incidir directamente sobre las relaciones familiares o cercanas, no debe esperar que aplicando una serie de medidas técnicas vaya a incidir significativamente en la igualdad de género. Hay que contar con esta desventaja y aceptar que las soluciones propuestas pueden no cumplir sus objetivos de empoderamiento de las mujeres, una vez que pasan por el filtro de la familia. Estas “encrucijadas” muestran la necesidad acuciante de contar con personas especialistas en género y ambiente que sean capaces de articular medidas conducentes a la igualdad de género en la gestión de los recursos naturales incidiendo a distintos niveles, incluido el familiar.

5. Nivel educativo y formación

No digo nada nuevo si afirmo que la educación es uno de los instrumentos más poderosos de cambio social. De todos los candidatos seleccionados, Ana es la que tiene el nivel educativo más alto. Ella ha estudiado hasta secundaria mientras que el resto de sus compañeros han cursado hasta primaria. Constituye una excepción en un país donde sólo el 64,95% de las mujeres ha estudiado primaria y el 29,72% ha accedido a educación secundaria (CEDAW 2002).

La formación recibida durante las capacitaciones, incluida la de género, ha sido detectada por la mayoría de personas entrevistada como clave para hacer frente a todos los comentarios negativos surgidos en la comunidad, a raíz de trabajar con una guardaparque. Percibo un cambio de mentalidad en estas personas, que se convierten, así, en catalizadores sociales, fomentando nuevas maneras de relacionarse entre las personas y con la naturaleza.

1

Si a mí me han preparado, y a los compañeros los han preparado, entonces no hay problema.

2

Tampoco es importante lo de los comentarios, porque ella es una persona bien formada. He caminado por el páramo con mujeres solas pero yo nunca he tenido una atribución a nada, yo defiendo mi trabajo y nada más. Porque esa es la formación que me dieron.

6. Empoderamiento y conciencia ambiental

A pesar de que el empoderamiento se ha convertido en un concepto central en el discurso y en la práctica del desarrollo, es un término complejo que no tiene una definición universal, lo que ha dado lugar a un sinnúmero de interpretaciones con divergencias y similitudes. El término tiene significados diversos según el contexto sociocultural y político, y no se traduce fácilmente a todas las lenguas. Se puede entender como un proceso, como un producto, como un enfoque o como un fin. Además, es multidimensional ya que tiene implicaciones a nivel individual, organizacional, político, sociológico, económico y espiritual. Tiene valor por sí mismo aunque también puede ser utilizado como un instrumento. Se puede entender como un proceso individual, a través del cual la persona toma control sobre su vida o bien como un proceso político en el que se garantizan los derechos humanos y justicia social a un grupo marginado de la sociedad (FRIDE 2006), como es el caso de las mujeres.

La mujer cuya historia estoy relatando da muestras de estar en proceso de empoderamiento¹⁵ a través de sus afirmaciones, y de cómo este camino ha corrido paralelo a un desarrollo de su conciencia ambiental.

I

Yo he sido siempre participativa, y parece que eso me ha hecho, poco a poco, irme quitando esa tela y he ido avanzando.

Desde que yo me doy cuenta he sido preguntona, jodida. Desde joven me ha gustado estar participando. La gente decía: "en todo está metida". Pero para mí sirve.

O sea, soy curiosa, si me encuentro con alguien por ahí, ya converso...

En el colegio decían: "no hay que quedarse con incógnitas, hay que preguntar..." Todo eso a uno se le va metiendo y va sintiendo la práctica, va preguntando para tener información. Y así he llegado a tener varios trabajos.

Las mujeres, ¿por qué no ocupar esos lugares que los hombres también ocupan? Por eso yo tengo como un coraje. Yo digo, ¿por qué no lo voy a poder hacer yo? Si soy igual, una persona. Eso también me ha influido muchísimo. A pesar de que hay esa barrera para las mujeres.

Una posible metáfora que ilustra cómo se va desarrollando la conciencia ambiental en el caso de esta mujer es "gota a gota". Es como si la mente fuera un vaso que se va llenando poco a poco, a través de distintos descubrimientos y estímulos, hasta que llega un momento en que rebosa y se pasa a la acción. En el caso de las mujeres, Bina Agarwal (2004) explica cómo la relación entre estas y el ambiente no es siempre la misma, depende de factores sociales, étnicos y culturales, y no se debe a una naturaleza femenina. Esto se corresponde con los siguientes testimonios.

I

Mire, eso sí, yo no voy a decir: "desde niña he sido amante a la naturaleza". Pero a uno, con el transcurso del tiempo, le va naciendo la iniciativa. Desde ahí uno se va formando idea, ¿por qué hacer esto? Por ejemplo con capacitaciones, con cosas que uno escucha en la televisión, en la radio... se pone a reflexionar. Y así es donde uno ya francamente está consciente y donde yo ahí ya le puse más afán.

¹⁵ Strandberg dice que "el empoderamiento es como la obscenidad: no puedes definirlo pero lo conoces cuando lo ves". Esta cita la escuché durante una exposición de la politóloga Marta Pajarín (2006) en el VII Magíster en Género y Desarrollo del Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI).

Cuando se formó la reserva, como yo trabajaba en ese proyecto, tenía una camiseta que tenía dibujado la luna y un venado. Entonces viene una amiga y me dice, leyendo la camiseta, "la Reserva Ecológica El Ángel", "y esos páramos tan bonitos, tan bellos". Y pensé: nosotros decimos "el páramo nomás", pero hay otra gente de fuera que lo valora bastante. Pensé que teníamos algo bonito, ¿y nosotros por qué no decir nuestro páramo, nuestros frailejones?

¿Y lo que opinen los demás está de más?

Las percepciones que las personas relacionadas con la Reserva tienen de la mujer guardaparque son una mezcla de admiración, que podríamos denominar propias del "discurso de la excelencia", naturalización de la mujer (dos términos que se explican brevemente a continuación) y valoración honesta de su trabajo y de las condiciones físicas y culturales en las que tiene lugar.

Muchas investigadoras feministas parten de la idea de que vivimos en un mundo desigual en cuanto al género. A este sistema de relaciones injustas entre hombres y mujeres, en el que las segundas están en situación de desventaja, lo llaman patriarcado. El patriarcado sería un sistema opresor y las mujeres un grupo oprimido. Uno de los mecanismos del patriarcado para que las mujeres no se sientan discriminadas es extender discursos que enaltezcan ciertas características "buenas" tradicionalmente atribuidas a las mujeres, como "la honradez", "el instinto maternal", "la dedicación al trabajo", "la ausencia de vicios", pero casi siempre dentro del ámbito privado y familiar; es decir, sin alterar el modelo vigente de género. A esto se le conoce como "discurso de la excelencia". Estos son algunos ejemplos en el caso de la mujer guardaparque.

1

Y parece que como mujer; al menos yo así lo pienso, lo toman las cosas más en serio antes que entre hombres.

Dentro de la comunidad hay pros y contras. Gente que dice: "qué bien el trabajo que usted hace, una mujer decidida que se ha decidido por esto".

3

A nivel institucional defienden un poco más de afecto hacia la mujer. La tratan mejor; le tienen más presencia, yo me imagino que porque es la primera. Es como si tú te compraras un carro nuevo. Lo vas a cuidar bien. Es natural.

2

Algunas cositas si son de ayudarle porque por el hecho de ser mujer no puede hacer cosas que hace uno. Hay que ser considerado, esa es la palabra, con la mujer; y nada más. Yo eso pensaría.

Naturalizar a las mujeres significa reducirlas a sus condiciones biológicas, sin tener en cuenta su contexto cultural. Así, se dice que las mujeres tienen menos fuerza o menos resistencia física, que no pueden realizar determinados trabajos porque se quedan embarazadas, porque tienen la menstruación, etc. En los relatos se percibe cierta naturalización mezclada con explicaciones coherentes acerca del uso de la fuerza física en el trabajo de guardaparque. En parte puede ser debido al periodo actual de transición en que se encuentran las relaciones tradicionales de género y los modelos hombre/ mujer.

1

El trabajo, al menos para una mujer, es un poquito forzado, ¿no?

Ellos son hombres. Podrán caminar más breve... Pero yo un paso tolerable puedo caminar. Si ellos son personas. Lo único que pueden ser más fuertes. Como mujer no tendré la misma fortaleza, pero no me es difícil.

3

Diferencias sí hay. Por ejemplo en un incendio, estamos en mejor condición física y podemos hacer el trabajo más duro. En cambio la compañera podría hacer algo más suave. O sea, por lo general los latinos así es como manejamos las cosas.

2

...el trabajo de guardaparque no es de mucho esfuerzo. Es de inteligencia. En agricultura es duro. Ahí la mujer no puede intervenir porque un carro de papas... pero hay mujeres que sí lo hacen. Entonces, ¿por qué no va a poder hacer cualquier mujer el trabajo de guardaparque? El caminar es normal de cada persona. El problema sería habiendo una quema, pero ahí necesitamos buscar más ayuda. Y se va a defender bien. Ya tuvo una experiencia, yo la vide muy bien.

En general y en contra de lo que pudiese parecer, entre las personas entrevistadas hay una gran apertura a la participación de mujeres guardaparques en las áreas protegidas. No hay muestras de recelo, más bien aprecian el

cambio e incluso reconocen que el hecho de que haya mujeres haciendo trabajos ambientales mejora el alcance de los objetivos conservacionistas, lo cual ha tenido buenos resultados en la Reserva Ecológica El Ángel.

4

Ellas no establecen un diálogo directo mujer-hombre, hay más afinidad mujer-mujer: Las mujeres le están teniendo más confianza a ella en algunas actividades que pueden estar incidiendo en las mujeres. Le tomo a la compañera como muy buena estrategia. En las reuniones las mujeres más se pegan con ella y le respaldan. En la selección fue bastante acogida la propuesta por las mujeres, de que debe haber una mujer guardaparque. Entiendo que las mujeres necesitan una representante en estos espacios. Porque en otras ocasiones los guardaparques eran sólo hombres y las mujeres no participaban tanto.

Sería bueno que en las charlas de las escuelas haya mujeres. Veo el trabajo en su conjunto, no es sólo los recorridos. Ojalá hubiese más mujeres en estos espacios: escuelas, reuniones, en el recorrido, donde encuentran a las compañeras ordeñando las vacas, cavando las papas... Que puedan tener otro tipo de diálogo y podamos disponer de información que ahora no tenemos.

La mujer tiene otra visión de los recursos naturales. Lastimosamente esto no es muy visible por las personas que trabajamos en medio ambiente. Si hubiese más mujeres guardaparques sería más fácil entender este lenguaje.

2

La ventaja es, a nivel local puede no ser una ventaja, pero a nivel país ganamos mucho con un área protegida que tenga una mujer guardaparque. Porque hay gente bien formada que sí entiende lo que es un cargo, ¿no?

Por otro lado, el hecho de que haya una mujer guardaparque no sólo es percibido como positivo en tanto que mejora la manera en que la comunidad se relaciona con los recursos naturales. También como agente de cambio cultural, puesto que cuestiona el modelo femenino tradicional y, por lo tanto, de género.

3

Sería bueno que hubiese más mujeres guardaparques. Ahora hay una y hay un sinnúmero de habladoras, pero si se integraran dos iría disminuyendo ese problemilla. Y si se integraran tres mucho mejor. La gente ya se va acostumbrando a, ¿cómo se llama?, el género. Ya no va habiendo diferencias.

2

Esto nos da experiencia, como hemos hablado de género, de cómo nos debemos relacionar entre mujeres y hombres, para relacionarse en la humanidad entera. Yo veo que lo logramos, estamos relacionados con una mujer en nuestro trabajo.

La compañera tuvo el reto de entrar a ser guardaparque. Tiene que seguir adelante y ojalá otra mujer diga: "mira la compañera. ¿Por qué no también yo?". Ella fue la primera aquí y por eso se le merece un respeto muy grande, y ayudarle mucho, y de lo demás olvidarse.

4

Ahora lo importante es darle seguridad. Que no haya una distorsión de la experiencia, porque eso sería un fracaso. Si ahora la presencia de ella es bien manejada, va a ser la puerta para que otras mujeres digan: "yo también quiero ser guardaparque". Ya han existido ideas en la comunidad. Algunas señoras ya han dicho que quieren serlo.

Conclusiones

Tras haber analizado el proceso de Ana y repasado tanto los factores inhibidores como impulsores del mismo, concluyo que esta experiencia es positiva tanto desde el punto de vista ambiental como social, y específicamente para las mujeres.

Desde el punto de vista de la conservación la presencia de una mujer guardaparque mejora la gestión de los recursos naturales en la Reserva, porque a través de ella se accede a la información ambiental (actividades, necesidades, preocupaciones, uso de recursos...) manejada por las mujeres, que normalmente es obviada en la gestión comunitaria de los recursos naturales. Según la Ecología Política Feminista,¹⁶ dada la separación de roles por género, mujeres y hombres tienen conocimientos particulares sobre el ambiente, los cuales pueden ser importantes en la formulación de proyectos ambientales. Tomando esto en cuenta, las mujeres serían un "grupo de interés". Si desconocemos la forma en que mujeres y hombres se apropian de algunos

¹⁶ La Ecología Política Feminista es un marco teórico que profundiza en la relación de las mujeres y el ambiente. Surgió en la década de 1990 y sus autoras son Dianne Rocheleau, Barbara Thomas-Slayter y Esther Wangari (1996).

recursos y no de otros, el poder o la falta de poder que tienen sobre otras personas para controlar sus actividades, y los espacios que utilizan para fines productivos y de reproducción social, no podremos formular proyectos de manejo ambiental que las poblaciones hagan suyos (Vázquez 2003).

Por otro lado, a través de la guardaparque se fomenta el involucramiento de otras mujeres en los trabajos ambientales de sus comunidades con lo cual se mejoran los objetivos de la conservación comunitaria participativa ya que provoca un impacto “multiplicador y trans-generacional”.¹⁷ El cambio ambiental efectivo y perdurable no puede concebirse sin sus actores, conocidos también como “grupos de interés”; algunos, como las mujeres, son más difíciles de reconocer que otros, por la situación de inequidad en la que se encuentran. Los proyectos participativos que no hacen explícito el enfoque de género no logran que las mujeres tengan verdadera influencia en las decisiones y compartan el control del proyecto (Vázquez 2003).

Desde un enfoque social una mujer guardaparque supone una ruptura con el modelo tradicional femenino, lo que provoca una evolución y una apertura hacia la diversidad y la pluralidad culturales en las comunidades rurales cercanas o inmersas en la Reserva. Esta experiencia es una pequeña pero importante contribución a la igualdad de género en la sociedad rural ecuatoriana, puesto que supone la participación de una mujer en la gestión ambiental directa de un área natural protegida, ámbito que ha sido y es eminentemente masculino.

En último lugar, el que haya mujeres guardaparques no es sólo beneficioso por constituirse como “instrumentos” imprescindibles para el manejo comunitario de recursos naturales. Esta experiencia ha sido fuente de empoderamiento individual para la propia Ana, pero también para otras mujeres que ahora cuentan con un nuevo modelo femenino de relación con el ambiente en su propia comunidad. Esto es esencial para cambiar el modelo actual de género en el cual ellas se encuentran en desventaja.

Sin embargo, concluyo igualmente que, debido a los prejuicios sexistas aún persistentes, el trabajo de Ana no deja de ser algo anecdótico. Para que tenga trascendencia y dé lugar a una verdadera incorporación de las mujeres al trabajo de guardaparques comunitarios en áreas naturales protegidas, aún falta mucho por hacer. Debe hacerse incidencia no sólo en la sociedad civil (y específicamente en las mujeres), sino en los equipos técnicos de las

¹⁷ Comentario de Susan Paulson a este artículo en 2008 por medio de correo electrónico.

ONG ambientalistas y en el personal del Ministerio del Ambiente (MAE). Del trabajo realizado por Randi Randi llevando a cabo medidas concretas en pro de la equidad de género en el programa de guardaparques comunitarios se pueden extraer interesantes conclusiones. Algunas de las acciones propuestas para ello son descritas en la siguiente sección.

Recomendaciones

Dado que uno de los objetivos de este artículo es “abonar” la discusión sobre género y ambiente en Ecuador, especialmente en el ámbito de la conservación comunitaria, a continuación planteo dos tipos de recomendaciones: 1) una serie de sugerencias a personas gestoras y directoras de áreas naturales protegidas y personal de ONG con competencias en vigilancia y control ambiental con el propósito de incluir a las mujeres en los distintos niveles de los programas de guardaparques comunitarios **en condiciones de igualdad**¹⁸ y 2) unas propuestas para seguir profundizando en la investigación y el trabajo institucional en género y ambiente.

I. Puesta en práctica de medidas “gender-friendly”

Como la intención es dar ideas para “replicar” la experiencia descrita en otros lugares, mis recomendaciones apuntan a distintos niveles, según el grado de avance en el que se encuentre el programa de guardaparques comunitarios.

Sin embargo, es necesario procesar las recomendaciones teniendo en cuenta las desventajas que enfrentan las mujeres en un sistema patriarcal, en lo que concierne a la división genérica del trabajo, las políticas del Estado y las relaciones del mercado, ya que éstas constituyen serios obstáculos para conseguir la equidad entre mujeres y hombres (Vázquez 2003). Sin este tipo de consideración, las recomendaciones pierden sentido, ya que serán llevadas a cabo como meras concesiones hacia las mujeres o como manera de

¹⁸ Lo resalto porque tal y como recoge el informe de la CEDAW (2002) para el Ecuador; “la participación femenina en el trabajo se ha incrementado con el tiempo, sin que esto signifique que lo hace en iguales condiciones que el hombre”.

ejecutar proyectos ambientales “políticamente correctos” de cara a la búsqueda de financiamiento.

Para iniciar el proceso, tomar nota...

En las convocatorias públicas de los programas lo ideal es garantizar vías de difusión que lleguen a las mujeres y no sólo a los hombres (afiches pegados en lugares públicos, reuniones comunitarias a las que asistan mujeres y hombres, comunicación directa a través de líderes y lideresas, etc.). Tal y como se comentó en el apartado de los factores inhibidores, ni las familias ni las comunidades son unidades homogéneas y armónicas.

Aunque no se pueda garantizar totalmente la presencia de mujeres en los procesos de selección de guardaparques, se las debe estimular directamente y animarlas para que postulen. Esto se puede conseguir mediante actividades concretas como: formación de grupos de mujeres candidatas, charlas de mujeres guardaparques sobre su trabajo, talleres sobre empoderamiento y autoestima, análisis de las barreras que atraviesan las mujeres para participar; etc.

1.2 A la hora de capacitarse...

Es importante que haya facilitadores de ambos sexos, pues numerosos autores y autoras coinciden en afirmar que las mujeres de diversas culturas de todo el mundo se sienten más cómodas conversando con otras mujeres (Rojas 2000). Y es posible que con los hombres ocurra algo parecido.

En base a lo aprendido durante el proceso liderado por Randi Randi y tal y como han reconocido todas las personas entrevistadas, se debe incluir al menos un módulo de género en la formación del equipo de guardaparques y encargar a especialistas que lo impartan. Este módulo debería “servir” para reflexionar sobre las relaciones entre hombres y mujeres y sus implicaciones, así como para impulsar la toma de conciencia y convertirse en motores de cambio hacia modelos de género más justos y equitativos, a través del trabajo como guardaparques.

Las capacitaciones son importantes debido a que las personas guardaparques no sólo realizan tareas de vigilancia y control, sino también de edu-

cación y sensibilización ambiental. Son una suerte de puente entre el área protegida y la población que la habita y realizan una importante labor en pro de un desarrollo sostenible. El enfoque de género ayuda a entender las diferentes relaciones que entablan hombres y mujeres de distinta condición con el área protegida, lo que es de suma utilidad para buscar soluciones a los conflictos ambientales que surjan. Además, la formación en género permite que, a través del programa, no se transmitan ni perpetúen las mismas prácticas sexistas que impiden el avance hacia la igualdad de género y que precisamente estamos tratando de evitar.

Siempre que sea posible, las capacitaciones deben tener lugar en horarios compatibles con los trabajos productivos y reproductivos de las personas; es conveniente contratar servicios de guardería para facilitar la asistencia de padres y madres con hijos a su cargo.

1.3 ¡Y ahora...a trabajar!

En el diseño de las condiciones laborales del equipo de guardaparques sería recomendable considerar una licencia tanto por maternidad como por paternidad. De esta forma se cambiaría el estereotipo de las mujeres como las únicas responsables del cuidado de hijos e hijas, y se evitaría su minusvaloración en el ambiente de trabajo por el hecho de ausentarse en caso de embarazo; además se estaría mostrando el valor social de la maternidad y fomentando la maternidad y la paternidad responsables, tal y como recoge la Constitución Ecuatoriana de 1998 (CEDAW 2002). Esto se alentaría igualmente aumentando la bonificación económica percibida por hijo o hija a cargo de la persona guardaparque.

En la compra o elaboración de uniformes para el equipo de guardaparques no se aconseja tomar el modelo masculino como neutral. Deben adquirirse prendas cómodas, unisex, y que sean del agrado tanto de los hombres como de las mujeres.

1.4 Y del principio al final, como eje transversal...

Para que el programa de guardaparques sea incluyente en todas las fases de su ciclo, es crucial que la estrategia de difusión, sensibilización y comunicación

que se adopte tenga enfoque de género desde su inicio. Así, en los afiches y textos de la convocatoria debe hacerse referencia específica a mujeres guardaparques, a través de fotos y en el texto; de la misma manera, el material empleado en las capacitaciones, máxime si es diseñado especialmente para ellas, debería contener imágenes que no muestren estereotipos de género, sino que ilustren a hombres y mujeres realizando tareas distintas a las tradicionales, que aparezcan personas y paisajes propios del entorno cultural, etc. Además, es preciso tener en cuenta que en los materiales de difusión del área natural protegida (folletos, afiches, pegatinas, etc.) aparezcan imágenes o dibujos de las mujeres entre el equipo de guardaparques comunitarios para que no queden invisibilizadas.

Es vital que se emplee siempre un lenguaje no sexista, ya que supone un avance con respecto al tradicional (aunque al principio su uso sea complicado, inadecuado e incluso molesto) ya que permite el reconocimiento de todas las personas, indistintamente de su sexo, creando buenas condiciones para su participación y empoderamiento.

Asimismo, se debe favorecer el encuentro entre mujeres guardaparques de distintas zonas del Ecuador y de países latinoamericanos organizando reuniones, congresos, seminarios, talleres, etc. Se conseguiría así visibilizar y valorar la importancia de su trabajo en el manejo de las áreas protegidas. Igualmente aumentarían la confianza y la conciencia de las mujeres sobre sus derechos lo cual ayuda a que vayan adquiriendo voz propia en asuntos ambientales.

Papel de las mujeres en la conservación de áreas protegidas

Mi segunda intención es ir más allá del nivel puramente práctico y “aprovechar” esta iniciativa para ahondar la reflexión entre las personas con competencias en la gestión comunitaria de áreas protegidas sobre el papel de las mujeres en ella.

Uno de los temas que me gustaría resaltar, y que he tocado anteriormente, tiene que ver con hasta dónde deben las ONG e instituciones considerar y tratar de influir en las relaciones de poder que se dan en la familia en tanto que obstaculizan el empoderamiento de las mujeres y su participación en asuntos ambientales. Otra cuestión importante en futuros estudios sobre género y ambiente es el papel que juegan las madres solteras en el

trabajo ambiental de sus comunidades.¹⁹ Además de ser un trabajo precioso, arrojaría claves novedosas para la gestión comunitaria de recursos naturales y pondría de manifiesto un hecho bastante extendido pero poco reconocido y “desaprovechado” por algunas ONG e instituciones, que continúan organizando la participación según modelos familiares convencionales (Paulson 2007).

Para acabar, sería bueno que esta experiencia sobre la mujer guardaparque en la Reserva Ecológica El Ángel provocase una reflexión profunda sobre el papel de las mujeres en la gestión de las áreas protegidas. Es decir, aunque es muy necesario que ellas estén en los niveles de ejecución, donde se controla el estado de los recursos naturales y donde se hace sensibilización a la población que habita el área, como es el caso del programa de guardaparques, esto no es suficiente para garantizar una gestión verdaderamente democrática y con enfoque de género. Para ello se hace necesario que la participación sea más amplia y que también haya mujeres en los espacios donde se toman las decisiones: donde se discute qué especie es importante conservar; cuándo se puede cazar y cuándo no o cómo emplear los fondos recaudados con las visitas al área. Este es un gran reto que todas las personas interesadas en el campo del género y el ambiente tenemos por delante.

¹⁹ Comentario verbal de Susan V. Poats, Quito, 2006.

Cuerpos sexuados en el paisaje

Por Susan Paulson

Resumen

En este artículo Paulson despliega una mirada crítica sobre las huellas dejadas por el género y la sexualidad en los paisajes biofísicos e intelectuales del Ecuador; las discrepancias observadas entre las ideologías y las prácticas de género; las posibilidades y los peligros de transgredir las fronteras del género y la sexualidad; y, el impacto de las fuerzas históricas sobre las realidades de género y ambiente. Interpreta asimismo, los resultados de estudios recientemente realizados en el Ecuador; de cara a las investigaciones y teorías desarrolladas en América Latina y en otras partes del mundo.

Abstract

This critical reflection on Ecuador's gendered landscapes, both physical and intellectual, reveals dramatic discrepancies between gender ideologies and gendered practices, raises possibilities and dangers of transgressing gender and sexual frontiers, and explores impacts of historical forces on gender and environmental realities. Results of recent Ecuadorian studies are interpreted in the context of research and theory developed across Latin America and around the world.

Este ensayo explora tendencias y preguntas conceptuales del campo de género y ambiente, iluminadas por varios estudios realizados en el Ecuador desde principios del siglo XXI. Los temas tratados incluyen las relaciones dialécticas –y a veces contradictorias– entre los imaginarios ideológicos y las realidades prácticas; la organización y significación del paisaje biofísico a partir de los sistemas de género y sexualidad; las posibilidades y riesgos de moverse a través de espacios marcados por el género social; algunos supuestos y visiones culturales que están detrás de los conceptos y métodos científicos; el cuestionamiento de categorías de análisis convencionales como “la familia”, “el hombre” y “la mujer”; los impactos históricos coloniales, modernos, globales; y, finalmente, nuestras posibilidades de impactar en los procesos históricos en los cuales se desarrollen nuevas realidades ambientales y de género.

I. Ideologías y prácticas

En el libro *Huellas de género en el mar, el parque y el páramo* se reúnen varios estudios recientes sobre las relaciones entre género y ambiente, las mismas que toman en cuenta roles y actividades prácticas, asociaciones simbólicas, paisajes físicos e intelectuales que no son isomorfos. Especial interés revisten las situaciones en las cuales las representaciones ideológicas no parecen corresponder a los arreglos prácticos. Todo acto humano es material y significativo a la vez. Lo fascinante y creativo de las culturas humanas radica en las relaciones dialécticas entre los imaginarios ideológicos y las realidades materiales. Los estudios que conforman este libro llaman la atención por las disyunciones entre los discursos simbólicos sobre el género social y el ambiente que se escuchan en determinados contextos, y las prácticas empíricas observadas por las investigadoras. Si bien esas aparentes discrepancias pueden ser consideradas como “falsa consciencia” (siguiendo a Marx), “hegemonía” (según Gramsci) o “ideología patriarcal” (en la crítica feminista), lo interesante es preguntarse cómo y por qué funcionan de esa manera y qué implicaciones tienen para la gestión ambiental y los sistemas sociales.

La investigación de Alexandra Costales demuestra que mientras la gente de la sierra ecuatoriana habla y piensa utilizando el binario hombre-fuerte/mujer-débil, en la práctica muchas mujeres indígenas de Angla se muestran fuertes, valientes y son reconocidas por estos atributos. La vinculación ideo-

lógica construida entre mujer, debilidad y cobardía no está únicamente presente en la concepción de salud y enfermedad, sino en otros aspectos culturales como el trabajo agropecuario. Según el discurso de la gente indígena de Angla, lugar donde Alexandra realizó su estudio, las mujeres sólo deben hacer las actividades menos pesadas como cosechar y sembrar. No obstante, en la práctica, ellas realizan todas las tareas agropecuarias incluso las más pesadas. Es más, la misma gente del lugar afirma que, en general, ellas se dedican más a las labores agrícolas que los hombres, quienes frecuentemente migran y trabajan en otras actividades.

El estudio de Saraswati Rodríguez contribuye a desconstruir otra de las polaridades que comúnmente aparecen en el campo de género y ambiente: la representación mujer-playa/hombre-mar que domina la ideología costeña. En los Ciriales, la comunidad estudiada, ella observa que mientras los discursos sociales definen al hombre como pescador y a la mujer como madre de familia, en la práctica hay mujeres que entran a pescar en el mar con regularidad y desde hace años. Mientras que en la pesca de sardinas rige la norma de hombre en el mar a pescar y mujer en la playa a descabezar, la pesca de camarón tiene otra organización social; en ésta participan el padre, la madre, las hijas y los hijos desempeñando múltiples tareas en los dos espacios ambientales: mar y tierra.

La ecología política feminista es un marco teórico y metodológico que ayuda a ver las relaciones entre los roles prácticos del manejo de recursos naturales, los significados simbólicos y la distribución del poder de decisión, a fin de analizar el impacto de tales relaciones en las situaciones humanas y naturales (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari 1996; Paulson y Gezon 2004). Siguiendo esta línea, Nadia Ruiz arguye que “En cualquier sociedad, el género es un sistema que determina el acceso y control sobre la tierra, el trabajo, los recursos, las instituciones y los servicios”. Las voces recogidas en este libro demuestran que tanto los hombres como las mujeres de las comunidades estudiadas sostienen que ellas son débiles, que no son pescadoras ni agricultoras, que no tienen la fuerza necesaria para ser guardaparque. A la vez, los estudios describen la participación activa de mujeres y hombres en el uso de los recursos naturales: la agricultura en Angla, la pesca en los Ciriales, el cuidado de los páramos en el Carchi, y el uso del parque Metropolitano de Quito. Lo que parece una contradicción sin duda tiene su por qué.

¿Es que las prácticas discursivas en las cuales las mujeres no son nombradas ni agricultoras, ni pescadoras ni guardaparques limitan su acceso al poder

y prestigio en esos ámbitos? ¿O es que las designaciones ocupacionales tienen menor significado para las mujeres, puesto que sus identidades están más relacionadas con la de ser mujeres y madres, que con el desempeño de ocupaciones específicas? ¿La aceptación tácita de que las mujeres trabajan en la agricultura, la pesca y la silvicultura sirve para maximizar la explotación de su trabajo? ¿O, al contrario, tal aceptación permite a las mujeres tener un mayor grado de libertad? Las evidencias presentadas en este libro sugieren que esas tendencias coexisten provocando, a veces, una fértil tensión.

Las ideologías de género frecuentemente defienden el *status quo*, se resisten al cambio e, inclusive, nos pueden llevar a negar o desconocer cambios reales en el mundo. Nadia Ruiz cuenta que “Todas las personas consultadas han coincidido en señalar al machismo imperante en sus comunidades como una de las mayores dificultades para que haya mujeres guardaparques”. Siguiendo a Victoria Sau (2001), Ruiz define el machismo como una actitud personal expresada por medio de actos físicos o verbales, que se apoya en un sistema social: el sexismo. Éste último es aquel conjunto de mecanismos propios de la estructura social del patriarcado que mantienen la situación de inferioridad, subordinación y explotación de mujeres. Las actitudes machistas que invisibilizan ciertas actividades productivas-ambientales realizadas por las mujeres, y que condenan o ridiculizan ciertas acciones no-normativas cuando son ejecutadas por hombres, funcionan para impedir que nuevos modelos de hombre y de mujer surjan en la sociedad y, junto con ellos, nuevas maneras de interactuar con el ambiente. Todos los casos estudiados demuestran que cuando los contextos sociales e históricos cambian, las actividades y roles de la gente también cambian. Aquellas actitudes que desconozcan o descalifiquen ciertas innovaciones pueden dificultar el desarrollo de una mayor participación y responsabilidad compartidas, esencial para la conservación comunitaria y una gestión ambiental co-responsable.

Al mismo tiempo es imprescindible considerar las ideologías de género y ambiente que promueven y reconocen la participación de todas y todos y el beneficio que de allí se desprende. Tenemos mucho que aprender de las culturas tradicionales que sobrevivieron por siglos gracias a cosmovisiones y prácticas que garantizan el acceso de todas las mujeres y todos los hombres, y que promueven la sustentabilidad de los recursos. Al final de este ensayo, consideramos algunas visiones actuales que promueven el balance armonioso entre los grupos humanos y los recursos naturales en el siglo XXI.

2. Paisaje biofísico

Mirar críticamente las relaciones entre los seres humanos y los recursos naturales revela que los sistemas de género y sexualidad comprenden no sólo los cuerpos humanos sino también los paisajes a su alrededor. En la sierra, por ejemplo, Alexandra Costales reporta que “En la visión local, la naturaleza es sexuada: hay cerros femeninos, otros masculinos, otros con una dualidad sexual, existen amoríos entre ellos; también las quebradas, los *puquios* son masculinos y/o femeninos y se enamoran de muchachas o muchachos reteniéndoles a su lado. Todo esto es parte del sistema de género que integra a humanos con elementos que nosotros identificamos como naturales y sobrenaturales”.

Si hay fenómenos y lugares naturales identificados como masculinos y femeninos, también hay espacios pertinentes a diferentes categorías humanas. A los cuerpos que pasan por determinados espacios se les asignan ciertos significados de género y sexualidad. La asociación simbólica entre unos espacios y una identidad sexual/de género deshonrada es un hilo común en las investigaciones en el Ecuador, donde parece funcionar para limitar el acceso a determinados espacios por parte de aquellos grupos de personas que quieren mantener una buena reputación. Alexandra Costales demuestra que en la sierra existe una conexión entre la honra familiar y la demarcación del movimiento de las jóvenes a un área determinada; esto informa su interpretación de las concepciones de salud y enfermedad, las mismas que incorporan tabúes que impiden el acceso de ciertos grupos humanos a determinados espacios ecológicos. De esta manera los tabúes actúan como mecanismos de control sobre la sexualidad y la identidad. Saraswati Rodríguez observa que en la costa, “Desde el punto de vista de los pescadores, la mujer que se atreva a trabajar en una embarcación sardinera estaría resuelta a brindar favores sexuales, y pese a que esto no sea así, la población en general lo asume como tal”. En Carchi, un comentario insinúa que Ana, la guardaparque, es adúltera por el hecho de entrar en el páramo con colegas casados. Según una de las entrevistadas, hasta las reuniones de gestión ambiental comunitaria son lugares problemáticos para mujeres casadas.

Hay organizaciones que sí se organizan las mujeres con los hombres pero no funcionan. No es porque las mujeres no quieran asistir, sino por el problema que tienen con los cónyuges en casa. Porque si se van a una reunión al regresar tie-

nen problemas. 'Dónde estuviste, cuánto tiempo te estás, y en qué pendejadas estás'. Y para no tener problemas, las mujeres dicen: 'yo mejor me retiro'. Y se quedan dos o tres nomás y ahí ya no hacen nada.

Los significados de género no sólo tienen que ver con el espacio en abstracto, sino con el espacio relativo a otros seres, por ejemplo, la distancia física entre una mujer y sus hijos e hijas. Nadia Ruiz observa que no significa lo mismo para un hombre dejar a sus hijos e hijas con su esposa, hermana o madre, que para una mujer dejarlos con familiares. Para Ana, el hacerlo le genera sentimientos de culpa, además de que no está totalmente aceptado por los demás.

Las representaciones científicas de los espacios físicos y las normas sobre su uso también están pobladas de cuerpos sexuados y con género, muchas veces implícitamente. Cristina Vera arguye que ciertos modelos de la economía ambiental representan un mundo de seres masculinos, y que ciertas políticas económicas influyen en el tipo de cuerpos que habitan los espacios ambientales. Aunque a primera vista su análisis de valoración contingente del Parque Metropolitano de Quito sugiere que las mujeres valoran menos el espacio natural, luego la economista demuestra que existe una correlación entre su menor voluntad de pagar y un ingreso económico menor que el de los hombres, lo cual sugiere que la capacidad de pago de la entrada influye en la valoración que las mujeres expresan del espacio natural. Así, si el municipio cobrara entrada a ese Parque, probablemente disminuiría el número de cuerpos femeninos que accederían a este espacio natural.

Existen patrones diferenciados no sólo en las categorías de las personas que utilizan un espacio físico, sino también en la circulación de cuerpos dentro de un mismo espacio. Los estudios anteriores al de Vera revelaron las tensiones con respecto a qué cuerpos deberían tener un lugar privilegiado en el Parque Metropolitano. Por ejemplo, Gómez (2001, 42) observó rivalidades entre corredores, caminantes y ciclistas, cada cual tratando de tener derecho sobre los senderos; también entre los visitantes que llevan mascotas al Parque, y los que no quieren ser molestados por perros.

Finalmente, el ambiente físico tiene impactos diferenciados sobre las distintas categorías de personas. En un estudio sobre los impactos de la contaminación del aire en la ciudad de Quito, Jacqueline Contreras (2006, 71) encuentra que "Desde un punto de vista de género, los efectos de la contaminación del aire afectan más a las mujeres que a los hombres, y desde un pun-

to de vista de clase afectan más a los hombres y las mujeres pobres.” Los hogares con menos recursos económicos tienen dificultades para mudarse de un barrio contaminado; dentro del espacio contaminado “son las mujeres las que, además deben extender e intensificar su jornada de trabajo para ayudar en la recuperación de las personas enfermas, y para limpiar y mantener los muebles y enseres que permanentemente se ensucian por el humo” (2006, 83).

En suma, la identidad de una persona influye en los espacios que puede habitar o transitar. Y los espacios por los cuales una persona transita influyen en su identidad social y en su cuerpo físico.

3. Transitar los terrenos de género

¿Qué pasa cuando las personas se mueven a través de espacios que no corresponden a sus identidades? Tres de los estudios de caso presentados en este libro describen a mujeres que se desempeñan en espacios simbólicamente asociados a los hombres: en los trabajos agrícolas, como guardaparque y en la pesca marina. Tomando en cuenta la gama de reacciones, los tres estudios sugieren que estas mujeres son respetadas por su trabajo, aunque también criticadas por sus transgresiones. Al mismo tiempo es claro que estas mujeres no adquieren la misma identidad vocacional que tiende a ser asociada con hombres que trabajan en estos espacios.

Las observaciones de Alexandra Costales sobre las indígenas serranas que “ayudan” en la producción agropecuaria (a tiempo completo), hacen eco del artículo de Jenny Pontón (2006) “El trabajo femenino es solo ayuda”, realizado en una comunidad ubicada en los límites entre la sierra y la costa del Ecuador; donde “Hombres y mujeres están de acuerdo en que ellas participan activamente en todas o casi todas las etapas del ciclo productivo de cacao. Inclusive, según los testimonios, ellas intervienen aún más que los hombres, debido a que muchos salen a trabajar como jornaleros u obreros... Sin embargo, en los casos citados se considera su labor como una “ayuda” al trabajo de los hombres” (2006, 53).

Saraswati Rodríguez cuenta que las mujeres que entran al mar son respetadas por mostrar características consideradas masculinas: fuerza para levantar las redes y para la captura, coraje para vencer el miedo al mar, y conocimiento de la vida marina. Un pescador comenta, “Ellas se ponen su overol

y botas y están listas para entrar a pescar, son fuertes, como hombres mismos . . ." (Don Eloy, 45 años). También en la pesca, su trabajo es representado como "ayuda" al esposo o a la familia. Rodríguez resalta esta tendencia discursiva en la cual las capacidades y los conocimientos de las pescadoras "se ven invisibilizados ante la condición de ser mujer; es decir, su cuerpo sexuado es más importante que sus actividades en el mar."

Entiendo la preocupación de Rodríguez por una situación en la cual la identidad social de una mujer parece estar construida más en relación con sus órganos sexuales que con sus logros personales o su trabajo productivo. También veo la otra cara de la moneda: aquella en la cual la identidad atribuida a la mujer como esencia inherente le otorga cierta libertad para realizar una gran variedad de actividades prácticas, sin poner en riesgo su identidad de género. Ser fuerte como hombre y pescar en el mar no parecen desplazar la identidad femenina; las pescadoras siguen siendo identificadas como "mujeres" o "madres de familia". Aprecio esta libertad sobre todo cuando pienso en situaciones en las cuales los hombres tienen poca oportunidad de salirse de las actividades y características consideradas "masculinos" sin poner en riesgo su identidad básica: ser hombre. En tiempos de crisis económica, por ejemplo, las presiones culturales en algunas comunidades virtualmente prohíben al hombre desempleado asumir las tareas domésticas de su familia. Si no tiene empleo, él se siente menos masculino. Ayudar en la casa amenazaría aún más dicha identidad. Más bien, él se siente presionado a recuperar su masculinidad en el bar o en la conquista sexual.

Alexandra Costales arguye que "es más fácil que una mujer realice actividades consideradas masculinas pues con ello no pierde su feminidad ya que su identidad de género es un estado de ser antes que de hacer, mientras que los hombres deben mostrarse como tales a través de sus actos". Con seguridad, mientras las mujeres en estos tres casos presentados ganan respeto ostentando estereotipos masculinos, se han publicado pocos casos en América Latina en los cuales los hombres ganen respeto mostrando atributos considerados femeninos.

Un análisis de discurso muestra esa tendencia a representar a los hombres más en relación con su quehacer (guardaparques, pescadores, agricultores, migrantes) y a hablar de las mujeres más en referencia a su ser y su familia (mujeres, madres, esposas). Mientras ellas son identificadas como "mujeres", a pesar de realizar importantes actividades asociadas con la masculinidad, ellos no son considerados "hombres" si no realizan actividades masculini-

nas, peor aún si realizan actividades femeninas. Así, las mujeres sufren porque el trabajo productivo-ambiental no les otorga prestigio público y poder de decisión, mientras los hombres sufren porque la amenaza de ser tachado “no hombre” no les permite incursionar en una gama de actividades y espacios asociados a la feminidad.

En un taller sobre masculinidades realizado en Bolivia, Jimmy Tellería y Henry Pers López (1996) recolectaron testimonios de hombres que recuerdan haber sido amenazados y castigados por mostrar apenas una característica interpretada como femenina. Unos contaron que sus padres los llamaron “maricón” por entrar en espacios de mujeres o mostrar emociones asociadas con mujeres. “Cuando se cae un niño le decimos ‘no llores se macho’, si es niña le decimos ‘mamita pobrecita’” (1996, 26). “El hombre tenía que estar olor a sudor, pólvora, tierra y tabaco, la mujer olorosa como una flor” (1996, 19).

Otro ejemplo proviene de Iquitos, Perú, donde facilité un curso sobre género y ambiente dirigido a ingenieros forestales. Hacía el final de 15 días de talleres, visitas al campo y análisis de los conocimientos y prácticas ambientales entre diversos hombres y mujeres de la zona, uno de los participantes dio el siguiente testimonio.

Está bien trabajar con las mujeres y los hombres en el bosque. ¿Y si yo tengo mis propios problemas de género? Tener una profesión y mantener a la familia me hace un buen hombre. Al casarme todo fue bien. Yo ganaba bien, mi esposa atendía la casa y nuestros dos hijos. En los últimos años, la situación económica está cada vez peor y mi esposa tuvo que buscar trabajo. Ahora ella llega del trabajo, atiende a los hijos, sirve la cena y cae en la cama exhausta. Cuando mi mujer no quiere hacer el amor conmigo, me hace sentir menos hombre. Yo trato de ayudarla, pero cuando me ven con actividades femeninas, los demás me llaman de maricón y me hacen sentir menos hombre. Cuando yo estaba colgando la ropa, un vecino pasó y me dijo ¿Qué te pasa mandado, ya estás lavando las medias de tu esposa? Mi suegra insinúa que su hija se ha arruinado por no casarse con un hombre de verdad que pueda mantener a la familia. Mi madre critica a mi esposa por no cumplir sus tareas domésticas, obligándome a realizar labores castrantes. Así que estoy en una situación de género donde un hombre no puede ganar.

En resumen, las expectativas culturales de género organizan el acceso de diferentes grupos de género a diferentes espacios y actividades en el paisaje físico. Al mismo tiempo, las maneras en que los cuerpos sexuados habitan y

transitan el paisaje influyen en las identidades de género. Uno de los resultados más interesantes de los estudios contenidos en este libro es descubrir que la relación identidad-ambiente es diferente para diferentes grupos de género no sólo en términos de contenidos (cuáles espacios ambientales transitan, cuál trabajo realizan con cuáles recursos naturales), sino también en las reglas del juego que rigen sus identidades. Los ejemplos sugieren que ocupar ciertos espacios de género otorga más prestigio simbólico a los hombres que a las mujeres, mientras ciertas expectativas de género permiten más libertad práctica a las mujeres.

4. Paisaje científico-intelectual

El paisaje científico-intelectual es una parte vital de la relación género-ambiente pocas veces considerado en las iniciativas técnicas y en las políticas públicas. En su artículo "Alicia en el país de la biodiversidad", María Cuvi (2006) identifica que uno de los desafíos más profundos que enfrenta el trabajo con género y ambiente en el Ecuador es el predominio de los principios de neutralidad y objetividad en los currículos universitarios y la investigación científica. Cuvi observa que "Estos principios impiden a docentes, hombres y mujeres, tomar conciencia, tanto del carácter androcéntrico de la ciencia que practican, como de la interrelación entre las relaciones de género y el resto de las relaciones sociales" (2006, 107). Reconociendo que toda ciencia es influida por su contexto histórico-cultural, y que todo contexto histórico-cultural está organizado y significado en términos de género, aquí damos pasos para tomar conciencia de los supuestos, sesgos y visiones culturales que están detrás de algunos conceptos y métodos científicos.

Cristina Vera responde a este desafío con una reflexión crítica sobre los conceptos y métodos de la economía ambiental que ella misma aplicó en su investigación de tesis. Más allá del sesgo de imaginar al *homo economicus* como ser masculino, ella apunta las limitaciones de verlo como actor-individuo motivado por su propia razón, y no como parte de un sistema integrado por actores interdependientes entre sí y diferenciados en términos de aspiraciones, conocimientos, derechos y acceso a recursos. "La valoración económica del ambiente se basa en la medición del cambio en el bienestar del 'individuo' frente a los cambios de la calidad ambiental . . . los bienes consumidos por un 'individuo' contribuyen a su satisfacción, bienestar o utilidad según el

argot económico. Lo anterior significa que se excluye sus preocupaciones por la satisfacción o los sufrimientos de otras personas, pues no están dentro de su función de utilidad (Cobb y Herman 1993)".

Un paisaje intelectual que torne más visibles las dinámicas de género en las cuales las valoraciones, decisiones, acciones no son únicamente cuestión del individuo, ni siquiera del individuo diferenciado, sino partes interrelacionadas de un sistema dinámico, daría lugar a diferentes conceptos y métodos de investigación, y produciría diferentes resultados científicos y diferentes políticas e iniciativas ambientales.

Ciertas características del paisaje científico-intelectual contribuyen a reproducir ideologías de género que desmienten la evidencia empírica. Un lugar donde la discrepancia es dramática es entre el modelo de familia que domina la investigación y los proyectos ambientales, por un lado, y las realidades familiares documentados en los censos y los estudios de campo, por el otro.

En los años noventa del siglo XX hubo reformas en las Constituciones de nueve países latinoamericanos, en las cuales se los definieron como sociedades multiculturales y pluriétnicas; también hubo reformas educacionales y campañas de comunicación social, a través de las cuales se visibilizaron la diversidad lingüística y cultural de la región. No obstante, la idea uniformadora de "la familia", como si ésta estuviera conformada solo por una pareja heterosexual casada con hijos e hijas legítimos-as, sigue presente en una diversidad sorprendente de fuentes: el código familiar; la catequesis y los sermones; los movimientos indígenas que idealizan "la complementariedad andina"; las organizaciones feministas que ubican la opresión de las mujeres en las relaciones conyugales; y los programas nacionales e internacionales de desarrollo que utilizan a la familia nuclear como unidad de análisis, beneficio y evaluación.

Este imagen se refuerza por lo que Arjun Appadurai llama "*mediascapes*" (1996) en las cuales los productos de consumo, televisión, radio, incluso útiles escolares, presentan imágenes de las familias que van desde los Picapiedras prehistóricos hasta los Simpsons contemporáneos y los Supersónicos del futuro, todas constituidas por un matrimonio monogámico con hijos e hijas legítimos-as que viven en una casa unifamiliar; protegidos por un amado perrito o dinosaurio. Estos discursos potenciados por los medios masivos de comunicación social oscurecen las realidades de la mayoría de los hogares del continente americano, que no está constituida por familias nucleares. The

Fact Book (2008) informa que, entre los hogares urbanos, sólo el 31,8% en Venezuela y el 11,7% en Argentina son familias nucleares. El Censo de EEUU 2002 indica que el 23% de los hogares está constituido por una pareja casada con hijos e hijas, y que sólo el 7% de los hogares de ese país son conformados por una pareja casada con hijos-as en que sólo el hombre trabaja (estilo Supersónicos o Simpsons). En el censo realizado en Bolivia en 2001, el 32% de los hogares es nuclear (Bolivia, INE s/f, 64).

Un ejemplo de Bolivia demuestra cómo un modelo conceptual puede influir profundamente en los arreglos materiales de control y acceso a los recursos naturales. El Decreto Ley de Reforma Agraria de 1953, Capítulo I, artículo 77 declara que: "Todos los bolivianos, mayores de 18 años, sin distinción de sexos, que se dediquen o quieren dedicarse a las labores agrícolas, serán dotados de tierras donde existan disponibles de acuerdo a los planes del Gobierno, y siempre que en el término de dos años implanten trabajos agrícolas." A pesar de este decreto y desconociendo el hecho empírico de la participación muy activa de las mujeres en la producción agropecuaria, el concepto de género y familia que dominó el paisaje científico-intelectual contribuyó a que casi todos los títulos fueran inscritos a nombre de los hombres. En el mismo período, el Ministerio de Asuntos Campesinos organizó sindicatos campesinos constituidos por personas oficialmente designadas "hombres jefes de familia". En estos arreglos se limitó el acceso de las agricultoras a la tierra y a la participación en las decisiones comunales sobre la gestión ambiental, a lo que ellas pudieran conseguir a través de sus parejas sexuales, un cambio significativo frente a otros sistemas culturales de acceso y gestión de los recursos naturales, en los cuales mujeres y hombres han jugado roles activos y distintos (*aini, mink'a*, parentesco, compadrazgo).

Durante las décadas de 1970, 80 y 90, los impactos locales de estas políticas de titulación de tierra y organización sindical se multiplicaron debido a que las agencias de desarrollo prefirieron trabajar con los sindicatos campesinos y vincular su apoyo técnico y financiero a la tenencia de la tierra. Detrás de estas decisiones vitales está el supuesto universal de la familia nuclear encabezado por un jefe, supuesto que contrasta marcadamente con los datos del censo nacional de 2001 antes mencionados en que menos de la tercera parte de los hogares está constituida por familias nucleares.

En mi análisis de una serie de proyectos agrícolas que promovieron la expansión e intensificación de la producción comercial en las parcelas privadas, constato que hubo una tendencia orientada a fortalecer las familias más

normativas y ricas a través del apoyo a sus jefes (Paulson 2007). Irónicamente, las iniciativas de “mujer y desarrollo” introducidas en los años noventa del siglo XX, a veces profundizaron esa tendencia, ya que las oportunidades de capacitación, crédito, y tecnología estuvieron diseñadas para servir a las mujeres de esas mismas familias normativas. El doble apoyo externo permitió que determinadas parejas pudieran expandir su frontera agrícola, cultivar más terreno y utilizar más agua. Este proceso tuvo costos ambientales no deseados a varios niveles; en particular socavó los recursos comunales, fuente de vida de muchas familias menos ricas y normativas, quienes se habían ganado la vida a través de actividades que dependían de recursos comunales, por ejemplo pastoreando el ganado de otras familias o recolectando leña para vender.

A fines del siglo XX este fenómeno se generalizó tanto que surgió otra onda de “mujer y desarrollo” dedicada a “la pobreza extrema” y “las mujeres más vulnerables”, entre ellas “las madres solteras”. Desafortunadamente, ante la ausencia de un análisis crítico de los supuestos de género vigentes en el paisaje científico, los proyectos de artesanía y micro-crédito se limitaron a “ayudar” a las personas marginales, en vez de indagar cuáles fueron los modelos de desarrollo que contribuyeron a tal marginalización social y degradación ambiental.

El discurso profesional dominante no representa a las madres solteras como agentes de cambio, sino como un sector vulnerable de la sociedad y la causa del sufrimiento de su familia. Tratar como minusválidos (“incompletos”, “sin cabeza”, “rotos”) a los hogares en los que se percibe la falta de un jefe patriarcal es una actitud curiosa en América Latina, donde la proporción de hogares liderados por mujeres llega hasta el 40% en algunos países. Hace una generación, Elsa M. Chaney (1984) analizó los datos de los censos de 20 países latinoamericanos y encontró que, aproximadamente, el 30% de hogares estaba encabezado por una jefa. Investigaciones recientes encuentran que este porcentaje ha incrementado en la mayoría de esos países (Palloni 1999). Datos para el Ecuador indican que el 18% de los hogares está sostenido únicamente por las mujeres (CEDAW 2002).

El trabajo de Nadia Ruiz apela a una resignificación de la categoría “madres solteras”, tanto en el discurso científico como en el de desarrollo, para identificar a este grupo no sólo como perdedoras o víctimas vulnerables, sino como líderes en el trabajo ambiental de sus comunidades. Las entrevistas realizadas por ella en el Carchi demuestran la presión del esposo y otros

para que una mujer casada se quede en casa. No obstante, Nadia Ruiz considera que la familia actúa, simultáneamente, como inhibidora e impulsora de la participación femenina en el trabajo ambiental. Cada familia es distinta. Ana, la primogénita bien amada, recibió el apoyo familiar para el cuidado de sus hijas y la realización de las tareas domésticas, así como también el apoyo moral. "En las capacitaciones me daba mi tiempo y mis papás en mi casa me han comprendido." Al mismo tiempo, Ana expresa sus desafíos emocionales en las iniciativas que ha tomado: "Dificultad también, por dejar a mis hijas."

En el caso de Ana, ser soltera parece haberle dado más libertad para participar en las reuniones comunales y, después, capacitarse y trabajar. Ella cuenta: "En las comunidades hay mucho machismo. Veo que como no tengo marido, a mí nadie me va a decir '¿a dónde se va?', o '¿con quién se va?' Al mismo tiempo, mujeres como Ana tienen más responsabilidades prácticas, que a veces compiten con las profesionales, ya que estas últimas tienden a ser diseñadas pensando en empleados varones y en horarios de trabajo incompatibles con las necesidades de cuidado de niños, niñas y personas mayores dependientes. Ana señala:

Una madre de familia va a tener limitantes. Hay que tenerlo presente para que el grupo pueda ayudarla. Tiene que cumplir doble rol: como madre y como padre. Tiene que ir a la sesión de sus hijitos al colegio "¿Cómo hago? No puedo". He estado consciente de esto y lo he hablado con los compañeros: "tienen que entender que uno es soltero y el otro es casado. Uno no tiene obligación, no va y punto. El casado tiene un reemplazo".

En sociedades en las cuales una proporción grande de la población económicamente activa no vive en pareja o bajo el modelo de familia nuclear, el predominio de una división de trabajo entre hombre-trabajo productivo/ mujer-trabajo reproductivo, limita no sólo las oportunidades de las solteras, sino también el desarrollo de la sociedad.

Es importante reconocer cuáles características del paisaje intelectual pueden reproducir ideologías de género que no coinciden con las realidades vividas. Tal vez aun más vital es confiar en que al forjar nuevos paisajes intelectuales se puede desmitificar los paradigmas inadecuados y dar cabida a nuevas visiones y acciones. Reconociendo que el incremento de hogares liderados por mujeres es una tendencia importante en casi todos los países en vías de desarrollo, vale la pena resignificar el paisaje intelectual para realzar el potencial de este sector.

5. La cuestión de ¿quién? y la unidad de análisis

Para investigar, analizar o trabajar con género y ambiente necesitamos identificar empíricamente **quién** tiene acceso a los recursos y espacios y a cuáles, **quién** los usa y **quién** decide al respecto. Los censos y encuestas demuestran que “la familia nuclear” no es la unidad de análisis adecuada para estudiar o trabajar con las poblaciones actuales de América Latina. Y la investigación de campo demuestra que, en muchos contextos, las categorías básicas de “hombre” y “mujer” tampoco son las adecuadas para captar las relaciones actuales entre género y ambiente.

El *homo sapiens* manifiesta un dimorfismo biológico relativamente menor, aunque frecuentemente es el que sirve de referente para una construcción simbólica binaria. Sin embargo, en algunas tradiciones socioculturales se incluyen tres o más grupos de género: en Brasil, por ejemplo, el hombre, la mujer y el travestí (Kulick 1998). En otras, las categorías generales comprenden grupos diferenciados –la madre-esposa, la monja y la prostituta– en aquellos contextos latinoamericanos donde las adultas pueden ser divididas en tres categorías exclusivas, cada una portadora de sus propias características de género: distintos espacios residenciales, distintos roles y recursos económicos, distintas actividades productivas y reproductivas, distintas identidades y prácticas sexuales, vestimentas, maquillajes, etc. (Lagarde 2005).

Un estudio reciente sobre los roles de género en la pequeña minería del oro en Zaruma y Portobelo, Ecuador (Betancourt 2007) identifica tres roles principales entre los adultos de esa zona: hombres mineros, mujeres casadas que “ayudan” en la minería y trabajadoras sexuales. El investigador, Sebastián Betancourt, recalca que existe una diferenciación importante en la posición económica de los tres grupos: los hombres que trabajan en la minería del oro son remunerados con dinero que lo reciben ellos mismos; el trabajo de las esposas en esa minería genera dinero que es pagado a sus esposos; las trabajadoras sexuales reciben directamente la remuneración por su trabajo.

En la sierra de Ecuador, Alexandra Costales estudia no solamente las diferencias construidas entre hombres y mujeres, sino también las existentes dentro de cada grupo en relación con las percepciones del ambiente y el acceso diferenciado a los espacios ambientales. Ella descubre que la relación con el paisaje no está organizada sólo por dos categorías de género –hombres y mujeres– sino que las jóvenes forman una categoría de identidad relacionada con la fertilidad, la cual es controlada restringiendo sus movimientos,

mientras las posmenopáusicas y las niñas impúberes tienen otros roles e identidades, las mismas que les permiten acceder a otros espacios; inclusive pueden ir habitualmente a pastar en los cerros y quebradas donde abundan los entes que enferman a las jóvenes.

Además de estar cruzadas por la edad, las categorías culturales de género en Angla también ofrecen caminos individuales alternativos. Alexandra Costales describe a las *huarmi-cari*, "mujeres que se consideran a sí mismas como hombres pues dicen no temerle a nada, inclusive realizan las tareas agrícolas que se supone los hombres deben realizar; esto se debe a que a estas mujeres se les atribuyen características masculinas como el carácter, el coraje o la fuerza". La autora explica que las *huarmi-cari* son más resistentes a todo tipo de enfermedades, tienen más estatus que las otras mujeres y son aptas para ser curanderas o *yachaks*. Otras investigaciones confirman que, a través de los Andes, existen variaciones de la categoría *huarmi-cari*: personas sexuadas como mujeres quienes muestran características físicas y personales consideradas masculinas (fuerza, aguante, coraje, liderazgo).

Aunque nuestros esquemas académicos son binarios y también lo son muchos de los discursos culturales de los grupos estudiados, el funcionamiento práctico de los sistemas de género casi nunca lo es. Observamos que esos sistemas operan en múltiples niveles los cuales no necesariamente se corresponden entre sí; que existe movimiento entre las categorías a través del espacio y del tiempo; y que las identidades expresadas en relación con el ambiente no se encasillan fácilmente en dos categorías. Mientras se van acumulando investigaciones empíricas sobre realidades complejas, desarrollamos conceptualizaciones más matizadas de los sistemas culturales que organizan y dan significado a nuestros cuerpos, ambientes, prácticas, creencias e instituciones.

6. Procesos históricos y fuerzas históricas

Los estudios de género y ambiente en el Ecuador dan a conocer paisajes biofísicos y científicos organizados y significados por género, prácticas e ideologías que no siempre se corresponden entre sí, y una diferenciación compleja de roles y conocimientos relacionados con la sexualidad, el género y el ambiente. Tanta información sobre las realidades actuales merece preguntarse: ¿cómo llegó a ser así?

Siguiendo a Silverblatt (1990), Alexandra Costales interpreta las creencias y prácticas de la comunidad de Angla; las considera el resultado de un sincretismo histórico entre los roles y relaciones andinas prehispánicas y los complejos culturales impuestos por los europeos durante la conquista y la colonia. Notables entre las introducciones coloniales son la conceptualización de la mujer como frágil, débil, permanentemente menor; la vinculación de la honra familiar con la castidad de las mujeres de la familia, y la conexión que establecieron los españoles entre los lugares sagrados y el diablo.

Junto a esta historia temprana es también necesario examinar el impacto del estado moderno, las fuerzas neo-coloniales y los empujes continuos del desarrollo moderno sobre las actuales relaciones género-ambiente. Observamos, por ejemplo, que el desarrollo de la pesca industrial implica no solo un incremento de tecnología e inversión de capital, sino también una jerarquización de roles y una segregación por sexos. Vimos que la expansión de la propiedad privada en Bolivia, mediante la titulación de las parcelas campesinas, concentró la tenencia legal de la tierra en manos de los hombres, y que la implementación del proyecto de modernización agrícola aumentó el poder de ciertos hombres y empobreció a ciertas mujeres. También observamos que junto con la expansión de la migración laboral masculina en el Ecuador y los países vecinos, muchas agricultoras realizan toda la gama de labores agropecuarias, tanto las consideradas "masculinas" como las consideradas "femeninas". Mirando hacia el futuro percibimos que la decisión de cobrar entrada a espacios naturales públicos, como los parques en las urbes, puede influir en la distribución por género y clase de las personas que ahora los disfrutan gratuitamente.

Los estudios comprueban que todo tipo de cambio en la sociedad influye en los sistemas de género y en sus relaciones con el ambiente. Por eso, encuentro ingenua preguntas tales como: ¿Es o no es legítimo que un proyecto de gestión ambiental influya en los roles y relaciones de género? ¿Deben o no deben intervenir las organizaciones estatales y las ONG en las relaciones familiares? Toda intervención externa, independientemente de su propósito, promueve cambios en los roles, relaciones y valoraciones de género y de la familia. La cuestión no es hacerlo o no hacerlo, la cuestión es ser consciente y responsable, o no serlo, de los impactos causados por las intervenciones que hacemos, entre ellos las huellas menos perceptibles e imprevistas que dejan en los terrenos socioambientales. En muchos casos, las instituciones que provocan mayores impactos de género y ambiente son aquellas que

no plantean medidas o estrategias para incidir en los sistemas de género, ya sea porque perpetúan sistemas injustos, o porque introducen nuevas desigualdades de género junto con la provisión inequitativa de conocimiento y tecnología o con el fortalecimiento organizativo de un grupo y no de otro.

¿Cómo concebir y provocar impactos positivos en los procesos históricos? La UICN (Aguilar et al. 2002) considera que la conservación es una oportunidad para promover la equidad, debido a que muchas acciones novedosas para las comunidades, en términos de conservación y manejo de recursos naturales, no han sido clasificadas como pertenecientes a uno u otro grupo. Es cierto, por ejemplo, que el rol del ingeniero forestal y del guardaparque tradicional son trabajos e identidades asociadas con los hombres. Sin embargo, el trabajo de “guardaparque comunitaria” es un rol nuevo que puede ser organizado y significado de muchas maneras. En las visiones ideológicas detrás de la conservación comunitaria, la participación de todas las personas y el beneficio para mujeres y hombres, coincide con el manejo sustentable de los recursos naturales de los cuales toda la humanidad depende.

Las visiones desarrolladas por diversos feminismos y ecologismos pueden motivar cambios en nuestras prácticas cotidianas y decisiones políticas que contribuyan a construir sistemas más equitativos y sostenibles. Especialmente prometedoras son aquellas visiones en las cuales una mayor equidad social y una mejor condición humana están íntimamente vinculadas a cambios en las relaciones con la naturaleza: Joan Martínez Alier (1992 y 2005), Maria Mies y Vandana Shiva (1993), Richard Peet y Michael Watts (2004), Juan José Tamayo (1999), Margarita Velázquez (1996).

Quienes impulsan acciones en pro de la conservación tienen la enorme oportunidad de desarrollar propuestas equitativas de participación que permitan a hombres y mujeres, ricos y pobres, trabajar en igualdad de condiciones en el desarrollo de actividades innovadoras. De esta forma, no sólo se logrará alcanzar los objetivos de conservación, sino que, a la vez, se contribuirá a disminuir la discriminación e inequidad mediante la creación de posibilidades de acceso equitativo a las oportunidades y beneficios de las acciones ambientales.

Las preguntas y perspectivas abiertas por los estudios publicados en este libro tienen gran potencial para influir en los procesos históricos sociales y ambientales del Ecuador. Después de décadas en las cuales, como señalan Susan Poats, María Calderón y María Cuvi (2006, I I), “la mayoría de la investigación en la que se brinda atención explícita al tema de género y ambien-

te, o mujer y ambiente, fue realizada por extranjeras-os, tanto tesis como estudios hechos con financiamiento externos (y de que) los resultados fueron publicados en el exterior en inglés (...) muy pocos han sido traducidos al español y publicados”, el presente libro testimonia un nuevo balance del conocimiento y poder analítico caracterizado por una producción intelectual local, que contribuirá a la construcción de una sociedad y un ambiente más sanos, más equitativos y más sostenibles en el Ecuador.

Bibliografía

- Agarwal, Bina. 2004. El debate sobre género y ambiente: lecciones de la India. En *Miradas al futuro: hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* compilado por Verónica Vázquez y Margarita Velázquez. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Programa de Estudios de Género, Colegio de Posgraduados, Universidad Nacional Autónoma de México y Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, IDRC.
- Aguilar, Lorena, Itzá Castañeda e Hilda Salazar con la colaboración de Guiselle Rodríguez y Jackeline Siles. 2002. *En búsqueda del género perdido: equidad en áreas protegidas*. San José, Costa Rica: UICN/Editorial Absoluto S.A.
- Alberti, Pilar, Elia Pérez y Nidia Hidalgo. 2003. Liderazgo y empoderamiento. En *Microfinanciamiento y empoderamiento de mujeres rurales*, por E. Zapata et al. México: Colegio de Postgraduados en Ciencias Agrícolas, Plaza y Valdés.
- AmeriStat Staff. March, 2003 "Traditional Families Account for only 7% of U.S. Households" PRB (Population Reference Bureau) <http://www.prb.org/Articles/2003/TraditionalFamiliesAccountforOnly7PercentofUSHouseholds.aspx>
- Appadurai, Arjun. 1996. *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Arboleda, María y otros. 2002. Género y ambiente en Galápagos: Roles productivos, reproductivos y comunitarios de las mujeres en relación con los hombres y posición de las mujeres frente a temas ambientales. s/l: Informe de Investigación.
- Azqueta, Diego. 1994. *Valoración Económica de la Calidad Ambiental*. Madrid: McGraw-Hill.

Bibliografía

- Azqueta, Diego. 1996. Valoración Económica del Medio Ambiente: Una revisión crítica de los métodos y sus limitaciones. *Información Comercial Española. Revista de Economía* 751: 41-46.
- Betancourt, Sebastián. 2007. Roles de género en la minería del oro: el caso de Portovelo y Zaruma. Tesis de Licenciatura. Universidad Politécnica Salesiana. Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación, Escuela de Gestión para el Desarrollo Sostenible. Quito.
- Bolivia, Instituto Nacional de Estadística, INE. s/f. Censo Nacional de Población y Vivienda, Resultados Finales. La Paz, Bolivia.
- Carrasco, Cristina. 2003. *Mujeres y Economía: Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*. Madrid: Icaria.
- Cobb, John y Daly Herman. 1993. *Para el bien común: Reorientando la economía hacia la comunidad, el ambiente y un futuro sostenible*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Comisión Económica para América Latina, CEPAL. 1996. Marco Conceptual para la Valorización Económica y Social de los Recursos Naturales y los Impactos Ambientales. Documento de clases del Curso de Economía Ambiental impartido en la Facultad de Economía de la PUCE (Archivo digital facilitado por Cesar Ajamil, catedrático).
- _____. 2006. *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 2006: Estadísticas Sociales*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer, CEDAW. 2002. Informes periódicos cuarto y quinto de los Estados Partes, Ecuador.
- Contreras, Jaqueline. 2006. Percepciones de mujeres y hombres sobre la contaminación del aire en Quito. En *Descorriendo velos en las Ciencias Sociales. Estudios sobre mujeres y ambiente en el Ecuador*, editado por María Cuvi, Susan Poats y María Calderón. Quito: EcoCiencia y Abya Yala.
- Cuvi Sánchez, María. 2001. Imágenes sobre la ciencia en cuatro relatos de vida. En *Género y Ciencia: Los claroscuros de la investigación científica en el Ecuador*, por Silvia Vega, María Cuvi y Alexandra Martínez. Quito: SENACYT, FUNDACYT y Abya Yala.
- _____. 2006. Alicia en el país de la biodiversidad. La investigación sobre género y ambiente en el Ecuador. En *Descorriendo velos en las Ciencias Sociales: Estudios sobre mujeres y ambiente en el Ecuador* editado por María Cuvi, Susan V. Poats y María Calderón. Quito: EcoCiencia y Abya Yala.

- Chaney, Elsa. 1984. Women of the world: Latin America and the Caribbean. Informe: Agency for International Development (IDCA), Washington D.C., Office of Women in Development; Bureau of the Census (DOC), Suitland, MD. d'Avila, Maria Inácia y Naumi de Vasconcelos, organizadoras. 1993. *Ecología, Feminismo, Desenvolvimento*. Río de Janeiro: EICOS-UFRJ.
- Daly, Herman y John Cobb. 1993. La concreción injustificada: El Homo Economicus como base de la teoría de los precios. En *Para el bien común: Reorientando la economía hacia la comunidad, el ambiente y un futuro sostenible*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Davis, Dona y Jane Nadel-Klein. 1997. Gender, Culture, and the Sea: Contemporary Theoretical Approaches. En *Women Working in Environment*, editado por Carolyn E. Sachs. Washington, D.C: Taylor and Francis.
- Dean, Carolyn. 2001. Andean Androgyny and the Making of Men. En *Gender in Pre-Hispanic America*, editado por Cecelia Klein y Jeffrey Quitler. Washington, D.C: Dumbarton Oaks Research Library and Collection; disponible en www.doaks.org/etexts.html consultado el 26 de marzo del 2007 a las 11:30 horas.
- Descola, Philippe. 1996. Constructing natures. Symbolic ecology and social practice. En *Nature and Society Antropological Perspectives*, compilado por Philippe Descola y Gísli Palsson. Londres y Nueva York: Routledge.
- Dueñas, Carmen. 1986. *Historia económica y social de Manabí*. Quito: Abya Yala, Espol, Ceplaes, Ildis.
- Eguiguren, Amparo. 1989. Diagnóstico Socio-conómica de la zona sur de Manabí: Puerto Cayo, Salaite, Pueblo Nuevo, Machalilla, Puerto López, Salango. s/l: Consultoría del proyecto CISP – PMRC.
- England, Paula. 2004. El yo divisorio: prejuicios androcéntricos de las hipótesis neoclásicas. En *Más allá del hombre económico*, editado por Marianne Ferber y Julie Nelson. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Fernández, Inmaculada. 1999. Métodos de Valoración de Activos Ambientales. Curso de Economía Ambiental impartido en la Facultad de Economía de la PUCE (Archivo digital facilitado por Rosa Ferrín, catedrática).
- Fondo de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, FAO. 2003. *Resumen informativo sobre la pesca por países: República del Ecuador*. <http://www.fao.org/fi/fcp/es/ECU/profile.htm> consultado en enero de 2007.

- Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior, FRIDE. 2006. El empoderamiento en desarrollo. *Contexto* n°1 (Madrid, mayo): 1 www.fride.org/download/BGR_Empowerment_ESP_may06.pdf.
- Gómez, David. 2001. El Parque Metropolitano de Quito, su importancia para la ciudad y crítica desde un punto de vista geográfico. Tesis de grado para la obtención del título de licenciatura, Departamento de Ciencias Geográficas y Estudios Ambientales, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.
- Guerrón, Fernando. 1997. Plan de Manejo del Parque Nacional Machalilla. Versión preliminar. Quito: INEFAN, DANVS, UTP.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia y Patricia Vila de Pineda. 1998. Código de Honor. En *Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal. El caso de Santander*. Bogotá: Editorial de la Universidad Nacional de Colombia.
- Hendriks, Anaïs Maya, Consuelo León y Nuria Chinchilla. 2006. Estados de las políticas de conciliación en Hispanoamérica. *Estudio n° 36* (marzo). España: IESE, Business School, Centro Internacional de Trabajo y Familia, Universidad de Navarra www.iese.edu/research/pdfs/ESTUDIO-36.pdf, consultada el 10 de julio de 2006 a las 15:00 horas.
- Ingold, Tim. 2000. *Perception of the Environment: Essays of Livelihood, Dwelling and Skill*. New York: Routledge.
- Instituto Nacional de Pesca, INP. 2005. *Diagnóstico del sector de pesca y acuicultura de la República del Ecuador*. <http://www.INP-DIAGNÓSTICO DEL SECTOR DE PESCA Y ACUICULTURA DE LA REPÚBLICA DE ECUADOR.htm> consultado en febrero de 2006.
- Kulick, Don. 1998. *Travesti: Sex, Gender, and Culture among Brazilian Transgendered Prostitutes*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lagarde, Marcela. 2005. *Los cautiverios de las mujeres/ The Women's Captivity: Madresposas, Monjas, Putas, Presas y Locas*. México DF: Universidad Nacional Autónoma.
- Larrea, Cristina. 2002. "Cosas de mujeres" y "cosas de hombres": género y reciprocidad en el ámbito doméstico sub-urbano de Guayaquil. Ecuador *Debate* N° 56 (Quito, agosto), edición electrónica. <http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/paginas/debate543.htm>, consultado en enero de 2007.
- Martínez Alier, Joan. 1992. *La Economía Ecológica. Al Ecologismo Popular*. Madrid: Icaria.
- _____. 2005. *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Madrid: Icaria.

- Martínez, Alexandra. 2005. Informe de Investigación sobre Género, Poder y Agua en la Subcuenca del Río El Ángel, provincia de Carchi (versión final). Quito: Grupo Randi Randi/Proyecto MANRECUR III – IDRC.
- Mendieta, Pilar. 1995. Lo femenino en las concepciones míticas y religiosas En *Palabras del silencio. Las mujeres latinoamericanas y su historia*, compilado por Martha Moscoso. Quito: Abya Yala.
- Mies, Maria y Vandana Shiva. 1993. *Ecofeminism*. Londres y Atlantic Highlands, New Jersey: Zed Books.
- Moore, Henrietta. 1991. *Antropología y feminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Muñoz, Carmen. 1986. *Enfermedad, daño e ideología: Antropología médica de los renacientes de Pindilig*. Quito: Abya Yala.
- Naranjo Villavicencio, Marcelo Fernando, ed. 2002. *La cultura popular en el Ecuador: Manabí*. Cuenca, Ecuador: CIDAP.
- Ortner, Sherry y Harriet Whitehead. 1981. Introduction: Accounting for sexual meanings. En *Sexual Meanings. The cultural construction of gender and sexuality*, editado por S. Ortner y H. Whitehead. Nueva York: Cambridge University Press.
- Palloni, Alberto. 1999. Prevalence and Patterns of Female-Headed Households in Latin America: 1970-1990 (with E. Arias). *Journal of Comparative Family Studies* 30(2): 257-279.
- Paulson, Susan. 1992. Gender and ethnicity in motion: Identity and integration in Andean Households. Tesis de Ph.D, Universidad de Chicago.
- _____ y Lisa L. Gezon, eds. 2004. *Political Ecology Across Spaces, Scales, and Social Groups*. New Brunswick, New Jersey y Londres: Rutgers University Press.
- Paulson, Susan A. 2007. Model families of modern development cede to alternative bonds in Bolivia's social movements. *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development*, 36(3):239-280.
- Pearce David y Kerry Turner. 1995. *Economía de los Recursos Naturales y del Medio Ambiente*. Madrid: Celeste Ediciones.
- Peet, Richard y Michael Watts, eds. 2004. *Liberation Ecologies*. Boston: Routledge.
- Poats, Susan. 2000. Género en el manejo de los recursos naturales en relación al programa MINGA del CIID. Informe final de consultoría. Quito. <http://www.rimisp.cl/boletines/bol7/doc2.pdf> <http://www.rimisp.cl/boletines/bol7/doc2.pdf> consultado en diciembre de 2006.

- Poats, Susan., María Calderón y María Cuvi. 2006. Introducción. En *Descorriendo velos en las Ciencias Sociales: Estudios sobre mujeres y ambiente en el Ecuador* editado por María Cuvi, Susan V. Poats y María Calderón. Quito: EcoCiencia y Abya Yala.
- Pontón Cevallos, Jenny. 2006. El trabajo femenino es solo ayuda: Relaciones de género en el ciclo productivo de cacao. En *Descorriendo velos en las Ciencias Sociales: Estudios sobre mujeres y ambiente en el Ecuador* editado por María Cuvi, Susan V. Poats y María Calderón. Quito: EcoCiencia y Abya Yala.
- Prieto, Mercedes, Jean François Belisle y María Cuvi. 1989. Los pescadores artesanales en la Costa Ecuatoriana. Informe final de investigación. Quito: CEPLAES – CIID.
- Revista Ecuador Pesquero* Año 3, No. 10.
- Rivas, Adam y Josefa Ramoni. 2002. Valoración contingente aplicada al Parque Metropolitano Albarregas (Mérida-Venezuela). *Revista Economía*, edición electrónica No. 17-18 (enero-diciembre): 109-122. http://saber.ula.ve/cgi-win/be_alex.exe?Documento=T016300003035/5&term_termino_2=e:/alexandr/db/ssaber/Edocs/pubelectronicas/revistaeconomia/anum17-18/articulo5.pdf&term_termino_3=&Nombrebd=ssaber.pdf, consultada el 25 de mayo de 2008.
- Rivas, Ana. 2005. Técnicas de Investigación Social, clase magistral impartida en el VII Magíster Género y Desarrollo, Universidad Complutense de Madrid (archivo digital facilitado por Ana Rivas, docente del Departamento de Antropología Social).
- Rivera G., José. 2005. Alcances y límites de las redes de reciprocidad entre un grupo de familias de sectores medios en la ciudad de México. *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, Ed. Electrónica 43 (septiembre-octubre, Madrid): 1-25. <http://www.plazamayor.net/antropologia/43sep/articulos/sep0505.pdf> consultada el 11 de agosto de 2008.
- Rocheleau, Dianne, Barbara Thomas-Slayter y Esther Wangari. 1996. Gender and Environment: A feminist political ecology perspective. En: *Feminist Political Ecology: Global Issues and Local Experiences*, editado por Dianne Rocheleau y Barbara Thomas-Slayter. Londres y New York: Routledge.
- Rocheleau, Dianne, Barbara Thomas-Slayter y Esther Wangari, eds. 1996. *Feminist Political Ecology: Global Issues and Local Experience*. Londres y New York: Routledge.

- Rodríguez, Saraswati. 2005. Al olor de las plantas curamos; Conocimientos médicos tradicionales de mujeres curadoras, parteras y curanderas de la comunidad de Angla, Imbabura. Tesis para la obtención del título de licenciatura, Departamento de Antropología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.
- Rojas, Mary Hill. 2000. Trabajando con conservación con base comunitaria y enfoque de género: una guía. *MERGE Estudio de Caso No. 3*. Gainesville: University of Florida y PESACRE. (Género, Participación y Manejo de Recursos Naturales). http://www.redmeso.net/observatorio/cen_documento/casos/ces_genero_06-2000.pdf, consultada el 15 de julio, 2006: 9:00 horas.
- Sau, Victoria. 2001. *Diccionario Ideológico Feminista*. Barcelona: Icaria.
- Schweitzer, Dagmar. 1994. *Cambiashun: Las prácticas médicas tradicionales y sus expertos en San Miguel del Común, una comunidad indígena en los alrededores de Quito*. Bonn: Holos.
- Scott Joan. s/f. Género, una categoría útil para el análisis histórico. Lima: Documentos de trabajo de la Maestría en Desarrollo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Seibold, Catherine. 2001. Oraciones tejidas: misaq`epi y el despacho a la Pachamama del primero de agosto. *Revista Cuadernos* 17 (febrero): 445-454; disponible en cuadernos@infovia.com.ar consultado el 28 de marzo del 2007 a las 15:00 horas.
- Silverblatt, Irene. 1990. *Luna, sol y brujas: Género y clases en los Andes prehispánicos y coloniales*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- Schmink, Marianne. 1999. Marco Conceptual para el Análisis de Género y Conservación con Base Comunitaria. *MERGE Estudio de Caso No. 1*: 1-14. Gainesville: University of Florida y PESACRE. (Género, Participación y Manejo de Recursos Naturales). http://www.generoyambiente.org/admin/admin_biblioteca/documentos/casel esp.pdf consultado en diciembre de 2006.
- Suárez, David, Miguel Ángel Chinchero y Carla Gavilanes. 2004. Caracterización de la flora y vegetación del territorio de la Asociación 23 de Julio dentro de la Reserva Ecológica el Ángel. En Caracterización de la Diversidad Biológica del Territorio de la Asociación de Trabajadores Agrícolas 23 de Julio dentro de la Reserva Ecológica El Ángel editado por David Suárez. Quito: Corporación Grupo Randi Randi, Proyecto MANRECUR III/IDRC.

Bibliografía

- Tamayo, Juan José. 1999. *Leonardo Boff: Ecología, Mística y Liberación*. Bilbao: Editorial Desclee de Brouwer, S.A.
- Taussig, Michael. 1993. *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*. México DF: Nueva Imagen.
- Tellería, Jimmy Miguel y Henry Pers López. 1996. *Investigación Sobre Masculinidades*. La Paz: CISTAC.
- The Fact Book: Eye-Opening Memos on Everything Family. <http://www.pobronson.com/factbook/pages/421.html>
- Vaca, Rocío. 1992. La cultura, el género y la fecundidad: un acercamiento a la reproducción del campesinado andino en el Ecuador. En *Mujeres de los Andes. Condiciones de vida y salud* editado por A. Defossez, D. Fassin y M. Viveros. Bogotá: IFEA. Institut français d'études andines: Universidad Externado de Colombia.
- Vallard, Jean. 1995. El concepto de alma y de enfermedad entre los indios americanos. En *Cosmos, hombre y sacralidad: Lecturas dirigidas de antropología religiosa*, compilado por Segundo Moreno y Marco Rueda. Quito: Abya Yala.
- Varea, Soledad. 2005. Relaciones de género y uso de plantas medicinales entre chamanes, parteras y pajuyos. Tesis para la obtención del título de licenciatura, Departamento de Antropología, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.
- Vázquez, Verónica. 2003. La gestión ambiental con perspectiva de género. El manejo integrado de ecosistemas y la participación comunitaria. *Gestión y Política Pública* 12 (2): 291-322 (2do. semestre, Centro de Investigación y Docencia Económicas, CIDE, México).
- Velázquez, Margarita, coordinadora. 1996. *Género y Ambiente en Latinoamérica*. Cuernavaca, Morelos: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Siglas y acrónimos

CEDAW	Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer
CEPAL	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CISP	Comité Internacional para el Desarrollo de los Pueblos
CGRR	Corporación Grupo Randi Randi
EcoCiencia	Fundación Ecuatoriana de Estudios Ecológicos
FAO	Fondo de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación
FRIDE	Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
GAD	Gender and Development
ICEI	Instituto Complutense de Estudios Internacionales
IDRC	Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, Canadá
INEC	Instituto Nacional de Estadísticas y Censos
INSTRUCT	Red Interamericana de Estudios y Capacitación en la Utilización de los Recursos Naturales para la Transformación de Comunidades
INP	Instituto Nacional de Pesca
INEC	Instituto Nacional de Estadísticas y Censos
MERGE	Manejando Ecosistemas y Recursos con Énfasis en Género
MAE	Ministerio del Ambiente
ONG	Organización No Gubernamental
REEA	Reserva Ecológica El Ángel
UICN	Unión Mundial para la Naturaleza
WID	Women in Development

Sobre autoras y editoras

MARÍA ARGÜELLO

Nació en Montalvo, Los Ríos, Ecuador; en 1966. Es bióloga con una Maestría en Conservación y Desarrollo en los Trópicos de la Universidad de Florida en Gainesville. Es miembro de EcoCiencia, coordinadora de la Unidad de Manejo de la Biodiversidad y Biocomercio de esta ONG en donde trabaja desde 1995 en proyectos de investigación, capacitación y desarrollo de políticas para la conservación y desarrollo en la mayoría de regiones del Ecuador:

marguello@ecociencia.org.

MARÍA ALEXANDRA COSTALES VILLARROEL

Nació en Riobamba, Ecuador en 1978. Obtuvo su licenciatura en Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador; en Quito. Se encuentra cursando la Maestría de Género en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Ecuador. Fue investigadora en el proyecto Etnobotánica y Curanderismo realizado, entre 1999 y 2001, en el lago San Pablo, provincia de Imbabura, bajo convenio de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y el INSTRUCT (Red Interamericana de Estudios y Capacitación en la Utilización de los Recursos Naturales para la Transformación de las Comunidades).

macostalesv@yahoo.com

SUSAN PAULSON

Nació en Minnesota, E.U. en 1961. Comenzó a explorar la vida andina y amazónica en 1985 y pasó quince años caminando por los bosques y fincas de Suramérica. A través de sus estudios busca entender los procesos mediante los cuales los sistemas de clase/raza/género/sexualidad interactúan con el ambiente y con los cuerpos humanos. Obtuvo su Ph.D en Antropología de la Universidad de Chicago. Ha colaborado con colegas en varios países en la publicación de artículos y libros, el más reciente es *Political Ecology Across Spaces, Scales and Social Groups*. En 2008 es profesora de Antropología y directora del Programa de Estudios Latinoamericanos de Miami University, donde fue elegida Educadora Distinguida en 2006. paulsonsa@muohio.edu

SUSAN V. POATS

Nació en Washington, DC, E.U. en 1951. Está radicada en Ecuador desde 1990 y considera al Ecuador su segunda patria. Obtuvo su Ph.D en Antropología de la Universidad de Florida. Trabaja como investigadora, capacitadora y profesora en temas socioambientales relacionados con conservación comunitaria, género y ambiente, sistemas de producción agropecuarias y manejo participativo de agua y cuencas. Es co-fundadora y presidenta de la Corporación Grupo Randi Randi, una ONG ecuatoriana; también vicepresidenta del consejo directivo del Consorcio para el Desarrollo Sostenible de la Ecorregión Andina, CONDESAN. Su publicación más reciente es *Tejiendo redes entre género y ambiente en los Andes*. spoats@interactive.net.ec

SARASWATI RODRÍGUEZ LEDESMA

Nació en Quito, en 1977. Obtuvo su licenciatura en Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. En 2008 está escribiendo su tesis de Maestría en Estudios Socioambientales para la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, Sede Ecuador. saraswatirodriguez@yahoo.com

NADIA RUIZ ALBA

Nació en Málaga, España, en 1979. Es Licenciada en Ciencias del Mar y cuenta con un Magíster en Género y Desarrollo del Instituto Complutense de Estudios Internacionales. En 2008 es representante en Guatemala de la Fundación Instituto de Promoción y Ayuda al Desarrollo, IPADE, una ONG española que trabaja en el campo ambiental. nadiarui-zalba@hotmail.com

CRISTINA VERA VERA

Nació en Quito, en 1979. Obtuvo su título de economista de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. En 2008 está cursando su especialización de posgrado en género y economía en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador y trabaja en el Instituto Nacional de Estadística y Censos, INEC. cristinita_v@yahoo.com.